



La Manna, Ludmila

El revés de los pájaros / Ludmila La Manna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2018. 200 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4115-05-8

1. Literatura. I. Título.  
CDD A863



El revés de los pájaros de Ludmila La Manna se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIgual 3.0 Unported



colección **narradores del sur**



Talcahuano 256, piso 2,  
Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
[www.jineteinsomne.com](http://www.jineteinsomne.com)

Diseño y diagramación: Patricia Peralta

Impreso en Bonus Print en febrero de 2018

# El revés de los pájaros

Ludmila La Manna



colección **narradores del sur**



*A mis viejos, que dibujaron en mí,  
raíces y alas... siempre gracias...*



# Índice

El primo Anselmo.....	9
Bocas cuadradas .....	15
Barrio sur .....	19
La Caverna .....	27
Así tan fácil .....	31
Antonio .....	37
Care care.....	41
Pájaro y familia.....	43
Almendras para papá .....	49
Martín Peña.....	53
Vecinas .....	57
La casa .....	61
Cataplán.....	65
La esposa del comisario .....	67
La foto en la capilla.....	69
El jardín de las barrancas .....	73
Rescate .....	77
Líneas blancas.....	81
Mis papás .....	83
26 de febrero de 2017 .....	87
Rosterán.....	89
F .....	91

El secreto del olivar.....	95
Mitã yvytu .....	99
La infancia es un tesoro .....	103
La doctora Mackena.....	107
Abuela Meme.....	111
Puerto.....	115
Madre .....	117
Osito verde.....	121
Roberto .....	123
La cruz de los mares .....	129
Cayem .....	133
Familia migrante .....	139
Flores azules.....	149



# El primo Anselmo

La tía Nelly se agarraba la cabeza. Se agarraba la cabeza, como si quisiera sacársela. No, así no, con los pulgares hacia adelante, como formando una coronita. Una corona de flores rosas y verdes, que harían juego con los cortinados del living. Es terrible, terrible. La tía Porota la abanicaba, no es para tanto, tranquila, Nelly, tranquila, que te va a afectar la salud. Le soplabla la frente, con ese vaho cálido que todos llevamos los veinticuatro de diciembre. El tío Hernando, al otro lado de la sala, estaba a los gritos. Es un boludo, mi pibe es un boludo. No hablés así del nene, lo engatuzó, y la tía Nelly comenzó a lloriquear más fuerte. Es un boludo, vieja. De un lado a otro de la sala se entrecruzaban las voces, los cortinados apenas se agitaban con un aire caliente. Ya se va a avivar, quedate tranquila, no va a ser para siempre. Es un boludo. Está muy tiernito todavía, no sabe lo que hace. Mi mamá y mi papá iban y venían trayendo cosas de la cocina a la mesa. Mantales, platos, copas, ensalada, matambre, vitel toné. Tía Porota la siguió abanicando, cómo pudo hacerte esto a vos, Nelly, que sos todo amor. Y sería el amor lo que le chorreaba como un hilo de baba por la frente, al compás del vaho agitado de Porota. El tío Hernando se levantó del sillón, con las palmas se cubrió los ojos. Es un boludo. Mi primo Rodolfo y yo veíamos pasar los platos. Cuándo dejará de quejarse la tía Nelly, que tenemos hambre. Intentamos robar fetitas de matambre, pero mi papá no nos dejó. Hubiéramos podido, mi mamá llevaba los platos como

una sonámbula, ni nos hubiera visto, iba y venía, y cada tanto le clavaba una mirada de telenovela a la tía Nelly. Era evidente que mamá también tenía hambre. Podríamos haberle puesto la pata, para que cayera con el vitel toné sobre la tía Nelly, pero mi padre se hubiera agarrado la cabeza, formando la coronita como la tía, no sé qué le pasa a este chico, no se ubica, no se ubica, es un boludo. Al menos hubieran dejado de hablar de mi primo Anselmo, que no estaba para defenderse, pero no me animé, y la tía siguió hablando. Tardaron tanto en debatir si Anselmo era un boludo, o una víctima, o un pelmazo, un crío, un desagradecido, un confundido... que para cuando todos se acercaron a la mesa, yo ya no tenía hambre. Apenas piqué algo y nos fuimos con Rodolfo a la habitación vacía de Anselmo, a jugar con los autitos y ver esas revistas guardadas en la carpeta roja, bajo su cama. Mientras todos comían se olvidaron por un rato de Anselmo y su novia, y la tía Porota señaló la mancha de humedad en la pared. La tía Nelly fulminó con la mirada al tío Hernando que se hizo el distraído, y comentó lo buena que estaba la comida. Hasta hubo algo de silencio, y se pudo oír el crash crash de las tostadas quemadas y las mandíbulas lidiando con el matambre de la tía Nelly. A las doce nos llamaron para brindar. Chin chin, felicidades, que Anselmo encuentre el rumbo, tranquila Nelly, y esas cosas. Mamá y papá no dijeron nada, eran los únicos que preferían no opinar. Sólo en un momento, cuando ya estábamos por irnos, mamá se acercó a la tía, no prejuzgues Nelly, tal vez sea una buena muchacha. Ja. Esa fue la respuesta de la tía Nelly. Ja, cortita y áspera, le clavó los ojos a mi mamá, y ya no dijo más nada.

Cuando volvíamos en el auto a casa, ya casi amanecía. Dimos una vuelta larga, por el camino del río, como le gusta a mamá. En un momento papá le agarró la mano, no te preocupes, Chiqui. Si la

hubieras visto, cómo me miró cuando dijo Ja, con esos ojos redondos y furiosos. Pero no, no le hagas caso, Chiqui, si ya se han olvidado, es cosa del pasado, ya nadie se acuerda dónde nos conocimos. Ja, dijo mamá, pero sonó más lindo que el de la tía. Ja, olvidado... no se olvida más, y cada vez que puede me lo recuerda, hasta en silencio, con esos ojos de lechuza mala, me lo recuerda. Por suerte apareció un pájaro al costado del auto, siguiendo el rumbo a la misma velocidad que nosotros. Entonces los tres miramos el pájaro y el amanecer, y nos olvidamos de la tía Nelly, del Ja y del boludo de Anselmo.

La siguiente reunión familiar fue para el santo de la tía Nelly. Mamá pasó toda la mañana probándose el ropero, se probó y sacó y volvió a probar vestidos verde, lila, gris, polleras largas, saquitos. Ponete cualquier cosa, todo te queda bien, sí ese sí, sí este también, ¿el otro?, sí, también te queda muy bien. A media tarde, ya estaba lista, y salimos en el auto de papá. Mi mamá sostenía en la falda una pascualina gigante y mi papá suspiraba en los semáforos. Yo iba, atrás, en silencio, imaginando lo que Nelly estaría diciendo toda la noche pobre mi hijo, ay, ay, ay... Pero no, la tía Nelly estaba radiante. Con un vestido, tipo batón pero más elegante, a tono con el cortinado, y ya sin las manos sobre la cabeza, llevaba por todo el comedor una bandeja, ofreciendo canapés de matambre. A la mujer de Anselmo le sonreía más que a nadie, querida los hice yo misma, puedo enseñarte a prepararlos. Y la chica le sonreía, con una mueca que le hacía un bultito de un lado y un hoyito del otro. Gracia señora, muy amable. Hermosa la mujer de Anselmo, el pelo rubio a lo Marilyn, un vestidito blanco, corto y ajustado. Hasta el tío Hernando estaba distinto. Ningún boludo el pibe, y le guiñaba el ojo a los hombres de la familia. Los tíos se acercaban a hablar con Anselmo,

con quien jamás se habían interesado en cruzar palabra. Ningún boludo el pibe. Mi papá abrazaba en el balcón a mi mamá, y se mantenía a salvo. Rodolfo y yo nos tirábamos al piso para jugar a los autitos debajo de ella, y ella separaba un poco las piernas y nos sonreía, porque éramos los más inocentes. Hermosa Catia. Ningún boludo el pibe. Querida, querés algo más. La tía Nelly estuvo con la bandeja, lleva y trae, toda la noche. Convidando a cada uno sus pastelitos salados, los canapés de matambre, huevito relleno, por si no querés comer carne, sonreía, con la boca grande, grande, cuando se acercaba a Anselmo. Catia agradecía bajito. Mucha gracia, señora, está todo riquísimo. Decime Nelly. Gracia, Nelly, todo muy rico. Ningún boludo el pibe. Catia con sus piernas largas se acomodaba el vestidito blanco. Desde el balcón sólo se veían ventanas diminutas y cemento, en derredor y a pocos metros, había que inclinar la cabeza en un ángulo insólito para alcanzar un cuadrado de cielo. Pero Catia, en el balcón, no buscaba el cielo. Inclínada la cabeza hacia abajo, estiraba la columna, la cola levantada, como hacen los perros. Todos mirábamos. El primo Anselmo la acariciaba y yo quería ser él. Ningún boludo el pibe.

Y llegó el domingo de pascua. Creo que nunca tuve tanta ansiedad por festejar la pascua con la tía Nelly. A la mañana busqué en el jardín los huevitos de chocolate que mamá había escondido. Los encontré todos, pero sólo me dejaron desayunar uno. Hacía días que pensaba en tirarme al piso a jugar con Rodolfo, y que Catia nos dejara ver. Pero no, no estaba Catia ni mi primo Anselmo. La noche otra vez transcurrió entre el cuchicheo de los hombres, ningún boludo el pibe, y las quejas de la tía Nelly. Cómo pudo, ni las eses pronuncia. Se agarraba la cabeza, así, como la otra vez, los pulgares adelante. El nene está tan cambiado,

no saben los trajes con los que anda, trajes plateados, camisa desacomodada, pobrecito, una atorranta. El tío Hernando gesticuló toda la noche, ampuloso, ningún boludo el pibe. Con los dientes apretaba el labio de abajo, en un gesto extraño, ningún boludo el pibe, y la risa de los hombres. Las mujeres calmaban a la tía Nelly, parece una buena muchacha, ay, ay, ay... Rodolfo y yo extrañamos a Catia, y comimos huevos de chocolate hasta que nos dolió la panza.

De ahí en más, así fueron todas las reuniones familiares. Cuando Anselmo iba, siempre trajeado, la tía Nelly traía la comida en bandejas, y se paseaba, ofreciendo saladitos. Con una sonrisa demasiado grande instalada en la cara, parecía una muñeca de porcelana vieja. Querida Catia, y algún consejo que Catia no pedía. Gracia, Nelly. Decime mamá. Rodolfo y yo tirados en el piso, tratando de espiar a Catia, que se acomodaba la pollerita, nos entreabría el mundo. Cuando Anselmo y Catia no iban, ay, mi hijo, qué desgracia, cómo pudo, una atorranta, y lo está transformando, ahora fuma con el pucho al costado de la boca, y hasta la voz le ha cambiado, para qué los cría una. Ningún boludo el pibe.

La última navidad en que vi a Catia directo a los ojos, yo acababa de cumplir dieciséis años. La tía Nelly ya había acomodado la comida sobre la mesa, mal presagio, pero golpearon la puerta y entró mi primo con Catia, el pelo más rubio que nunca, y un vestidito azul. La tía Nelly corrió a buscar las bandejas. Rodolfo y yo nos acomodamos donde podíamos ver. Anselmo nos hizo señas, y nos llevó al balcón. Pensamos que nos iba a pegar, a amenazar, nos había descubierto. Pero no, nos preguntó si ya teníamos dieciséis. Linda Catia, ¿no? Dijimos que sí, rojos como un torbellino, listos para pedirle disculpas por haberla mirado.

¿Tienen doscientos pesos cada uno? Los dos habíamos juntado plata en nuestros cumpleaños. Sacó del bolsillo una tarjeta, los espero mañana a las 18. Inventen alguna excusa, y traigan los cuatrocientos pesos. Ni un peso menos. No entendíamos bien para qué, pero al otro día nos juntamos en la esquina, y fuimos hasta la dirección que indicaba la tarjeta. No era lejos. Pero a medida que nos alejábamos de casa, las calles se iban volviendo diferentes. Cada vez menos chicos jugando en la vereda. Las paredes de las casas cada vez más grises, y comenzaban a aparecer construcciones a medio terminar. Hombres con trajes plateados parados en la vereda, nos ofrecían panfletos con fotos obscenas, vengan chicos, entren. Caminamos hasta el 1298, y ahí estaba Anselmo, casi en la esquina, de traje plateado, el pucho a un costado de la boca. Vinieron, primitos, así me gusta, tanto andar mirando gratis, no se van a arrepentir. Entramos a una sala con una alfombra roja y una mesa de madera. Anselmo contó la plata. ¿Quién primero? Ninguno contestó. Vamos, cagones, vamos, no se van a arrepentir. Andá vos, me dijo, y señaló una puerta entreabierta. Despacio caminé hasta ahí, y golpeé suave la puerta. Una voz que conocía me dijo que pasara. ¿Qué hacé acá?, Anselmo te va a matar. No, no, si Anselmo me mandó. Ella, tan triste, me acarició el pelo, me besó a un costado de la boca, acomodó mis manos donde se supone. Tan triste, me sacó la ropa, y se acomodó sobre mí. Cuando Anselmo golpeó la puerta, ya es tiempo, nos vestimos. Entró Rodolfo. Yo me quedé con Anselmo en la sala, en silencio, jugando a la generala en la mesa de madera.

# Bocas cuadradas

—No, acá no. Se te va a llenar el boliche de bocas cuadradas como los presos. Así me dijiste. Tenías la mano derecha apoyada sobre la pared descascarada, levemente inclinado, con un pucho a medio masticar en la comisura de los labios.

¡Cómo te extraño viejo! Igual, no te hice caso. Esa tarde estuve como dos horas en la puerta del local, viendo a las mujeres que hacían cola enfrente a la hora de visita, y tratando de convencerte.

—Es un buen lugar, viejo. Mirá la cantidad de gente.

—Es un lugar de mierda, se te va a llenar de bocas cuadradas como los presos.

Imposible convencerte. En medio de mis intentos sonó una sirena aguda que nos rompió los tímpanos. Terminaba la hora de visita. Decenas de mujeres y hombres salían cabizbajos, atravesando esas enormes rejas azules.

—Lugar de mierda— repetiste una vez más, y escupiste el cigarrillo.

Las rejas ahora son amarillas. La sirena es la misma, ese sonido que ahoga al barrio a las 17:30 todos los días. Dentro de 32 minutos va a volver a sacudirme.

Apoyo los codos en el mostrador y me tomo una copita antes de que los visitantes empiecen a cruzar la

calle. Menos mal que no te hice caso, viejo. Este bar es mi vida. Y esas bocas cuadradas que empezarán a aparecer en 32 minutos son las que me dan de morfar. A mí y a mis hijos. Y a la Irmita, claro.

Irmita... si la hubieras visto ayer... Tengo tan grabado tu recuerdo en la puerta del local. Sin embargo, apenas me acuerdo del día en que conocí a la Irma. Me acuerdo sí del día en que se acercó a pedirme laburo.

—Yo le barro, le lavo las tacitas, así no tiene tanto trabajo. Y a mí me vendría muy bien. Cuando suena la sirena, yo llego, justo cuando suena la sirena y el barcito se le empieza a llenar.

La verdad que yo no andaba buscando ayuda. Pero la Irmita tenía esos rulitos a lo Maradona, y los ojos casi violetas. Y un culo... hay que decir la verdad. La Irmita tenía un culo que rajaba la tierra. Cómo decirle que no.

Y así se fue quedando. Y la fui queriendo. Y llegaron los pibes. Usted, viejo, apenas la llegó a conocer a la Irma. Cuando recién le empezaba a crecer la pancita, usted se me vino a desmayar acá, justo acá, sobre el mostrador, donde ahora me tomo una grapita. Sobre el mostrador, viejo. Y qué digo desmayar. Con los ojos abiertos como un búho se me vino a morir en el bar. Hasta el último día siguió diciendo: se te va a llenar de bocas cuadradas como los presos, y con la mirada iba siguiendo el culo de la Irmita que deambulaba entre las mesas con una bandeja.

Es un día gris hoy. Ayer se me murió el pibe, viejo, el más chiquito. Otra grapita en su nombre.

Los tres anteriores, Jacinto, Manuel y Raúl, todos sanitos. Y si usted los viera, viejo, se me cagaría de risa. Tienen las bocas cuadradas como los presos. Usted tenía razón, pero son buenos pibes.



Pero esta vez, viejo, el pibe me salió con la boca redondita, perfecta. Un cuadro el pibe. Nació el 7, la semana pasada. Pero no andaba bien. Lo dejaron en el hospital, adentro de una cajita trasparente, como la peli del extraterrestre ¿se acuerda? Y a la Irmita también la dejaron internada. Con esa boquita redonda y perfecta, el domingo me pasé como dos horas mirándolo. La Irma andaba preocupada, pero yo le decía que el pibe iba a estar bien. Pero, viejo, me falló la premonición. Pobre pibe. Ayer, cuando cerré el bar, me pasé por el hospital, y la enfermera me atajó para decirme. Se murió el pibe, viejo. ¡Cómo! dije yo, si tenía la boca redondita, perfecta, como la mía, viejo, como la nuestra. Pero, no, viejo, vino fallado el pibe. Cuando entré a la habitación de la Irmita, lloraba como loca. Y me puteó. Ni para eso servís, así me dijo. Mientras yo trataba de abrazarla, ella me daba con los puños en los hombros. Pará Irmita, le decía yo. No sé qué le pasó al pibe, con esa boquita redonda que tenía. A la final los otros pibes me salieron más fuertes. Ni para eso servís, me dijo como cinco veces. Pero Irmita, si nuestros hijos son sanos y fuertes, éste vino fallado, y eso que tenía la boquita redonda. Pelotudo, me dijo. Pelotudo, así me dijo. Otra grapita para que a la Irma se le pase el enojo.

Sirena de mierda, me hizo asustar. Ya empiezan a cruzarse. Ahí entra uno, viejo, me despido de los muertos. Es alto, tiene los ojos finitos, la boca cuadrada, se sienta en la barra y me pide una grapa y maníes. Casi que le digo que no combina, pero parece de pocos amigos. No sé cómo, pero quizás es que yo hablé en voz alta, y entonces el lungo me pregunta por el pibe. Yo le cuento, y es como si él entendiera. —Lo siento, amigo— me dice. Y le cuento de la Irmita. Y el lungo, negro como el azabache, boca cuadrada de ex convisto, me dice que los pibes para las minas son

sagrados, y cosas así, que la comprenda a mi señora. Y yo le cuento que me dijo pelotudo. Y hasta le describo la boca redondita del pibe, y que ni para eso servís. Y dale que para las madres esto y lo otro. Pero me dijo pelotudo. Y luego me dice: –es que la Irmita es brava. –¿Usted también la conoce? –le pregunto. Y juraría que hace una seña con las manos, como dibujando en el aire el contorno de la Irmita, remarcándole la parte del culo. No dice nada. Su boca cuadrada muda. Agarra el platito con maníes y se va. Lo sigo hasta la puerta. Lo veo bajar la calle. Apoyo la mano derecha sobre la pared descascarada. Las grapitas me hacen tambalear. Pelotudo me dijo.

# Barrio sur

Deambulás por el vagón. Meneás la cadera izquierda como si te doliera. Marilú, no me mirás. O no me reconociste. Vas de una punta a la otra, esquivando bultos. Volvés a sentarte en la ventana, los ojos clavados en el rumbo que lleva el tren. Siguen siendo azules, los miré discretamente cuando caminabas. Apoyás la frente en el vidrio, luego otra vez te estirás hacia el respaldo. Estás tan incómoda. Y otra vez estirás la pierna izquierda, la hundís levemente en la derecha. Desde siempre te conozco Marilú. ¿A cuánto vivíamos? A dos cuadras, dos cuadras y una vueltita, no más. Desde piba que tenés los ojos azules, no abundan esos ojos en el pueblo. No quiero mirar tanto, queda mal. Igual, la verdad que vos ni te enterás, perdida en la ventana. Me acuerdo cuando te recibiste de maestra ¡Qué fiesta! Fuiste la primera de nosotros con un título, yo me sentía tan orgulloso. Ni me has mirado. Ahí no más te hiciste cargo de la escuela. Una maestra de ojos azules, un lujo. Y seguís bonita, tiempo sin verte, Marilú. Estás elegante, eso, elegante... y se te ve tan triste...

Hace más de veinte años que me fui. En este mismo tren, los mismos asientos de tapizado verde, la misma lentitud. Santiago esperaba en la estación terminal, con techos inmensamente altos. Tomó mi valija. Me abrazó hasta convencerme de la maravilla de la ciudad. En su auto nos fuimos hasta el barrio sur. Me tapó los ojos con su mano fuerte. Abrió una puerta,

subimos en un ascensor que me hizo sentir un mareo en la panza. Abrió otra puerta. Voilà! dijo y me destapó los ojos.

Te habrás acordado de algo lindo, esbozaste apenas una sonrisa. Así sí, te parecés más a mi Marilú. Pensar que pudiste haber sido la señora de Gómez... Lo que a mí más me gustaba de vos, después de los ojos, era la sonrisa, siempre una sonrisa en la cara. Y ahora... Tenés la misma mueca que debo haber puesto yo cuando te viniste a despedir, que te ibas a la ciudad. Hace como veinte años de eso. Yo estaba tan triste como vos ahora, y me mirabas con los ojos azules. El ingeniero era casado, de eso me enteré después. Y yo que quería hacerte la señora de Gómez... hoy no andarías con esa cara, señora de Gómez... Si te habré imaginado con los ojos azules en el altar.

Había un ventanal por el que entraba todo el sol de la ciudad, y una planta en un rincón. Una cocina pequeña, una habitación también luminosa, y un gran baño. ¿Te gusta? Lo alquilé para vos. ¿Te gusta? Hicimos el amor sobre el parquet. Esa misma tarde fuimos al centro comercial del barrio sur y compramos muebles, platos, ollas... Yo daba saltos de un lado a otro de los anchos pasillos, con un carro enorme, al que cargaba con cosas útiles e inútiles. Santiago me miraba con los mismos ojos con los que miró siempre, con esa mezcla de amor y dolor.

Estirás otra vez la pierna izquierda y cambiás de asiento. Así te veo mejor. De espaldas a la dirección del tren. Así te veo mejor. En los pueblos todo se sabe, Marilú. El ingeniero te llevó a vivir al barrio sur. Ahí eras la señora de ese fulano. Pero más allá del barrio sur, no eras nadie. Así desde el principio.

Cuando terminamos de comprar, cargamos lo que entró en el auto y nos fuimos al departamento.

Comenzamos a acomodar y a la hora, más o menos, nos trajeron los muebles. Cuando por el ventanal ya casi no entraba luz, y todo estaba aún patas para arriba, Santiago empezó a mirar una y otra vez el reloj. Y a las ocho en punto, me tengo que ir amor, nos vemos mañana. Pero ¿cómo? ¿no te quedás? No, amor, sabés que no puedo. Y yo sabía, sólo que lo había olvidado por unas horas.

Otra vez se te borró la sonrisa. Pensar que pudiste ser la señora de Gómez. Ibas a caminar por el centro de la iglesia, con flores lilas en la sien y tu viejo del brazo. No seré ingeniero, pero soy técnico electro-mecánico. Preferiste ser la nada de Lebrón en un hueco de la ciudad. Cómo te la perdiste Marilú...

Terminé de acomodar lo que habíamos comprado. Muy tarde terminé y regué la planta que seguía ahí en el rincón. No tenía hambre. Me acosté. No logré que el televisor nuevo encendiera. Prendí la radio y me quedé dormida. Al día siguiente averigüé por las escuelas del barrio, había una. El primer año trabajé. Conseguí un cargo en esa escuela, a dos cuadras del departamento. Me gustaba trabajar, y me gustaban los chicos. Pero los hijos de Santiago nacían en el norte de la ciudad. Y a él no le gustaba el horario de mi trabajo, siempre a la tarde, justo a la hora en que él podía venir al barrio sur.

Te acomodás una y otra vez en el asiento. Realmente no me viste. Yo siempre pasaba con alguna excusa y te veía con tu guardapolvo blanco y rodeada de chicos... Los pibitos te adoraban. ¿Por qué dejaste de trabajar? Al poco tiempo de vivir en la ciudad, habrá sido la segunda o tercera vez que viniste de visita, nos contaste que ya no trabajabas. Antes venías seguido al pueblo, a visitar a los viejos. Y los veranos venían los dos, por unos poquitos días. Te paseabas de la mano

con el ingeniero, daban vueltas a la plaza, con ese andar elegante. Cada vez que te cruzaba, te daba un beso y vos siempre sonreías. El ingeniero, en cambio, me miraba de reojo y apenas saludaba.

Santiago todos los principios de mes me traía un sobre con el dinero suficiente, ya no necesitaba trabajar. A mí me gustaba la escuela, y los chicos. Pero me dedicaba a arreglar la casa y lo esperaba impecable todas las tardes. La paridora del norte lo tenía en las noches. Las tardes eran mías. Nos acariciábamos y tomábamos té de menta y canela. Salíamos a caminar y nos sentábamos en las confiterías o en las plazas del sur. Hablábamos y nos reíamos hasta que casi no había luz del sol, y Santiago comenzaba a mirar una y otra vez el reloj como un hechizo. Hubo muchas tardes en las que Santiago llegaba furioso de haber aguantado otra vez las manías de su jefe, su suegro, el dueño de la empresa. Entonces no hacíamos el amor. Él sólo caminaba del ventanal a la cocina y me contaba una vez más la conversación de la mañana, con leves modificaciones entre un relato y otro, hasta que agotado se sentaba en el sillón y decía todo esto es culpa de él. Y yo no decía nada, porque nunca supe de quién era la culpa... En nuestro tercer aniversario me regaló un anillo de oro, igualito a su alianza. Ya sos mi señora en el barrio sur. No sé bien qué sentí cuando me entregó ese anillo. ¿Me enfurecí? ¿Me puse contenta? Recuerdo que esa noche no dormí, y al día siguiente aún no sabía si quería ser señora de un espacio tan pequeño.

Te tocás las manos, el anillo, lo girás y lo girás como si quisieras sacarlo. Pero no sale, señora de Gómez. Los nudillos se hinchan con el tiempo... Tu viejo tenía las manos siempre hinchadas... la gota decía siempre... la gota de mierda... Y hasta el último día salió al campo a cazar. Parecía que esos dedos gordos

no podían entrar en el gatillo, pero siempre volvía con alguna presa y las manos entumecidas. Justo antes de morirse, por esa gota de mierda, me trajo una liebre al taller.

La paridora solía ir con los hijos al campo del padre todo el verano. Esas eran las únicas noches que Santiago dormía en el departamento. La primera noche juntos de cada año me costaba acomodarme en la cama, daba vueltas y vueltas, qué era eso de no estar sola. Veintiún años y una tarde ya no vino. Lo llamé infinitas veces hasta que la paridora respondió. Pregunté por Santiago. Y ella, ¿de parte de quién? Mi nombre es Marilú. La paridora me insultó y me pidió que no volviera a llamar jamás. ¿Santiago está bien? Y me cortó. Y ya no volvió a atender.

Estirás una pierna, luego la otra. Te acomodás un mechoncito de pelo, y volvés a levantarte. Caminás de una punta a la otra del vagón, y yo te sigo desde mi asiento. Tu mirada no se detiene en nada, no me ves. Esquivás bolsos y criaturas. Le contás a alguien que se te duerme la pierna de estar tan quieta. Te acercás otra vez a tu lugar. Tenés cuatro asientos para vos, elegís otra vez la ventana. Mirás hacia adelante, siguiendo el camino del tren.

Sentí un dolor en el cuerpo, como si la paridora me hubiera tirado ladrillones en los brazos. Salí a caminar, señora del sur, por las calles y la plaza. Recordé los nombres de los amigos que Santiago solía mencionar. Sólo eran nombres, no podía recordar ningún apellido. Pero la cena de los sábados, los sábados Santiago se va más temprano, la cena con la familia Zárate. Corrí al departamento, busqué la guía. La ciudad está inundada de Zárates, pero ninguno es Ernesto. ¿Familia Zárate? ¿Podría por favor hablar con Ernesto? Aquí no vive ningún Ernesto, hasta que al fin

sí. Disculpe, señor Ernesto, ¿usted conoce a Santiago Lebrón? Sí. Y entonces dije mi nombre. Buenas tardes, Marilú, Santiago me ha hablado de usted. Ernesto tuvo un ataque al corazón. Está internado en la clínica Los Sauces, y no puede mover la mitad del cuerpo. Cuando habla apenas se le entiende, pero juraría que dijo Marilú. Gracias, Ernesto Zárate. No vaya a la clínica, está toda la familia. Pero cómo no voy a ir.

Cuando venían de visita, tu viejo se llevaba al ingeniero a cazar. Se subían los dos a la camioneta del ingeniero, cargaban la escopeta en la caja, y atravesaban la calle principal. Si yo estaba en la puerta del taller, se detenían por orden del viejo, y me invitaban a acompañarlos... Yo siempre decía que no. A la tarde volvían, iban despacio y con dos o tres presas atadas como una guirnalda en la parte de atrás. Desde el taller veía a tu vieja y a vos esperándolos en la vereda.

Busqué la dirección de Los Sauces y tomé el colectivo hacia el norte. Habitación 16. La puerta tenía una ventanita. Santiago dormía. La paridora, en una silla al lado de la cama, acariciaba las manos de Santiago, de mi Santiago, en mi hora de la tarde. De pie, al lado de la paridora, la hija más grande pasó un brazo por sobre los hombros de la madre. ¿A mí quién me consuela? Hablé con uno de los médicos. ¿Usted es familiar? Y yo no sé qué dije, quizás que soy la señora del sur. Está estable, pero hay que esperar. Me senté en un banco del pasillo. La clínica Los Sauces olía a rosas y no a desinfectante. La paridora no salió de la habitación. La hija más grande salió y entró un par de veces, llevando agua y café para la madre. ¿A mí quién me consuela? Me quedé dormida en el banco. Me despertó un ruido y eran las dos de la mañana. Espié por la ventanita de la puerta. La paridora seguía en su silla, dormida y con la cabeza apoyada en



las sábanas de Santiago. Salí de la clínica y tomé un taxi al sur. Esa noche apenas dormí para poder soñar. Santiago balbuceaba mi nombre y la paridora se iba de la habitación.

Tu viejo me quería... Una vez hasta me dijo que algún día iba a ser su yerno... yo no dije nada, qué le iba a decir... Si te habré imaginado Marilú en mi cama... señora de Gómez criando a nuestros hijos... Yo los llevaría en el auto a la escuela, aunque sólo fueran tres cuadras. Te tirás sobre el respaldo, las vías están viejas en esta parte, y el vagón se sacude.

A las ocho ya estaba en el colectivo otra vez. En la habitación de Los Sauces no había nadie. Me senté en la silla de la paridora, acaricié a Santiago que dormía. Se abrió la puerta. Una enfermera dejó un frasquito sobre la mesa. Besé la frente de Santiago, la boca. Vas a estar bien, amor. Se abrió la puerta. Los mellizos entraron corriendo, y se subieron a la cama. La paridora vino detrás y les dijo que se bajaran. Santiago seguía dormido. Yo estaba sentada en la silla, inmóvil. Ella me miró, me mordió con la mirada, y no se acercó a arrancarme los pelos porque estaban los niños. Me miró como una trompada. Yo le pregunté qué le dijeron los médicos. Ella me insultó en voz muy baja. Los mellizos se subieron otra vez a la cama. Y yo salí de la habitación.

Es grande la valija que traés. ¿O son dos? ¿Las dos son tuyas? No, parece que sólo la grande. Alguien te debe haber ayudado a ponerla ahí arriba... Grande la valija, inmensa, como para quedarte en el pueblo un rato largo. Hace tiempo que no andás por allá. Desde que murieron los viejos que no te he visto... La casa está ahí, tapiada, te va a dar pena verla así... Grande la valija, como para quedarte en el pueblo un rato largo... señora de Gómez...

Salí de la clínica y caminé por las calles del norte. Nunca había andado por esas calles. A la tarde, a mi hora, volví a la habitación 16 y estaba vacía. El aire con olor a rosas apenas me alcanzó para interceptar a una enfermera y preguntar. Le dieron el alta al señor, sólo debe descansar. De a poco se va a ir recuperando. Lloré por las calles del norte. Inútil llamar a Santiago. Hablé con Ernesto Zárate, una y mil veces esos días. Que igual, apenas se le entiende cuando habla, y no mueve los miembros. Quiero verlo. Es imposible. Necesito verlo. Es imposible. Deambulé esos días por las calles y plazas del sur, repitiendo los recorridos de tantos años. Con un pañuelo negro en la cabeza no hice más que caminar las tardes, regar la planta del rincón, y llorar. El dueño del departamento vino infinitas veces. Ya debe un mes... ya debe dos... señora, ya debe tres meses... Es que quedé viuda, y no tengo trabajo. Ya debe tres meses. Mi pañuelito negro en la cabeza no le daba más que gracia.

Qué voy a encontrar cuando llegue... la casa de los viejos cerrada y llena de polvo, hace tanto que nadie la anda. Qué irás a hacer en el pueblo con esos ojos azules y la cadera estropeada. Voy a encontrar las cartas de mamá y sus cacerolas negras. Vas a necesitar ayuda en la casa, tanto tiempo deshabitada. Voy a encontrar la escopeta de papá. Vas a necesitar un técnico electromecánico, no tendrás ni luz. Se me partirá la uña al jalar del gatillo. Señora de Gómez. Sentirán el ruido y demorarán tanto en entrar a la casa. Señora de Gómez. Me encontrarán con el pañuelito negro y el anillo dorado.

# La Caverna

El cuarto tiene sólo una ventana pequeña. Desde aquí veo el boliche y el patrón en la puerta, siempre con una de nosotras cebándole mate en bata. Es que es la mejor hora ésta para andar al aire, después el sol se pone como una estufa, y el patrón empieza a transpirar con ese olor ácido que le sale quién sabe de dónde. Y ninguna quiere seguir cebando, y mucho menos que la toque, pero es el patrón. El cartel de La Caverna está suelto, parece que va a darle la punta en la cabeza, pero no cae, pende aún de un hierro fuerte. Yo también prefiero levantarme temprano y darle los primeros mates. Pero ya está la Jacinta, y yo me quedo en el cuarto. Trato de nunca pensar en la noche, ni en las pasadas, ni en la que me toca este día, ni mañana... ese objeto en que me convierto, una masa con dos tetas y dos agujeros, como si me quedara sin alma cada noche, de tanto sonreír sin ganas. Trato de pensar que hace calor y nada más, y que me gusta el té helado con tequila que prepara el patrón. Por la ventana del cuarto veo a las viejas encorvadas, cargando arpilleras con frutas, de las chacras al mercado, cada vez más agachadas, como tocando con las narices viejas el empedrado. Qué pena. Y el patrón ahí, tomando mate, nadie lo quiere demasiado y le soba las medias a los ricachones que nos aprietan las tetas en la noche. Igual que nosotras, el patrón. Qué pena. La Jacinta le da otro mate y le sonrío, es más buena. Son primos o algo así. Cuando no quiero pensar me gusta escuchar a la Jacinta. No para de contar,

siempre tiene algo para entretener. Yo, en cambio, me arrancarí­a la lengua y el pensamiento. Sólo tomarí­a té helado con tequila hasta sentirme casi muerta. Jacinta le está contando lo que él ya sabe, pero es la historia que más le gusta a la Jacinta. El patrón hasta las once no se pone rancio, y se puede estar cerca. Le da otro mate. Pensar en esa época, primo, de los dos bandos, los indios entraban a las estancias y robaban mujeres blancas, le despellejaban las plantas de los pies para que no escaparan. ¿Está rico el amarguito? El patrón asiente. Y los huincas igual, llegaban a la noche a las tolderías y mataban a los hombres, a las mujeres se las llevaban y las usaban para todo, imagínate. Jacinta se toca la cabeza, y qué te sorprende, Jacinta, como si no estuviéramos nosotras tan parecido. ¿Y te acordás, primo, lo que nos contaron de ese día? El patrón asiente. Estaba nevando y se cruzaron los huincas y los indios, con las mujeres atadas, y se entraron a pelear y a matarse, en el lío las bisabuelas se escaparon, la india se escapó primero y la blanca la siguió. El cartel se ha soltado un poco más. Corrieron hasta la caverna, la india la conocía, cómo le dolerían los pies despellejados, era profunda la caverna y llena de pasadizos. Imagínate primo, días y días de noche. Y las dos estaban preñadas. En septiembre parió la india y en octubre la blanca, enterraron las placentas para no atraer a los pumas. Parieron las dos, en la pura noche, años y años de pura noche, que por eso las abuelas tenían los ojos tan chiquitos. ¿Te imaginás, primo? El día que escucharon las voces fuera de la caverna, y vieron luces de velas, el susto. Y se escaparon, no más, las dos mujeres con las nenas chiquitas, descalzas por el monte, cuántos días, cuántos kilómetros anduvieron. El patrón prende otro pucho, antes de empezar a sudar. Yo creo que con tal de ver el sol, deben haber andado felices, después de tanta

noche. Las viejas pasan otra vez, inclinan aún más la cabeza en forma de saludo, arrastran los pies y cargan cebollas. Tu abuelo las descubrió, primo, robando comida, y ahí nomás le dieron pena las nenas, y les curó los pies llenos de ampollas. Y le cambió el nombre al boliche. El cartel hace un chillido, como un llanto de bebé, parece que la L de La Caverna le va a dar en la cabeza, pero nunca pasa. Hace años que anda suelto y no cae. A nadie se le ocurre arreglarlo, porque para qué. Nadie lo mira, y sólo a Jacinta le importa de dónde viene el nombre, y le sorprende la pena de nacer a oscuras. Yo trato de no pensar en la noche. Sólo mastico los restitos de té helado con tequila, que me quedan en la boca. Veo al patrón que entra, echando ya olor a fermento. Por favor diosito que se bañe antes de darme el beso de los buenos días. Las viejas pasan con sus arpilleras en la espalda, el cartel cruje, a nadie le importa el nombre, ni la noche, ni el olor que tiene el empedrado y las viejas conocen como nadie.



# Así tan fácil

El auto está cargado, la parrilla en el baúl, dos bolsas de briquetas y un bidón de agua fresca. Las bolsas de dormir, la carpa, documentos -enumera Andrea y va pispeando el auto y tachando en su listita de tres hojas. Menos mal que no tenemos pibes -acota Carlos. Y Andrea se palpa el hueco que tiene a un lado del estómago.

Las últimas noches no ha dormido bien. Siempre teme dejar la casa sola, que el vecino se olvide de darle de comer a los perros, que alguien rompa una ventana, y le revise los cajones, y le saque las cadenas de plata que le dejó la mamá.

A las 12:05 Carlos pone el auto en marcha. Andrea revisa una vez más la casa, cierra las llaves de paso, deja algunas luces encendidas y cambia por cuarta vez en la semana las cadenas de lugar.

A las 12:15 ya están saliendo a la ruta. Andrea lleva el mate sobre la falda. Carlos pone la música que a ella le gusta. Andrea se va acomodando en el asiento, ceba mate y conversan sobre los días que van a pasar en el lago, las caminatas que van a hacer este año, como todos los años: el rito del lago, del camping del viejo de gorra y el guardado inquieto de las cadenas. Hoy Carlos está muy tranquilo, y Andrea sonrío.

A las cuatro ya están llegando al camping. El viejo los reconoce, y les da la bienvenida. Les dice que son los primeros de la temporada. Ha llovido en los

últimos días, el césped está húmedo. El viejo les indica un buen lugar para la carpa, cerca de los fogones techados, a un costado de la casa.

Por la ventana de la proveeduría se ve la figura de la mujer del viejo. Tiene el pelo rojizo y parece mucho más joven que él. Andrea la recuerda, siempre amable, con modos pausados. La saluda a través del vidrio, y la mujer responde elevando la mano, sin asomarse.

En un rato ya han armado la carpa, acomodado bolsas y colchonetas y ordenado algunas cosas sobre el estante del fogón. Carlos prepara la caña y los anzuelos. Andrea lleva revistas y dos sillas livianas hasta la costa del lago. Se acomoda en la silla, coloca el respaldo tan bajo como es posible, y se queda dormida. La despierta la pelea desigual y la risa estridente de Carlos que captura una pieza de siete kilos.

No ha llegado nadie más al camping. Inmensas laderas de piedra caen abruptas hacia el agua, haciendo más notorio el silencio. Sólo del otro lado del lago se ven algunas personas, también pescando.

Cuando apenas queda algo de luz en el horizonte, vuelven a los fogones. Andrea prepara una ensalada, mientras Carlos hace el fuego y cocina el pescado que acaba de capturar. Tiene un tinte extraño en los ojos, como si ganarle a un animal desarmado fuera una cierta victoria. Andrea lo observa. Carlos se ha vuelto canoso el último año, y le sienta bien. Ella, en cambio, se tiñe, no tolera verse esos pelos blancos, que le hacen sentir que es tarde para todo.

Abren una de las botellas de vino que trajeron. El pescado está muy sabroso. El silencio es tal que hasta el choque leve del tenedor contra el plato parece una ofensa. Más allá de la luz de los fogones, se observan



diminutas luces blancas que prenden y apagan. Si se presta atención puede oírse el sonido del vuelo de las luciérnagas y el oleaje monótono del lago.

Ambos se calientan las manos en los restos de brasas, y cuando ya no queda nada, y la noche es plenamente oscura sin atisbo de luna, entran a la carpa. Carlos se duerme enseguida. Ella en cambio, no duerme. Estira las manos para palpar las hilachas en las costuras de la carpa. Respira despacio para no molestarlo, siempre resulta importante no molestarlo. Lo observa. Aún dormido mantiene ese gesto agrio en la comisura de los labios.

En algún momento de la noche Andrea logra dormirse. Un ruido la despierta. Está amaneciendo, se escucha un gallo a lo lejos, y ella siente la vejiga llena. Se despereza, le cuesta pensar en salir de la carpa con el frío de la madrugada, pero ya no aguanta. Con movimientos suaves, y a la vez torpes, intentando no despertar a Carlos, él no se lo perdonaría, sale de la carpa. Hace frío. No hay nadie en el camping. No quiere caminar hasta los baños y se cubre tras unas matas de mosqueta. Escucha el sonido de una puerta. Mira a los costados. Ya no puede detenerse, ruega que nadie la vea y sigue.

El sonido viene de la casa del viejo. Lo ve salir arrastrando algo, un paquete blanco y pesado. Con dificultad lo dobla, lo levanta y lo arroja en la camioneta, sin cuidado. El paquete blanco tiene una mancha rojiza, y desde la camioneta hasta la puerta de la casa han quedado manchas oscuras en el piso, bajo el alero. Andrea queda enmudecida, quieta. Está descalza y el pasto helado le atraviesa los talones. Tiene miedo de que la garganta la traicione y carraspee. Se cubre la boca y ve a la cabellera rojiza escaparse del paquete blanco.

El viejo camina alrededor de la casa. Se acerca a la carpa. Andrea no recuerda si la dejó abierta. Que el viejo se vaya que no la descubra que el viejo se vaya por favor que Carlos no despierte todavía. El viejo observa el costado de la carpa y nada se escucha. Se acerca a las matas y nada se escucha. El galope de la sangre detrás de la mosqueta se ha detenido un instante.

El viejo vuelve a la casa, cierra la puerta, se sube a la camioneta y arranca.

Andrea no sabe cuánto tiempo pasa hasta que sale de las matas de mosqueta, con el corazón como una tormenta, se acomoda la ropa y entra despacio a la carpa. Está temblando. Se toca el cuello como si le sacaran el aire. Cuando Carlos se despierta, la encuentra acurrucada en un rincón de la carpa, gimiendo como una criatura.

Ella le cuenta. Él intenta tranquilizarla, le asegura que vio mal, es temprano y hay poca luz. Pera ella sabe y sigue agitada. Le pide que por favor se vayan. Aunque quizás eso sea peor. Si no están cuando el viejo vuelve, va a saber que vieron algo. Carlos va hasta la casa, golpea las manos, golpea la puerta, llama a la señora del viejo, pero nadie responde. A un costado de la ventana hay todavía una mancha oscura y Carlos comienza a creer que tal vez es cierto. Decide esperar al viejo. Va a decirle que se van porque la mamá de Andrea se descompuso y necesitan volver a la casa. Andrea rememora el lugar donde guardó por última vez las cadenas y piensa que no se pueden ir antes porque el viejo va a seguirlos. Comienzan a ordenar todo, a acomodar las bolsas, las colchonetas. Qué picardía tirar el pescado que sobró de anoche, si tuviéramos pibes no sobraba.

Cerca de las 10 se oye el motor de la camioneta. El viejo estaciona y se acerca a la carpa que está

a medio desarmar. Andrea está paralizada, no dice nada, sostiene unas estacas en la mano, pálida como la sábana blanca que envolvía los cabellos rojos esa mañana. Carlos le explica al viejo que la mamá de Andrea, que tienen que irse, que lo lamenta, que van a tratar de volver pronto. El viejo se despide de Carlos con una palmada en la espalda. Carlos le devuelve la palmada, en un tono amistoso, que quiebra la sangre de Andrea. Adiós señora –le dice– que su mamá se mejore. Y ella algo balbucea. El viejo va hacia la casa, como si no pasara nada.

Así, tan fácil -dice Andrea, ya en el auto. Así, tan fácil -dice Carlos. No van a decir nada. Nadie va a reclamar por esa mujer. Nadie –dice Carlos. Y se van. No es la ruta por la que llegaron. Andrea está confundida, no reconoce el espacio. Lo mira a Carlos, las canas nuevas, y recuerda la primera vez que se puso celoso y le estalló el borde de la oreja contra las chispitas del horno. Ese no es el camino. Así, tan fácil –repite Carlos. Andrea vuelve a recordar. Arruinó la comida con picante, y tuvo que comerla toda, ella, con asco y sin bebida, sin un poquito de azúcar, porque así se aprende. El camino no es ese. Las matas de mosqueta cada vez más cerradas. Así, tan fácil.



# Antonio

Antonio bajó del barco. Eran las seis de la mañana, y el piso se había movido los últimos dos meses y medio. Tomó el colectivo que lo acercó al barrio y caminó las últimas cuadras. Todos dormían cuando llegó, cerca de las ocho.

Antonio ocupó el espacio vacío de la cama. Vestido y sin prisa por tocar a esa mujer que dormía al lado, se expandió en el colchón, estiró las largas piernas y, sintiendo la quietud de la tierra firme, se durmió.

Cuando Alejo se despertó fue hasta la habitación de la mamá. Era sábado, día de desayunar en la cama grande, viendo la repetición de los goles. Pero en la cama grande ya no había espacio. Alejo sonrió, se acomodó sobre las piernas de María y se quedó mirando al padre. Le acarició la mano áspera, le hizo cosquillas en la barbilla, le palpó el contorno de la cara como un ciego que no quiere olvidar los detalles. Alejo lo miró dormir las siguientes 72 horas. Así era siempre, como un ritual luego del viaje. La tierra firme relajaba el cuerpo exaltado de Antonio. El movimiento infinito del mar lo había mantenido con los ojos abiertos durante días, arreglando las máquinas del barco, las inmensas grúas que elevaban las redes de pesca. No había día ni noche para él en altamar.

Alejo no salió en todo el fin de semana. Aunque vinieron los amigos del barrio a buscarlo, él se mantuvo al lado de la cama, sentado en la silla azul, mirando

el sueño de Antonio. Le contó los detalles de los últimos meses, la prueba de matemáticas, la pelea por un gol en contra, las trenzas de la vecina nueva, otra vez el resfrío de Babá. El martes, muy temprano, Antonio se despertó, y saltó urgido de la cama, sabiendo que tenía que explicarle la regla de tres a Alejo, llevarlo a practicar fútbol en la canchita del barrio y no dejar que el perro tome frío. Era en sueños, en esas primeras horas de tierra firme, en que Antonio, en manos de Alejo, recuperaba lo perdido.

Los siguientes treinta días Alejo estaría feliz, llevando al papá de la mano, como un trofeo por el barrio. María y Antonio intentaban, mientras tanto, reacomodar la rutina, adaptarse otra vez a ese espacio compartido, esperar el momento de la siesta para llevar la excusa de Babá al veterinario de la vuelta. Y otra vez, embarcarse, dos meses y medio en el océano, en busca de merluzas y mariscos.

El día estaba opaco, un color plomizo lo cubría todo, y líneas blancas y constantes quebraban el horizonte. Alejo caminó bajo la lluvia, al borde de las olas, hasta que María lo obligó a entrar a la casa.

En la madrugada llegó la noticia. El barco pesquero naufragó, se hundió como un elefante cansado, y nada se sabía de la tripulación.

Esperaron.

A la noche siguiente velaron los no cuerpos en la playa. Una vecina insistió en que había que conmemorar a toda la tripulación, aunque al único que conocían en ese barco gigante era a Antonio. El resto eran chinos. Todos chinos, como el barco, como la empresa, como el capitán. En honor a todos encendieron globos de papel, cientos de globos que se elevaron en la noche. Los vecinos les daban el pésame, le acariciaban

la cabeza a Alejo, le hablaban a María. Ella apenas los escuchaba. Miraban el reflejo de los globos sobre el mar, como pequeñas luciérnagas nadadoras. El único abrazo que María aceptó fue el del veterinario de Babá. El fuego de los globos le iluminó la marca debajo de la sien, esa marca con la forma de un gato y su sombra, que María en un descuido acarició. Luego siguieron mirando el reflejo de las fueguitos en el mar.

Cinco días después empezaron a aparecer en la costa los chinos, los sobrevivientes nadadores que alcanzaron a aferrarse a los pocos salvavidas. La vecina lo adjudicó a un milagro producto de los globitos de fuego. El barrio se llenó por unos días de chinos, que no conocían el idioma y caminaban, como orientados por una brújula invisible, hacia la terminal. Alejo intentó preguntarles por Antonio, pero ninguno contestó. Tenían una expresión apesadumbrada, ni siquiera lo miraron cuando les habló.

Ocho días después Alejo pasó por la costa camino a la escuela. En la playa, abrazado a un salvavidas naranja estaba su papá. Lo vio dormir ese día y los siguientes. Con María lo arrastraron hasta la arena seca y armaron fogatas en las noches. Cinco días durmió. Alejo aprovechó a contarle de los globos, de los chinos que volvieron, de las vacunas de Babá. Cuando Antonio despertó, justo María se había ido a llevar a Babá, que seguía resfriado, al veterinario. Alejo quiso ir a buscarla, pero Antonio se lo impidió. Dejó que se despida –dijo.

La vida en la casa se fue rearmando en ese tiempo. María y Antonio volvieron a acariciarse, a cocinar juntos las recetas que Antonio traía en la memoria, a acostumbrarse otra vez a la rutina que, esta vez, ya no se acabaría en treinta días. A Antonio lo jubilaron temprano, en compensación por tantos días a

la deriva. A los compañeros chinos, también, a todos, como un regalo por seguir vivos y callados.

Alejo y María tuvieron una buena idea y le regalaron a Antonio una mecedora, que se hamacaba siguiendo el ritmo del mar. Así lo mantenían despierto cuando era importante que los mirara. Escucharlos, los escuchaba siempre.

Los años pasaron y ahora Antonio le canta al hijo de Alejo las canciones que aprendió en el barco. Se sienta en la mecedora y mientras el abuelo abre los ojos y canta, el niño se va durmiendo. Alejo los mira. Sigue mirando a su viejo como cuando era chico. No se cansa de mirarlo y contarle, dormido o despierto, como si sus facciones fueran lo único que necesita. Lo mira mecer a su hijo y piensa en todo lo que dijo y no dijo en estos años. En todo lo que Antonio le enseñó mientras dormía. Piensa en cuánto amó a María, cuánto a él, para jamás mencionar, como si no importara nada, que debajo de la sien, Alejo lleva la mancha con la forma de un gato y su sombra.



# Care care

Ese invierno los hombres se fueron. Era febrero y aún nevaba. Los chicos jugábamos en medio de los desechos de una guerra. El mejor escondite era una de las casas bombardeadas y en medio de la calle crecían flores. Entre los hombres estaba el hombre que le pegaba a mi mamá. Algunos chicos se aferraban a otros hombres y lloraban *Non andare papà, resta qui, rimani con noi*. Otras mujeres también lloraban *Stai con noi, torna presto*. Mi mamá y yo sólo mirábamos, levantamos levemente las manos y sentimos alivio. Entre los hombres estaba el hombre y el cinturón del hombre. Los chicos armábamos torres con los casquillos de bala. Nos atrevíamos a molestar a los soldados *Vaffanculo assassino* y salíamos corriendo. Entre los hombres estaba el hombre que solía llegar borracho a tocarme. Era febrero y aún nevaba. El hombre nos miraba con los ojos húmedos.

Hoy llegó una carta. Una mujer habla de un hombre bueno y generoso. De un hombre trabajador que se ha venido viejo y dice mi nombre. La mujer cuenta, en perfecto italiano, que al hombre le pesa la niña que dejó en el pueblo para ir a hacer la América. La mujer dice que se crió escuchando mi nombre. Y dice del padre bueno *Care care quanti pesci ci sono nel mare?* La mujer dice que el hombre viejo se está muriendo y quiere verme. Y dice que ella siempre tuvo celos de esa nena que el padre nombraba *Care care quanti pesci ci sono nel mare?* Dice que le diga

cuándo puedo viajar y que ella, en perfecto italiano, me mandaría los pasajes. Ida y vuelta. Para despedirme de su padre, del que ya me he despedido entre flores y casquillos.

## Pájaro y familia

El tacho es de metal. Un alambre rígido lo rodea. Está repleto de hojas amarillentas y grandes. La tapa está levantada y es el árbol de al lado el que se va desvistiendo.

María de las Mercedes de Iraola pidió un taxi. Le indicó que siguiera por la avenida Corral. Tomaron la avenida al 200. Seguramente iba golpeteando el piso con el pie derecho y con la mano izquierda el asiento de adelante, incomodando al taxista. Irían por el 2500 cuando el hombre preguntó si ya estaban cerca. La miró por el espejo retrovisor y ella hizo un gesto con la cabeza. Aún no. Por el 4000 cruzaron el centro. Al 6000 María de las Mercedes se incorporó en el asiento, observando por la ventanilla con más atención. El chofer entendió que ya estarían cerca y disminuyó la velocidad. Cruzando del 6500 al 6600 le indicó que parara. Le pagó, dejándole una buena propina. Se bajó del taxi y caminó una cuadra más. Si bien había dejado de llover, las veredas conservaban diminutos charcos en las imperfecciones de las baldosas. Entró en el pequeño bar sobre una de las calles laterales y se sentó en la única mesa con ventana.

Desde ahí puede ver el cesto de metal. María de las Mercedes lo mira fijamente. Tal vez piensa en el tacho de metal que hay en su casa, alto y sin tapa. Sin embargo, este es diferente. Parece un baúl. Tiene tapa, aunque está levantada. Imagina a los hombres

de la basura arrastrando brutales las bolsas y dejando abierto el cesto en medio de la lluvia.

Yo estoy en la mesa de al lado. Tengo un aire desprolijo, el pelo desordenado. María de las Mercedes me mira y piensa que no tengo una madre ni una esposa que me diga que así no, que así no se va a un bar al atardecer.

Clava una mirada de disgusto en el mozo. Tiene una miga en la comisura de los labios. Él nota su mirada. Se limpia con el dedo mayor y es el mismo dedo con el que toca el sobrecito de azúcar que pone sobre la mesa. María de las Mercedes decide que al café lo va tomar amargo.

Otra vez me mira. No a mí, sino a mi aire desprolijo. Piensa que me parezco levemente a su hijo mayor.

María de las Mercedes acomoda el mantel. En este bar, como en todos, las cosas se hacen a las apuradas. El centro del mantel jamás coincide con el centro de la mesa. Ella cree que es algo tan sencillo de lograr. Con cuidado, sin que se le caiga la taza, lo acomoda, centra perfectamente el mantel, ya que no puede centrar el resto del universo.

El mozo le pregunta si quiere algo más. Vino tinto, del bueno. Con el dedo mayor, y otros, saca la taza. En los ojos de María de las Mercedes continúa la imagen de la miga, pegada en la comisura izquierda del mozo por unas gotas de saliva.

Una señora tira una bolsa. No baja la tapa. María de las Mercedes no sabe qué tiene la bolsa, pero se ha llenado de pájaros. Revolotean a un lado y otro del metal. No son perfectas las figuras que dibuja el alambre, pero mantienen una cierta simetría.

Vuelve a observarme. Nota la asimetría de mi cuerpo. Mi ojo izquierdo es notoriamente más grande que el derecho, y ella parece medirlos a la distancia. Luego vuelve a mirar por la ventana. Los pájaros se han ido. Sólo uno queda picoteando dentro del tacho. Piensa que alguien podría bajar la tapa y atrapar al pájaro.

El hijo más grande siempre le dice que su casa es una jaula. Si lo trajera a vivir en ese tacho, a donde vienen las señoras y le arrojan sobre la cabeza comida mordida, tal vez ya no diría eso de la jaula y de la casa. María de las Mercedes piensa en los hijos más pequeños. Ellos aún no dicen esas cosas. Tienen igual su modo de molestar, de perturbar la vida de quienes los rodean, pero no amenazan ni aparecen borrachos a las tres de la mañana. El señor Iraola dice que es normal, cosa de chicos, cosa de hombres. Ella piensa que no hizo el esfuerzo de parir para traer seres tan indóciles.

El pájaro logra romper con su pico la bolsa blanca. Ahora da saltitos y come en ese tacho de basura repleto de hojas, empapado ¿la vida le es un manjar?

María de las Mercedes piensa que ella es ese pájaro. A punto de que el viento o una mano salvaje empuje la tapa, cierre la jaula, las figuras del alambre no serán suficientes. Es ese pájaro antes de parir. Cuando faltaban minutos para que los huesos se le abrieran a punto del dolor y escupiera al fin al hijo más grande. Vuelve a observarme, débilmente me parezco. Ese lugar impoluto, ordenado, de pronto fue un reguero de sangre oscura. La parición se le hizo tan descortés. Dejó de creer en dios por unos días.

Sin embargo, después del dolor y de la sangre, cuando ya el bebé dormitaba sobre su pecho, sano, blanco y débil, es uno de los recuerdos más hermosos

de María de las Mercedes. Soy el pájaro -piensa. Cómo decir en voz alta ciertas cosas. Cómo mirar al cura. Cómo mirar los ojos paternales del esposo. Cómo decir en voz alta ciertas cosas.

A diferencia de este pájaro estúpido, él tiene el árbol y prefiere el cesto, ella aprovecha las rendijas y se escapa. El casino, un bar, el shopping. Es metódica. Lunes, miércoles y viernes, un bar. Las últimas semanas ha sido éste. Martes y jueves, el casino. Sábados, el centro comercial. Magia con los fajos de billetes que el esposo esconde. Los domingos son en familia: misa de once y esas cosas. ¿Será el precio de la libertad?

La depresión postparto le consiguió una niñera. Y ahí está, hace quince años criándole los hijos. Los más chicos son un encanto. Cuando vuelve, por otra rendija, le acarician el pelo y a veces hasta se arrepienten de no haber estado. No son groseros y hostiles, aún.

Vuelve a mirarme. Mi ojo izquierdo mide un tercio más que el derecho. Tengo modos pausados, livianos. Muevo las manos cuando hablo, y ella cree que eso es tan antinatural. María de las Mercedes nunca me ha visto, pero me sabe sentado en las rodillas del señor Iraola, acomodándole el pelo cuando la gomina comienza a diluirse.

Es el pájaro. Él hurga en la basura. Ella mete su pico en el vino renegrido. Antes de las pastillitas de menta y el cubreojeras que adormecen el viento como si nada pasara.

El mozo trae otra botella y deja el ticket sobre la mesa. Corre levemente el mantel, ahora descentrado. Sin enfurecerse, ella lo acomoda.

Un chico pasa corriendo y baja la tapa del cesto. María de las Mercedes se desespera en su silla. Pájaro estúpido. Choca contra las paredes del cesto. Va

dejando plumitas a un lado y otro. Mira a las otras mesas, busca ayuda, yo bajo la mirada. Ella sería incapaz de tocar la tapa sucia del cesto. Será mejor que duermas en el colchón de hojas. Choca y choca contra el metal. Un espejo. Pájaro parturiento. Las cosas que no podrás decir en voz alta. Choca, choca contra el metal hasta aturdirse. Otro pájaro le cuidará los pichones. Será mejor que duermas hasta ver la rendija. Lame con su lengua de pájaro las pastillitas de menta. Choca, choca contra el metal. Otro pájaro estará en las rodillas del nido. Recupera el ritmo monótono de la respiración. María de las Mercedes volverá sonriendo al nido.





## Almendras para papá

No ha venido casi nadie. Eugenio ha traído a nuestra niña. No he avisado a nadie. Los mozos vinieron, por la impresión quizás. No he tenido paz desde que recordé. Por qué recordé, papá. Si hasta ayer eras el de los barriletes de madera liviana y papel. Tus pestañas están tiesas, parece que me miraran como sin entender. Te han pintado de rosado las mejillas, lavaron las manchas de comida de tu cuello. Así, tan elegante, te acostaron en este cajón y no ha venido casi nadie.

Fue la otra noche cuando recordé. Llamaste para avisar que vendrías, no nos has visitado en tanto tiempo. Llego a las ocho, hija. Andá directo al restaurant, papá, te espero ahí. Qué emoción me da conocer tu lugar, y esas cosas que se dicen a la distancia. Yo también quiero que lo conozcas, y en ese momento realmente quería, porque sólo pensaba en barriletes de madera liviana. Fue más tarde, ya durmiendo, cuando recordé. Ya no dormí, sólo deambulé por la habitación de la niña. Eugenio me escuchó dar vueltas y vueltas, ¿qué te pasa? Es que recordé, y no quería. ¿Qué decís?, volvé a dormir.

Habiendo dormido tan poco llegué al restaurant. Apenas abrí la puerta pensé en almendras, almendras cortaditas. A medida que llegaban los cocineros iba diciendo Voy a preparar un plato especial, esta noche viene mi padre. Almendras tostadas y otras molidas, dije en voz muy baja y luego más fuerte. ¿Y qué más? pollo, pechuguitas de pollo, mostaza, verdeo, que viene

mi padre. Yo misma fui a la feria. Y yo misma elegí las almendras más grandes, porque había recordado y ya no podía volver a olvidar. Fue una vez, una sola vez, y mamá no estaba. Llené la bolsa de almendras y volví al restaurant. Desde la puerta grité que era una noche especial. Mientras iban y venían por la cocina, uno preparando las carnes, otro las salsas, yo acomodé el pollo y el verdeo, y tosté las almendras con unas gotas de jerez. Las partí en trozos diminutos con un cuchillo de cerámica azul. Recordé y ya no pude ser la nena que remontaba barriletes. Ya no quería abrazarte porque me dolía el cuerpo de niña y vos llegaste borracho a mi cuarto. Una vez, una sola vez. Tomé otro puñado de almendras y lo molí hasta quedar como polvo, como una arena impalpable, que mezclé con la mostaza. A la mañana siguiente me curaste con paños. Me pediste perdón de mil formas, mi niña, y me decías que no recordabas nada porque habías bebido, y mamá no estaba. Mamá tardó diez días en volver, y entonces ya nos habíamos olvidado, y otra vez los barriletes. Nunca más probaste una gota de alcohol, jamás. Ya no me mirabas a los ojos mientras hacías barriletes. Absorto en los papeles de colores te morías de vergüenza y yo olvidaba. Adobé las pechuguitas, bañándolas en esa arenilla impalpable. Las dejé en un bol en una de las heladeras, con un cartel que decía papá.

No ha venido nadie. Se te está quebrando el color rosa que pusieron en tu cara. Y yo no sé por qué recordé, papá, y ya no pude siquiera pensar en volver a verte a los ojos, porque me dolía el cuerpo de niña y el silencio. Cuando llegaste, con una valija pequeña, te saludé apenas. ¡Tu restaurant! Es hermoso, hija. Paseaste entre las mesas y sacaste fotos de la barra y las ventanas. Y sonreías, palmeándome la espalda. Traté de pensar en los barriletes, pero ya no podía sacar de mi cabeza el miedo cuando se abrió la puerta. No ha

venido casi nadie. A nadie he avisado. Mientras sacabas fotos, te mostré una mesa en un espacio apartado, cerca de una pequeña ventana. Vas a estar bien aquí, acomodate, debo ir a la cocina. Desde lejos vi cómo te sentabas a la mesa, mirando hacia el cuadro en la pared con barriletes.

En una bandeja de metal y cuerina te llevé un jugo de naranja y fresas, y un paté de ciervo con patiserie agridulce. Acomodé los platitos alrededor de la copa de jugo y te señalé los barriletes. Es una noche complicada, vos comé tranquilo. ¿Más tarde estarás más libre? Claro, papá, más tarde todo se tranquiliza y me sentaré aquí. Cada vez había más ruido de sillas y mesas y gente. Sonreíste y recordé, entonces te conté del primer plato, de las pechuguitas de pollo, de la mostaza y de una arenilla como un azúcar impalpable. Mientras probabas el paté, delicioso, hija, me preguntaste por Eugenio. Yo pensé en la niña. Muy bien, más tarde viene a darme una mano. No sabés, hija, lo bien que me ha hecho jubilarme, tengo más tiempo, y planeo un viaje. Ya me contarás, papá. Y hoy, aquí, tan quietito porque recordé el dolor del cuerpo y los paños frescos de vergüenza. Fui entonces a buscar las pechuguitas que ya había puesto al horno. Me acomodé el delantal, los platos sobre la bandeja de metal y cuerina, los paños fríos. Con la bandeja en un brazo daba pasos y recordaba. Apoyé el plato sobre la mesa, y antes de que dieras el primer bocado, me llaman de otras mesas, papá, y me fui a la cocina. Esperé mientras batía una crema que nadie había pedido. Caminé entre las mesas, hacia el otro lado del restaurant, y le sonreí a los clientes que comían y brindaban. El ruido de sillas, voces y vidrios me ensordecía. No te veía, pero podía imaginarte. Rojo como uno de los barriletes de la pared, una tos ahogada en la garganta, el torso doblado, la mano en el pecho. Desde ahí no podía

verte, en ese rincón, nadie te ve. Batí un poco más la crema. Rojo como los pimientos sobre la mesada, con las manos entre el cuello y el pecho. Entonces uno de los mozos se acercó a ese rincón, el ruido cada vez más fuerte, te vio sacudiéndote y quiso ayudarte. Entró corriendo a la cocina, tu papá, tu papá, y yo corrí, qué pasó, qué pasó, papá. Y ya estabas con la cabeza hundida en las pechuguitas y la boca abierta. Te traje paños fríos hasta que llegó la ambulancia, y la policía. Y yo estaba tan angustiada, porque había recordado, y pronto llegaría mi niña con Eugenio. Tenías la boca abierta, como ahora. Aquí casi nadie ha venido. Alrededor de tu mesa, en cambio, se agolparon comensales y curiosos, y la policía. Se llevaron muestras de pollo en bolsitas herméticas. Yo escondí la cabeza en el hombro de Eugenio, y vi cómo te llevaban en camilla, rojo como un borracho que se estrella en el sueño de una niña. Nada extraño, apenas algunas hierbas de condimento, pechuga, mostaza, verdeo, un espolvoreado de almendras. Almendras, eso puede ser, ¿él no era alérgico, señora? Nunca supe que lo fuera, al contrario, le encantaban las almendras. Lo lamento tanto, señora. Es que recordé y ya no podía volver a verte a los ojos. Nadie ha venido, sólo Eugenio y la niña, y dos mozos. No le he avisado a nadie. Recordé y pensé en la niña, ya no podía llevarte a mi casa en la noche.

# Martín Peña

Martín Peña tiene los ojos oscuros y grandes. Apenas pestañea. Lleva una campera de cuero que afaná en un local de Once. Tiene la etiqueta colgando: Once leather. Tiene una verruga por encima del pómulo, cerca del ojo izquierdo. Martín Peña acumula en la verruga los recuerdos, y así crece. El primer recuerdo es la mamá con musculosa blanca y un jean ajustado, que le marcaba la panza como el contorno de un gusano gigante. La mamá va con un tipo de la mano y entran a la piecita de atrás. Martín Peña escucha el tric tric de la cama y unos grititos. Quizás crean que el nene duerme, pero no duerme y escucha el tric tric. El viejo está apoyado en la puerta de la casilla, fuma un L y M y controla el tiempo.

Del bolsillo de la campera se asoma un llavero con forma de pelota, con los colores de Central. Del lado que no tiene la verruga tiene una cicatriz de unos tres centímetros. No recuerda muy bien cómo se la hizo. Tal vez una pelea a la salida de un boliche, por una mina en musculosa. Martín Peña tiene una novia. Nada serio. Pero ella lo quiere. Y quiere también a otro pibe del barrio de al lado.

El segundo recuerdo de Martín Peña es su bicicleta. Una bicicleta azul, brillante, con un letrero de Bianchi que ocupaba todo el cuadro. Era casi nueva cuando se la trajo el viejo. Adentro de la casilla no entraba, así que la dejaban atada junto al laterío del costado, bajo la ventana de la piecita de atrás. Un día

apareció el vecino andando en la bicicleta azul. El vecino le llevaba tres cabezas y varios años. Él intentó increparlo, pero fue inútil. Le avisó al viejo. Entonces, Martín Peña lo vio con orgullo salir de la casa, dispuesto a todo. Pero al rato volvió con una 38. Es un trueque entre vecinos, le explicó. Y el recuerdo de la bicicleta se le instaló también en la verruga.

Para llegar a la casa de Martín Peña hay que atravesar un laberinto de pasillos diminutos, llenos de basura y olor a mierda. Tiene que alejarse varias cuadras, hacia la estación, para sacarse del cuerpo ese olor nauseabundo. Vive en la misma casa en que nació a las 3 de la mañana. El padre borracho ayudó en el parto. Y dos vecinas.

Martín Peña lleva puesto un jean y unas zapatillas rojas algo descosidas. Cuando está nervioso le tiembla el ojo izquierdo. Ahora le tiembla.

Martín Peña me apunta con la 38.

Pienso en mi vieja, en sus tostadas con dibujitos sobre la manteca. Oigo su voz cuando me leía cuentos en las noches de lluvia. Cierro los ojos y su voz me calma. No quiero ver los ojos de Martín Peña detrás del caño oscuro. El viejo me sostiene de los brazos. Es tarde, no hay nadie en la calle ni en casa. Los jazmines del jardín del frente empiezan a inundar el aire. Respiro profundo. Le tiembla el ojo izquierdo. Pienso en algo lindo. Así me decía mi vieja las noches de lluvia: pensá en algo lindo. Me sumerjo en la pileta de la quinta. El agua está fresca y me saca ese calor pegajoso del cuerpo. Los jazmines. Le entrego la cartera y el saco azul. El viejo me sostiene de los brazos, cada vez con más fuerza. Pienso otra vez en las tostadas de la vieja. Hay poca plata en la billetera. Le tiembla el ojo. Repito las claves de las tarjetas. El viejo me escupe el humo del cigarrillo, torpemente sostenido entre

los labios. Pienso algo lindo: el mar, el mar cálido del norte. Los jazmines.

Martín Peña dispara.

Y no es a mí a quien dispara. Es a las tostadas de mi vieja, a la musculosa blanca. No es a mí. Es a las ruedas de mi auto, a la bicicleta azul. Dispara a las flores del jardín del frente, al olor nauseabundo de los pasillos. Es a las tostadas, al L y M del viejo.

Siento un ardor espeso. El viejo cae sobre mí. Como un último gesto, toca las gotas de sangre sobre el cigarrillo.





# Vecinas

La paloma torcaza está detenida en la rama. Las alas separadas del cuerpo la hacen parecer demasiado gorda. Y no se congela las patitas. Abro la ventana para ver si se acerca, pero inmediatamente vuelvo a cerrarla, el aire es helado. Caliento mis manos en el calefactor, y luego les hecho aire de mi boca. Piso la madera tibia. Desde chica tengo la costumbre de andar descalza. La ventana no es grande. Apenas suficiente para ver dos ramas del árbol y la paloma torcaza. Pongo a llenar la bañadera. Es la única forma de entrar en calor. Parece que el gas de la estufa no tiene fuerza, apenas calienta. Pero el agua sí, quema. Hay que mezclarla con un poco de agua fría. Voy y vengo del baño a la ventana. Que el agua no desborde. Que la paloma no pierda el equilibrio sobre la rama helada. Que no deje de mirarme. Si me acerco al vidrio, veo la figura de mi vecina. Laura, su camión beige y corto. El pelo despeinado y el cuerpo flojo, como si le pesara más que esos 45 kilos que apenas lleva con ella. A mí me gusta estar sola, vivir sola. Contemplar la paloma torcaza, una palomita de mierda, toda la mañana, porque tengo ganas. Y darme un baño de inmersión con sales azules porque sí. Y que nadie golpee la puerta del baño cuando las sales ya son parte del agua azulada. Y el cuerpo se me derrite tibio. Laura a veces me visita. Le gusta hablar y yo la escucho. Cuando ya es tiempo, saco un libro de la biblioteca, le cuento de qué trata, y ella sabe que es el momento de volver al pasillo y atravesar su puerta que yo nunca

golpeo. Laura es como una paloma torcaza. Golpea mi puerta, se sirve un té, habla pausado y cuenta algo que se ha dicho mil veces a sí misma. Golpea mi puerta y habla, porque a veces le hacen falta testigos. Los lunes viene y dice que ya no volverá a ver al hombre entrecano porque le hace daño. A veces veo la sombra de él en la ventana de Laura, y escucho cómo le grita. Golpea mi puerta, se sirve té y dice que ya no volverá a verlo. Yo asiento y no digo nada porque ella no viene para que yo hable. Voy y vengo del baño a la paloma, que no desborde. Laura está en su ventana, desde aquí la veo. Y bajo el árbol está el hombre canoso. Trae un ramo de flores y sonrío con el cuello estirado hacia el primer piso. Arroja piedritas y sonrío. Laura abre la ventana. Veo su cabeza y el viento en el pelo, dice qué loco, qué son esas flores y sonrío. Sé que nada bueno trae un hombre canoso con flores y piedritas. Echo las sales azules. Ya bajo, dice Laura en la ventana, y yo sabía que iba a decirlo. Después vendrá a verme, a llorar, que no volverá a verlo. El agua está casi lista. Laura ya está en la vereda, salta sobre él, como si fuera frágil. Él le da vueltas en el aire. Una telenovela tan triste. Hasta que le duele la cintura, y entran abrazados al edificio. Escucho el ascensor. Preparo la toalla. El ambiente está cálido. Cierro la puerta con llave, una vieja costumbre de cuando habitaba en mí un hombre con flores y piedritas. Comienzo a desvestirme. Sumerjo un pie, luego el otro. El agua está perfecta, azulada ya me cubre hasta el cuello. Apenas pienso en la ventana y la paloma. Me relajo en los diminutos vaivenes del agua. Respiro el vapor. Una gota cae desde la canilla alta. Forma ondas concéntricas que no alcanzan a perturbar el vaivén de las olitas. Sumerjo la cabeza, las orejas ya están dentro del agua tibia. Algo ocurre que el sonido cambia. Se escuchan las voces de Laura y del hombre. Cada vez más fuerte. Siempre

igual, no entendés nada. Un mueble, quizás una silla, se arrastra sobre el suelo, golpea. Pará pará. Sos una idiota. Ya no puedo siquiera ver el vaivén del agua, el azul que cubre todo mi cuerpo. Es esa amiga tuya, esa vecinita puta, que te mete cosas en la cabeza. Las voy a reventar a las dos. Pará pará. Otro mueble se desplaza, choca contra la pared. Un golpe. Salgo de la bañadera. Busco el celular. No lo encuentro. Golpes furiosos en una puerta. Una puerta que cae. Me cubro con la toalla. Se escuchan pasos cada vez más fuertes. Veo en el piso, cerca de la puerta, el celular. Cayó al sacar la toalla. Los golpes en la puerta son ensordecedores. Se mueve el espejo, las gotitas de vapor. Mi mano húmeda patina en la pantalla del celular. Abrí puta de mierda. Marco el número que aún recuerdo. Te voy a hacer cagar, vecinita moderna. Usted se ha comunicado insiste el disquito al otro lado. Pará pará Laura llora. Paloma torcaza con el cuerpo helado. Puta de mierda. Una foto en los diarios, mi bañera azul, las manchas opacas. Usted se ha comunicado.



# La casa

La ambulancia llegó a las seis, estaba atardeciendo. Dos hombres bajaron con movimientos absurdamente rápidos. Yo podía verlos desde la ventana del comedor. Mamá no me dejó ir afuera esa tarde. Como en una película en cámara rápida, los vi bajar una camilla y caminar torpemente hacia la casa del fondo, la casa de la abuela Josefa.

Ya más despacio, con cuidado, esquivando las piedras del jardín, volvieron hacia la calle con Josefa en la camilla. Llevaba la boca abierta y el pelo intensamente gris y despeinado.

Mamá me tomó del hombro y ambas nos quedamos, tras la ventana, viendo esa imagen. Mamá respiraba pausado y se sujetaba de mi hombro, como si quisiera darme ánimo o como si ella necesitara tener la certeza de que yo estaba ahí, dentro de la casa.

Josefa vivió siempre en la casa más grande, la del fondo, y era la dueña de todas las casas del terreno. Mamá dice que cuando yo nací vivíamos en otro lado, pero todos mis recuerdos son de este espacio, de la abuela Josefa preguntando por la escuela, por mamá, por papá, que se fue quién sabe dónde hace tanto tiempo ya.

Aunque Josefa ya no estaba, los primeros días nos costó acercarnos a la casa grande, continuábamos respetando esa valla invisible. Nuestros juegos siempre terminaron en los rosales. De los rosales hacia atrás

estaba el infranqueable jardín de Josefa. A veces intentábamos dar uno, dos, tres pasos más allá, pero enseguida aparecía ella. No nos decía nada, pero su sola presencia, como dueña de ese espacio, nos hacía retroceder.

No sé bien cuántos días demoré en animarme a cruzar el límite. Fue una tarde, jugando a las escondidas, que, casi sin pensar, corrí a esconderme detrás de la casa de Josefa. Entre el paredón del fondo y la casa había un pasillo diminuto, que nunca había visto. Allí esperé, hasta que el chico que contaba, salió a buscarnos en la vereda. Entonces corrí, corrí muy rápido, y grité: “¡Para mí!”. Durante varios días ese fue mi escondite, y no pudieron descubrirme ni una sola vez.

No sé qué habría dicho mamá si me hubiera visto atravesar los rosales. Creo que no me habría dejado. Pero como mamá trabajaba también en las tardes, no podía saberlo.

Una tarde, mi mejor amigo me siguió y se escondió conmigo detrás de la casa grande. Al principio me molestó que me siguiera, pero fue divertido estar juntos en el pasillo diminuto. Fue él, que era extremadamente flaco, que se adentró más allá del pasillo sin dificultad. Del otro lado, casi tocando la medianera, vio que había una ventana pequeña. No se acercó hasta ahí porque el que contaba, dejó la pared para buscarnos en el frente del terreno, y tuvimos que aprovechar la oportunidad.

Al otro día, llovió torrencialmente. A la salida de la escuela un chico me empujó y caí en un charco de barro. Tenía la cara, la ropa, las manos llenas de barro y bronca. Cuando llegué a casa, mi amigo estaba en la puerta. Como si no importara mi aspecto notoriamente sucio, me propuso ir a investigar la casa grande, antes de que llegaran nuestras madres.

Las cortinas estaban cerradas y quedaban pequeños recovecos por donde espiar. Por la puerta del costado, que era de vidrio, podían verse las plantas apenas marchitas de Josefa. Al fondo del comedor, la foto enorme de un ciervo, que según nos había contado la abuela, la había tomado ella misma de joven. Cerca de las macetas, sobre la mesada, había una bandeja llena de papeles, parecían fotos o postales. Las demás ventanas apenas dejaban ver algún portarretrato, una silla o un trozo de parquet.

Escuchamos llegar un auto y corrimos hasta los rosales. Mi mamá me vio toda sucia y, antes de que me retara, le conté afligida lo que me había pasado. Me di un baño, mamá lavó la ropa y esa tarde no volví a salir de la casa.

Al otro día, ya las nubes se habían disipado. Cuando volví de la escuela, mi amigo me estaba esperando. Fuimos hacia la ventana de atrás, la del pasillo diminuto, que aún no habíamos podido ver. Él, con su flacura, pasó sin dificultad. Yo, tuve que apretar la panza, estirar la espalda, y girar levemente la cabeza. Mi cuerpo generaba un chirrido insoportable contra la pared de la casa.

La ventana no tenía cortina. Se podía ver perfectamente un cuarto diminuto, un escritorio de madera, y la pared cubierta de fotos. Decenas de fotos, actuales y pasadas. Fotos de mi infancia, de los globos que me regalaba Josefa a cambio de respuestas, decenas de fotos de papá, de mamá llegando a casa con las bolsas de las compras. Una foto mía, atrás de la puerta de vidrio, con la cara llena de barro.





# Cataplán

Salía del taller de baile. Habíamos ensayado dos zambas, una chacarera y medio carnavalito para el acto del 25. Serían las seis, pero ya estaba oscuro. Apenas un vestigio anaranjado en el horizonte, y las luces pálidas a lo largo de la calle. Cerca de una de las farolas, protegida tras una acacia había una señora. Yo vi su silueta, pero no me asusté. No crucé de vereda ni volví unos pasos hacia atrás. No me dio miedo. Pero cuando estuve más cerca, la mujer me llamó por mi nombre. Y yo no reconocí esa voz. Ana, Anita... Yo tenía 10 años. Qué ganas tenía de verte, estás tan grande... Tenía el pelo blanco y largo, demasiado largo para ser tan vieja. Me acariciaba la cara con manos temblorosas. Su voz era dulce. Disculpe señora, pero mi papá me espera, tengo que irme. De eso quiero hablarte ¿De mi papá?, ¿le pasó algo? No... sí... no... el señor con el que vivís está bien... yo quería hablarte de cuando eras chiquita... ¿Está bien mi papá? Quise correr a mi casa, pero la señora me detuvo. ¿Te acordás de esta canción que te cantaba tu papá?: barquito, barquito en alta mar, rueda y rueda de aquí hacia allá... barquito, barquito si viene un viento: cataplán... Y cuando él decía cataplán, vos te tirabas al piso... Una cuadra más allá resonó la voz de mi papá: ¡Ana! ¡Vení, que es tarde! Me solté de la mujer, y salí corriendo. Abracé a mi papá. ¿Con quién hablabas? Con nadie. Cómo nadie, si te vi que estabas con alguien. Ah, sí, una portera de la escuela. La silueta de la señora se alejó, y yo volví a abrazar a mi papá.

Entramos a la casa. Me sirvió la leche con vainillas, mis preferidas. Cómo voy a decirle de la canción, de eso del señor con el que vivís.... Me preguntó por las clases de baile. Me acarició la cabeza. Cómo decirle. Me ayudó con la tarea de matemáticas. Quizás se enoje. O lo lastime. Siempre tuve problemas con matemáticas. ¿Volverá esa mujer? Barquito, barquito... Se puso el uniforme. Cataplán. Subió el volumen del televisor, estaba la repetición del gol de Ruggieri, 3 a 1 contra Corea. Sonrió. ¿Cómo decirle? Me explicó una vez más la última cuenta, con esa paciencia infinita que siempre tuvo conmigo. Cataplán. Se puso las botas. Me acarició la cabeza. Sonrió con esos dientes blancos y parejitos que hoy me muerden, me mastican el corazón.

# La esposa del comisario

Tiene el pelo tieso como la escarcha. Nada en ella se mueve, menos aún la boca. Tengo papeles en blanco para escribir lo que ella diga. Tiene la boca marcada y los ojos vacíos. Cada tanto golpeteo la barra espaciadora. Ya he escrito lo que he podido: su nombre, el documento, la dirección, luego el silencio. ¿Conoce al agresor? Quisiera abrazarla, quieta, como una escultura triste de museo. No sé si repasa en la memoria el último hecho, o los anteriores, o si hace cuentas y calcula los más y los menos de abrir esa boca dolorida y decir. Sus vecinos hicieron la denuncia, ¿conoce al agresor? No he podido aún teclear el nombre del acusado. Conoce el nombre, conozco el nombre, su porte grueso, los ojos negros y enormes, el cigarrillo, siempre apagado, en la mano izquierda, mientras nos da las órdenes. ¿Conoce al agresor? Se ve que ha encendido finalmente el cigarrillo, ella trae marcas redondas en el antebrazo, pero no pronuncia el nombre. ¿Conoce al agresor? Desde la otra habitación llega el ruido de la soberbia, el toc toc de los que toman nota, el jefe con las manos ya libres, el cigarrillo apagado. Se escucha desde aquí su risotada, la mujer cierra los ojos, llena de rabia, y cierra la boca, porque no tiene sentido. Puedo saber casi exactamente lo que debiera escribir esta máquina quieta, describir con detalle el pelo ordenado, la marca roja y ancha como un cinto que nace en su cuello, los circuitos de fuego en el antebrazo, la marca en la mano izquierda, el contorno violáceo de la boca, la boca cerrada. Podría también

describir al acusado, nombre y apellido, dirección, ojos negros, un mechón de pelo oscuro apenas inclinado a la derecha de una cabeza ovalada, mentón estirado, boca recta, manos enormes, uniforme impecable y camisa brillante, que ella, la dolorida, plancha cada día. Y hoy no podrá porque el cuerpo le duele hasta el silencio. ¿Conoce al agresor? Ella no pronunciará el nombre. En silencio atravesará las puertas de este edificio cómplice y mentiroso, verá acercarse al 162, una mancha verde y blanca, no hará señas, cruzará la calle en el momento oportuno, la boca aún en silencio, los ojos desesperadamente abiertos.

# La foto en la capilla

El 20 de diciembre tendrían que haber llegado. O antes del 20... el 18, 19... a más tardar, el 21, con el verano. Ya están armando el pesebre. El niño tiene una cara... es que si no llegan es mal presagio. Con el año nuevo vienen los turistas, a verlos, y si no están... se van a ir. ¿Qué va a hacer el almacenero con todo el fiambre que compró para venderles sanguchitos a los turistas? ¿Y los botellones de gaseosa? Menos mal que esos duran. La carita del niño dios...

El cura párroco Felipe dice que hay que esperar. Pero la gente del pueblo está desesperada. Anoche se juntaron en la costa los treinta y siete habitantes permanentes. No faltaba nadie. Algunos se pararon frente al mar y comenzaron a hacer un ruidito con la boca y un gesto con la mano, como si estuvieran llamando a un perro. Pero los lobos de mar no son perros. Uno y otro fueron imitando el gesto. Una fila de hombres, mujeres y niños, haciendo ese sonido de globito frente al mar. Pero los lobos marinos no son perros. El cura Felipe los miraba de atrás –No se preocupen, ya van a venir– Esas palabras fueron suficientes para que los pobladores se calmaran por un rato y abandonaran ese gesto absurdo. –¿Está seguro, Don Felipe? –Sí, hermanos, sí. Van a venir... No blasfemen, no crean en malos presagios-. Las miradas perdidas podían ya imaginar olas gigantes, la capilla inundada, las casas destruídas, y los treinta y siete habitantes, en las dunas más altas, indigestados de sanguchitos.

El pesebre se siguió armando... el niño Dios tenía una cara... A la noche comieron todos alrededor de la capilla. Cada uno compartió lo suyo, como solían hacer en Navidad. El almacenero llevó fiambrín, pensando en no tener que tirarlo más tarde. A las 12 brindaron, sin demasiada alharaca. Se estrecharon manos, se besaron mejillas y bocas, con poca esperanza.

El 25 tampoco llegaron, ni el 26. El cura párroco Felipe, viendo el desánimo de su pueblo, recordó a Jaime Smith, el biólogo que venía todos los años a estudiar los lobos. Él también solía instalarse en el pueblo el 20 de diciembre, y quedarse hasta el otoño. Pero no había venido. Será que los lobos venían a encallar en Punta Loma sólo para saludar al Sr. Smith... No era lógico pensar eso, y Felipe se azotó tres veces la espalda con una bochita de madera enganchada en una media, por esos malos pensamientos.

Sin perder más tiempo, el cura párroco se subió a su chata y manejó por el arenal hasta el pueblo más próximo, que tenía teléfono. Llamó a la universidad, lo pasaron de un interno a otro hasta que logró comunicarse con Jaime Smith. El cura le explicó la situación, el estado anímico de los pobladores, la carita del niño Dios, sin omitir detalles innecesarios. —Ok, Don Felipe, tranquilo. Los lobos marinos se demoraron por una tempestad a la altura del paralelo 30. Hoy a la mañana andaban por Bahía la Paz. Como usted sabe, los monitoreamos por GPS. Calcule que en dos días, el 29 de diciembre, van a estar llegando a Punta Loma.

Por las dudas, Don Felipe, preguntó: —¿Y usted, Sr. Smith, no vendrá este verano? —Sí, sí, mañana estaré llegando. El cura párroco Felipe respiró aliviado. Quizás los tres golpecitos con la bochita de madera no habían sido suficientes para alejar los malos pensamientos.

El cura volvió a su chata, manejó hasta Punta Loma y congregó a los pobladores en la capilla. –Queridos vecinos, mujeres, hombres y niños, he tenido una visión divina. Debemos esperar hoy y mañana, sólo hoy y mañana. El 29 de diciembre estarán llegando a nuestras costas los lobos marinos, que auguran el próspero desarrollo turístico de Punta Loma. Vayan preparando los sanguchitos. Les digo yo, como representante de dios en Punta Loma, que el 29 llegarán los lobos.

El pueblo enardecido aplaudió al cura párroco y, con renovada energía, comenzó a organizar la temporada estival.

El 29 todo el pueblo se reunió en la playa. Las miradas, las expresiones, ya no eran las mismas que unos días atrás. Sonreían y miraban el horizonte, sin hacer gestos ni ruiditos molestos. Hasta que alguien gritó– ¡Ya llegan!– Y a lo lejos comenzaron a verse esos cuerpos oscuros y brillantes entre el oleaje. Primero uno, dos, luego decenas de lobos, grandes y pequeños, nadando gráciles hacia Punta Loma.

Jaime Smith le palmeó la espalda al cura párroco, que elevaba las manos al cielo, diciendo –Gracias, gracias Dios... –Le dije, Don Felipe, que el 29 llegaban los lobos– gritó el Sr. Smith con una sonrisa franca. Los pobladores miraron al cura párroco, que negó nervioso con la cabeza, mientras le daba un codazo al biólogo marino. Luego miraron al Sr. Smith, que inocentemente repitió: –Le dije que el 29 llegaban.

Cuentan que es por eso que en la capilla de Punta Loma, al lado de la cruz con el niño Dios, hay una foto de Jaime Smith.





## El jardín de las barrancas

Donde hay un jardín y una mujer, es para problemas. Es así, mire sino este parque, las terrazas sobre el río. Si esos bancos hablaran, peor que yo lo que dirían. Es que acá son toda gente importante. Mire los autos que tienen. Mire, mire, ahí sale el señorito Julio.

Es que yo vine a trabajar acá cuando tenía su misma edad, ¿diez y siete me dijo? Igualita a usted era. Así, flaquita, esmirriada, feucha... Igualita. Del campo, vio. ¡Cómo pasa la vida!

La primera vez que anduve de tarde en este jardín, viera lo que vi. La señora Lucía, la vieja que ahora está más muerta que viva, la que le llevamos esta mañana el desayuno a la habitación, la de la silla de ruedas. Bueno, esa vieja, hace sesenta años no era vieja. Y no va que salgo a tomar el aire, al poco de estar trabajando acá, y la encuentro amarrada al Alberto, el chofer, el padre del Albertito. Le dieron y le dieron hasta que escucharon el auto del patrón, del marido, que ya nos dejó, a Dios gracias. Por suerte el ombú es grande, y no me vieron. Ni el patrón vio nada. Eran tardes entretenidas. Al patrón le encantaba que le preparara scones. Era una receta vieja, de la mamá del patrón. Yo siempre me separaba algún scone, porque me salían riquísimos, y me iba al jardín pa que no me vieran comiendo, y ahí es donde veía...

Pero más después se puso malo. Usted sabe cómo es este país. Fíjese, tiene diez y siete, y ya sabe lo que es este país. Las diferencias. Usted y yo, los patrones... Pero hubieron momentos más fieros. El patrón, el finado, el de los scones, siempre se codeó con los políticos, con los milicos... Siete noches de noviembre tuve que ver lo que le voy a contar. Y hasta en el juicio lo tuve que decir. Esos días, la señora Lucía, la que ahora anda en silla de ruedas, caminaba por el jardín y señalaba los lugares... Ahí, ahí, ahí... cerca de los rosales, porque decía que iban a servir de abono... El Alberto y otros muchachos hacían los pozos, profundos. Y después, un amigo del patrón, siempre vestido de milico, vino siete noches y trajo bolsas enormes que metió en los pozos que marcó la señora. El Alberto lo ayudaba, y tapaba con tierra. A mí me pareció que una de las bolsas se movía. Pero no dije nada porque tuve miedo. El Alberto tenía una cara...

Más después, de bocona, una vez le conté a una señora en el supermercado. Algo sabía ya la señora, porque se acercó a preguntar... preguntó por la familia de la casa, por el jardín, que si yo vi algo raro, que si conocía al milico Rosales, así se llamaba el amigo del patrón. Charla va, charla viene, la señora tan amable al final le conté. ¡Y qué revuelo! Más después tuve que decírselo hasta a un juez. Lo de Alberto y la patrona no dije nada, pero conté todito lo de las siete noches. Vinieron con máquinas, reventaron los rosales... y ahí estaban. Incluso el hijo de la señora del supermercado estaba. Por una pulserita con un ojo azul lo reconoció la señora. ¿Escucha? El llanto de la señora se quedó acá en el jardín. ¿Lo escucha? Es un grito desgarrador, me pone la piel de gallina. A la tardecita siempre lo escucho. Por un tiempito los patrones no pudieron salir de la casa. Había un policía en la puerta, un tal cabo López, que se robaba, entre otras cosas, los scones.

Yo dejé de salir a la tardecita, porque le juro que escucho ese llanto y... deberían haber ido todos presos... Pero más tardecito, ya de noche, no se escucha. Y me gusta caminar por el jardín. Se siente el aroma del río. ¿Ve? esta barranca va pa el río, ¿lo huele? Esas noches, que eran de calor, yo salía a caminar. Y no va que me la encuentro a la señora Lucía prendida del cabo López. Menos mal que el ombú es grande.

Ahora todo cambió. Mire que acá, sacando lo de las siete noches, la vida fue siempre tranquila. Gente bien, gente decente. Sacando alguna que otra cosita. En general, bien, gente educada, siempre les gustó mi comida... Pero ahora, desde que el nieto de la señora Lucía se instaló en esta casa, no hay paz ¡El señorito Julio es vegano! Y, el jardín... ya no se puede pasear tranquila... ¿Puede creer que en las noches el señorito Julio y el Albertito...? Me arrancarían los ojos cada noche. Menos mal que el ombú es grande.



# Rescate

El agua está tibia. Es el único remanso sobre ese cuerpo ¿suyo? en los últimos días ¿suyo en los últimos días? La pared conserva unos pocos azulejos. Los azulejos, rotos en las puntas, tienen un dibujo azul de árboles y una casa. Son bellísimos. Contempla los detalles del dibujo. Cuenta las hojas azules que conserva. En las tardes solía caminar entre los árboles. Él le decía al oído poemas, *Je t'aime à la folie*, la acariciaba con las manos siempre tibias y así la iba confundiendo hasta el delirio. El resto de la pared está derruido. Caen los pedacitos de mampostería, le ensucian los tobillos y vuelve a enjuagarlos.

Golpean la puerta del baño –Ya voy. –Apurate o entro. –Ya voy, ya voy. Apaga la ducha, da la última mirada al árbol y apenas se seca con una toalla delgada y vieja. Se viste rápido. La mujer abre la puerta en un gesto brusco. Trae la cara cubierta. Le tapa los ojos otra vez. El dibujo azul será quizás lo último que vea. Espera que termine de vestirse, y a los empujones vuelve a llevarla hasta un rincón de la habitación. Mantiene en la memoria la mirada en el árbol, su forma, sus ramas azules. Le ata las manos. Ya no intenta resistir. Los primeros días lo hizo, inútil. Ajusta la venda en los ojos. Ella sigue detenida en el árbol, hay un nido en una de sus ramas.

Un portazo. Está sola otra vez. No hay ventanillas. De alguna manera, sin embargo, lleva registro de los días. Son siete, tal vez ocho. Con las manos atadas,

palpa las paredes rugosas y sin revoque. No vale la pena gritar, es inútil. Mira el árbol para no enloquecer.

Se oyen pasos al otro lado de la puerta. Entra alguien y arroja un plato de comida. –Estamos perdiendo el tiempo con vos. Familia de mierda que tenés, no entrega la plata. Lanza un escupitajo, le da una patada desganada y se va. Ella toca el borde del plato. Es hondo y está caliente. Cerca del plato hay una cuchara. De alguna manera el sentido del sabor le da fuerzas para volver al árbol. Come despacio. Los primeros días no comía, luego lloraba al momento de comer. Vuelve al azulejo, los árboles azules. Sobre el nido de las ramas más altas se desdibujan rayos de un sol. Cerca de los árboles está la casa. Ella y él entre los árboles, los poemas resuenan como un chasquido entre las ramas. Se reconoce en el dibujo azul.

Están entrando otra vez. La patean, la golpean. Trata de protegerse. –Puta de mierda ¿por qué no quieren pagar? Hija de puta, te prefieren muerta. Una de las patadas es en la cabeza.

Cuando despierta está húmeda. No sabe cuánto tiempo ha pasado. Le duele la mandíbula, los brazos, las rodillas. Piensa en el azulejo, acaricia el árbol. En el nido hay un pájaro. La mira con su ojo de trazo azul. La mira con tanta pena que dan ganas de llorar. Al lado del árbol está la casa. Ella susurra por la puerta entreabierta: quiero ir a casa... El pájaro la mira con tanta pena. Comienza un aleteo, pero se detiene. El árbol ha perdido cinco hojas nuevas. Puede sentir su caída leve en los tobillos.

Se oye un ruido en la habitación. Abandona el azulejo. Hay alguien. Puede sentir la respiración, pero no ha dicho nada. –¿Estás bien? Es la mujer. Ella no responde. Pasa cerca, casi se tocan. Escucha que abre la canilla. La mujer se acerca y comienza a lavar con

cuidado las heridas. Le saca la venda. Ella no abre los ojos. –Lamento la situación, pensé que entregarían la plata, pero no... No abre los ojos. La mujer sigue limpiando las heridas, la mira como el pájaro. No abre los ojos. –Entendés que no nos queda otra, no podemos tenerte acá, ni dejarte ir. No abre los ojos. El pájaro la mira. La mira con tanta pena que hasta parece que tuviera dibujada una lágrima azul. El árbol sigue perdiendo hojas. –No nos queda otra. Ella escucha la puerta de la habitación que se abre. Tres pasos y la voz de él, él que caminaba entre los árboles con ella, la voz de los poemas, *Je t'aime à la folie*. La voz de él, tras los árboles, *Je t'aime à la folie*, la voz de los poemas. No abre los ojos. El pájaro la mira con tanta pena. Su aleteo confundido mueve a las ramas más finas. *Chic chic* hace el metal y se prepara. No abre los ojos. La mujer le palmea la espalda y se va de la habitación. *Chic chic* las manos tibias. Siente su sombra, la voz de los poemas. El pájaro la mira con tanta pena. Cae, cerca de la puerta entreabierta, justo sobre los pies del hombre.





# Líneas blancas

Don Edmundo viene pedaleando desde la ruta, con ese cacharro extraño detrás. Pedalea y sonríe, ya ve a la Normita asomada a la ventana, ve el escote de la Normita balconeando hacia la calle. Sonriendo llega, y la Normita ya está en la puerta, trepada al cuello de Don Edmundo, que suavemente la empuja hacia adentro, que los vecinos no vean. Pero la Normita ve la bicicleta, y se resiste, ve el cacharro con pintura blanca ¡pará pará! ¡qué hiciste Edmundo! Y él la deja de acariciar y gira levemente la cabeza para ver qué es lo que vio la Normita. Don Edmundo se agarra la cabeza ¡qué va a decir el jefe! Se va a dar cuenta que dejó el trabajo por un ratito, apenas un ratito... mi mujer, cómo le explico a mi mujer. Pero qué prolijitas te salieron las líneas, perfectamente separadas una de otra, querido Edmundo. Gracias Normita, y no sabés la ruta, me está quedando preciosa, pero claro ahora hay una curva que no iba, y viene directamente a tu casa. La Normita se acomoda el escote, entra a la casa y trae un balde con lavandina. Qué buena que es esta pintura, que no sale con nada. Y friega y friega la Normita, mientras Don Edmundo la ayuda. Y piensan alternativas, e insisten con trapos y aguarrás. Y las ideas van y vienen. ¿Y si ponemos un Gauchito Gil? Y ya ella se imagina cosiendo unas buenas bombachas para el gauchito, en la puerta de su casa, sería un honor. Capaz que así el jefe cree que fue por una buena causa, y queda marcado el camino hasta el gauchito... el jefe me va entender, manejó camiones... Don Edmundo

vuelve a la ruta y sigue marcando las líneas blancas y cortadas. Pedaleando bajo un sol de mediodía imagina el cartel que hará esta noche, grande y luminoso, con una flecha que diga gauchito, con g y ch, y con mayúsculas, Gauchito Gil, mi mujer tiene buena letra, me puede ayudar así disimulo. Y la Normita, mientras tanto, ya está vistiendo, con una bombacha de gaucho ajustada, a la estatuilla del arcángel que Don Edmundo le regaló para el noveno aniversario.

# Mis papás

Miguel es mi papá. Bah, fue mi papá hasta que yo tuve cinco años, hasta que apareció Martín, mi papá. Yo no sabía que se llamaba Martín, pero un día apareció un pibe con gorrita, canchero, y se encerró en la cocina a gritar con mi mamá. Yo puse la tele muy fuerte, muy fuerte como nunca me dejan, y me quedé viendo a Bart que se tiraba con un skate por una montaña y se rompía todos los huesos y Homero al querer abrazarlo en el hospital le rompía el único huesito que aún no se había roto del todo. Los gritos seguían, y los llantos, pero yo le prestaba atención a la tele, y ponía más fuerte. Por suerte llegó mi papá, y yo pensé, listo, me voy a la casa de mi papá. Miguel quería que yo me fuera con él, mi mamá quería que yo me fuera con Miguel, y yo también. Pero Martín no quería, yo ni lo conocía, pensaba qué opina este pibe. Entonces Martín dijo: es mi hijo. Y Miguel dijo ¡¿Qué?! Yo me abracé a Miguel, mi mamá lloraba, y los tres se metieron otra vez en la cocina y cerraron la puerta. Maggy le prestaba su chupete a Bart para que se sintiera mejor. Yo ya no usaba chupete.

Después de todo ese lío, Miguel salió de la cocina, tenía los ojos como de haber llorado. Me dio la mano y me dijo vení conmigo. Y me fui. Y le di un beso a mi mamá, que también tenía los ojos como aguados. A Martín no le di un beso, encima tenía una gorrita de River. Yo soy de Boca, como Miguel.

Nos fuimos a la casa de Miguel. Hay que pasar por donde se va a morir la gente, todo lleno de cruces en el piso, parece de película. Pero la casa de Miguel es linda, tiene ventanas grandes. De una se ven los muertos, pero las otras dan al campito de fútbol. Cuando llegamos a la casa, Miguel me preparó una leche con chocolinas, mis favoritas, y me abrazó un rato largo. Me explicó un poco lo que había pasado en la cocina de mi mamá. Y me dijo que me quería. Raro, nunca me lo había dicho antes, pero tampoco hacía falta, más vale que me quería, si siempre me llevaba al campito, jugaba conmigo al culo sucio, me compraba remeras de Boca. Cuando me comí la última chocolina, me dijo que él siempre iba a ser mi papá. Más vale, le dije yo. Y también me dijo, que ahora iba a tener también otro papá, pero de River. ¿Y para qué quiero yo otro papá? ¿Y encima de River? Y, para jugar, me dijo Miguel. Si yo juego con vos. Y así estuvimos un rato largo, yo preguntaba por qué, y él me respondía cualquier pavada. Hasta que se cansó, y me dijo: yo siempre voy a ser tu papá. Y el de la gorrita, Martín, también va a ser tu papá. Y punto. Ah, y en el medio me explicó algo que no entendí porque yo era muy chico. Ahora ya tengo seis, y ya sé que cuando se besan y se meten en la cama sin remera, es que hacen bebés. El otro día le pregunté a mi mamá si se había metido en la cama sin remera con los dos, y se enojó. Por las dudas no pregunté más.

Ahora Martín me busca en la escuela, y me lleva a jugar al fútbol. Es macanudo, pero quiere que sea de River, y yo soy de Boca. Y a Miguel lo veo siempre. Como soy grande, puedo ir solo hasta su casa, y ya no me da miedo ese lugar donde se va a morir la gente. Porque soy grande. Y Miguel siempre va a ser mi papá. Aunque ahora tiene un hijo de verdad, un bebé, con otra señora que se metió en la cama con él

sin remera. Cuando voy, me sigue dando chocolinas y jugamos al culo sucio. Y si viene a la casa alguien que yo no conozco, él me presenta como su hijo, y a mí es como que me da una alegría.

Lo único que me da miedo es que desde hace un tiempito hay un vecino que viene dos por tres a ver a mi mamá. Y encima es de Independiente. ¿Y si un día viene con que él también es mi papá? ¿Para qué quiero otro papá?



## 26 de febrero de 2017

No se imagina lo que era esto, m'hijo, llenito de gente. Más que en el cumple de la Matilda, ¿se acuerda que vino la familia de la costa, y hacían bochinche? Más que eso. Más que en la señalada, m'hijo. Las gentes pasaban y pasaban, como en la tele. Y qué me cuenta que hasta el camión de canal 7 estaba. Ni cuando el preso quedó cuidando la comisaría hubo tanto lío. No sabe lo que era esto, m'hijo. Ni en la época de los petroleros tanta cosa. ¡Si los hubiera visto! Sacaban de los autos sillitas, y se ponían en la calle, las veredas, la plaza. Todos mirando el sol. De los autos sacaban las sillitas. Eran todas gentes de la ciudad. Todos sentaditos mirando el sol. Hasta en mi vereda se sentaron unos. Gentes amables, me pidieron permiso, me ofrecieron mate. No se imagina lo que era esto, m'hijo. Y me dijo el Braulio, que se fue al campo a buscar otro corderito para la noche, que arriba, en la ruta era igual. Lleno de gentes. ¿Se imagina, m'hijo, la 40 llena de gentes? Sillitas y lonas al costado de la 40... de no creer... No sé si usted me cree. Yo, si no lo veo, no lo creo... Todas las gentes mirando el sol. Yo me encandilaba, y eso que se había puesto como más oscuro, y fresco... En eso salió la vecina y me dice “agarre una radiografía para mirar el sol, que si no le daña los ojos”. Me lo dijo como diez veces, hasta que le entendí. Vio que ando medio sorda, m'hijo. Y menos mal que el mes pasado me jodí la rodilla y me mandaron pa' Río Mayo, sino de dónde sacaba yo una radiografía. No hay mal que por bien no venga, el diosito sabe... Entonces fue

ahí, m'hijo, que lo ví. Al sol se lo estaba comiendo una sombra. ¡Qué susto! Yo pensé: cagamos. Pero la vecina me decía que no, que era normal, que era un esguince. Yo, con más miedo que cuando vimos la película de la donación de órganos ¿se acuerda? seguí mirando. Viera qué maravilla... Algo tapaba el sol... Y, de pronto, el sol era sólo un anillo... Le juro, mire que no se jura, pero yo se lo juro. Un anillo de luz, y el resto del sol, el dentro, oscuro como la noche. ¡Qué susto, m'hijo! Y un frío... como si se nos hubiera venido la tardecita en medio del día. Y ni una nube. La gente aplaudía, parecía cosa de locos. Por suerte enseguidita la sombra se fue corriendo, y cada vez se asomaba más el sol. Todo lo que le cuento, gracias a mi rodilla. Lo ví, gracias a mi rodilla. La sombra se fue corriendo, y al rato, volvió el sol entero otra vez. Ahí la que aplaudí fui yo. Y la gente me miraba... ¡Ja! a mí me miraban, los que aplaudían cuando nos moríamos de frío... Le digo m'hijo que, ya pasado el susto, lo que vi fue una maravilla. Y después, encima, comimos rico. Parece que los vecinos, que están más atentos a las noticias... esos sí que tienen buen oído... sabían que se venía el esguince justo acá, en Facundo. Se imagina, m'hijo, sabían que se iba a llenar de gentes, científicos, periodistas, chicos, de todo. Y los vecinos, como sabían, se pusieron a cocinar para vender comida. La Matilda mató como a cinco gallinas y vendió pollo a lo loco. El Braulio hizo dos corderos. Hasta en el club cocinaron corderos. Una fiesta el pueblo, m'hijo. Pasado el susto, qué lindo, qué cosas tiene la naturaleza... Imagínese, el sol como un anillo. Y viera cómo calienta el sol, que cuando era sólo un anillo, hacía un frío... Poder ver eso, y justo acá, en mi pueblo... ¿La rodilla? Está fenómeno, m'hijo, está fenómeno, y le debo mucho...



# Rosterán

Tenemos que tener un rosterán y yo corto los panes... En menos que un rosterán tengamos un negocio de helados, waffles y panes... Es que hay demasiadas máquinas en esta casa que no se usan. No sé por qué a mi mamá le gustan las máquinas. Las usa dos días y luego quedan ahí, como mirándonos. Una vez compró una bicicleta fija que usó, orgullosa, cuarenta y cinco minutos sin parar. Eso fue todo. Luego fue perchero durante dos años, hasta que mi papá la vendió. Y mi mamá tardó otros dos años en darse cuenta que el perchero no estaba más. También tiene una aspiradora, que no sabe cómo se prende. Y una plancha que le da miedo porque se calienta mucho. Y no la usa. Y tiene una bicicleta violeta y blanca, con cambios, ruedas espectaculares, con la que una vez hizo 100 metros por la bisisenda y volvió porque había viento.

Papá Noel nos trajo un sapo, que no se enchufa, y ese sí lo usa. En el rosterán podríamos poner un sapo, y una pileta clammatizada. Y hacer waffles porque a la wafflera la usamos sólo una tarde en que hacía mucho frío. Y después nunca más. Hizo frío, pero no hubo waffles. A la heladora mi mamá la usó un montón el primer verano. Me hizo helado de chocolate, de dulce de leche, de frambuesa, de limón, de duraznos... riquísimos. Ahora la usa de florero raro, porque no hay lugar en el freezer.

En el rosterán podemos servir café con espumita, como en los bares. Esa fue la última, por ahora, máquina

que compró mi mamá. Le encanta. Hace café expreso, y a mí me prepara chocolatadas con leche espumosa. Ya lleva como tres meses usándola... supongo que pronto se convertirá en un adorno rojo. Por suerte es linda.

También compró una multiprocesadora, plateada, que parece una máquina espacial, y sí la usa... por ahora... ralla el queso. Mi papá dice que no hacía falta una máquina espacial para rallar el queso, pero mi mamá sonríe y mira su máquina contenta.

Hay una cosa importante que me enseñó mi mamá. Por más que a una mujer le gusten las máquinas, nunca se me tiene que ocurrir, ni a mí, ni a ningún hombre de la familia que quiera seguir perteneciendo a la familia, regalarle un electrodoméstico para el cumpleaños, día de la madre, nunca, nunca, nunca. Las máquinas son de la familia, no de las mujeres. Pero a mí, no me deja usarlas.

Hoy mi mamá hizo el pan rico que ella sabe hacer. Mi mamá pone cosas en la máquina, y la mira como gira y me llama para mirar. Yo miro, pobrecita, y le digo que está genial. Hace dos semanas le pedí que me hiciera pan, y recién hoy, como es feriado, me hizo el pan. Es rara mi mamá. Y no quiere poner un rosterán. Ella dice que le gusta cocinar cuando tiene ganas. Y que sólo cocina por amor, ni siquiera por hambre. Y si yo sigo insistiendo, me dice: poné vos el rosterán y yo manejo la caja. Ah, no, digo yo... Entonces ella dice: yo no cocino, no lavo platos, no limpio, no hago las compras, no sirvo las mesas, no le sonrío a los clientes... pero me encantaría ir a comer a tu rosterán. Entonces yo no insisto más, porque la que sabe manejar las máquinas del pan, de los waffles, de los helados, la procesadora, la batidora, la cafetera, etc, es mi mamá. Y si ella sólo cocina por amor, la comida no va a alcanzar para todos los clientes.

## F

F tiene cinco hermanos: un abogado, una bióloga, un contador, un dentista y una escribana. F tiene una madre con los ojos saltones y nariz etrusca. Tiene una madre, que soy yo. A mi hijo mayor, el abogado, le regalé hace tiempo un departamento en Olaguer y Mandalí. El hombre con quien vive sale imperceptible cuando voy de visita. No sé nada de él, más que tiene unos veinte años menos que mi hijo, el pelo corto, unas patillas de pato y anillos en casi todos sus dedos. F tiene el cabello enrulado. Y no tiene un título, sólo, a gatas, bachiller. Mi hija la bióloga, siguiendo mis consejos, se especializó en biología molecular y trabaja en un laboratorio de medicamentos. Justo a tiempo la agarré, antes de que se volviera hippie y ecologista. Justo a tiempo la mandé a Nueva York, le compré un departamento luminoso, desde el que se ve el gran puente. Allí vive aún, obsesionada por las células y el trabajo. Apenas me habla cuando la visito. No sé si es hipocondríaca o tiene alergia a mi perfume, pero cada siete minutos exactos asoma a la ventana su nariz respingada, herencia paterna, porque le falta aire. Y le faltan hijos. Y le falta un amante. F tiene hijos, siempre sucios. F nunca visitó a su hermana en Nueva York. No conoce Nueva York. Ni siquiera Miami. A los dieciocho años se fue de casa. Sin pedir nada. A mi hijo el contador le regalé dos casas, enormes y bien ubicadas. No acepto barrios demasiado lejos de Olaguer y Mandalí. Las casas son enormes y con amplios jardines. Pero mi hijo tiene el imperdonable vicio del

ahorro desmedido. Y vive en el costado de una de las casas, el resto lo alquila. Su mujer, levemente estúpida, lo espera día y noche con la comida lista en una cocina sin ventanas. La cocina de F tiene un ventanal desde donde se ve el campo y un río, tan lejos de Olaguer y Mandalí. En la ventana cuelga un adorno de madera que le regalé yo. Mi hijo el dentista ama desesperadamente a su secretaria. Eso dice. Yo creo que ama sólo sus carnes, que contornea con desparpajo cuando entro al consultorio que le compré hace años. Es teñida y a veces anda con las raíces negras. Por suerte, mi hijo sigue mi consejo, y no se ha separado de su señora rubia, alta, frígida y con nariz etrusca. Dios quiera que nunca lo haga. Odiaría andar otra vez dando explicaciones. F ama a su señora, o al menos eso pretende que crea. Ella tiene el pelo renegrido y las manos como lijas, removiendo la tierra todo el día, igual que F. Mi hija la escribana tiene la piel límpida. Vive en la misma casa que le regalé hace años, una mansión estilo inglés sobre la avenida Olaguer. En la entrada, a la derecha, está la escribanía. Hacia la izquierda sale un pasillo amplio, decorado en mármol y alfombras rojas, que lleva hasta el living. Diecisiete gatos hay en esa planta, maúllan como lobos y están en todas partes. En el último piso de la mansión vive el padre de mis hijos, postrado y con olor a viejo, con alguna de sus mujeres y más gatos. F no tiene animales dentro de la casa, nunca le gustaron. Hizo lo que quiso, lejos de Olaguer y Mandalí. Y siempre miró en silencio cómo repartía bienes e instrucciones entre sus hermanos. Sólo hace unos días se quejó. Llamé a su casa —pocas veces lo hago— para contarle que me iba unos días a Miami, y le comenté, como al pasar, que ordenando la casa encontré una caja de madera con dos leoncitos tallados. ¡Sí! —dijo contento. Dentro tenía las estampitas de las comuniones. ¡Sí, sí! volvió a decir. Se la di a

mi hijo, el más creyente, el contador. ¡Eso sí era mío! –gritó F en el teléfono y cortó. F cruzó el mar, el país, el planeta. Golpeó la puerta del costado de la gran casa. Irrumpió, así me contó la esposa estúpida. Irrumpió. Preguntó por la caja de los leones, la abrió, revisó las estampitas. Recuerdo de mi primera comunión. Y sacó la que tenía la punta doblada y un borrón sobre la boca de San Abelardo, como si alguien le hubiera dibujado un bigote que se destiñó con el tiempo. Esta es mía –dijo. Cerró la caja, se la entregó a mi nuera, y se fue rápido. Vino a mi casa, sólo a mostrarme a San Abelardo con la punta doblada y el manchón sobre la boca. –Esto sí es mío. Y me miró con la indignación que cabe en los ojos de un hijo.



## El secreto del olivar

Camina por los olivares, revisa una a una las hojas, los bordes que parecen redondearse en los días de sol. En el verano, los pulgones dejan esa baba azucarada como un mal presagio. Carmen los arrastra con la yema de los dedos, arranca las hojas secas y deja cintas violetas para orientar a los hombres que andan con máscaras y guantes fumigando sin cuidado el olivar.

No es necesario que Carmen recorra cada día los cultivos, pero igual lo hace. Quizás porque se aburre. Durante el tiempo agitado de la cosecha, el prensado de las olivas, el enrase de los botellones, hay tanto para hacer que casi no duerme. Pero luego, sólo resta deambular entre las plantas, cuidarlas como a niños.

Esta tarde Carmen se detiene demasiado tiempo en cada olivo. La mirada confusa parece escaparse de las hojas y perderse hacia el lado del galpón. Anoche lo vio a Mariano cerca del galpón. Eran las dos de la mañana y él hacía, una vez más, una fogata, arrojaba ropa pequeña al fuego, pensando que nadie lo veía. Su hermana estaría durmiendo. Pero no, Carmen no duerme bien en verano, y lo vio a través de la ventana del cuarto. Antes de encender el fuego estuvo paleando en la penumbra, apenas iluminado por los focos de la casa. Luego, tras las llamas Carmen vio a Mariano sucio y desencajado, con los ojos inyectados en sangre. Se quedó mirándolo hasta que no quedaron más llamas y Mariano entró a la casa.

La tarde anterior, antes de salir a recorrer el olivar, Carmen fue hasta el escritorio a buscar unos papeles, y en el cajón de la derecha encontró las fotos. Hoy, antes de salir a ver los cultivos, volvió al escritorio, y las fotos ya no estaban.

Los pulgones son diminutos, monstruos en miniaturas que Carmen va metiendo en una bolsa de papel para luego arrojarla al fogón. Cuando Mariano la acompaña a recorrer los cultivos, no logra ni ver los pulgones que ella caza como si fueran fieras. El agrónomo del campo dice que es inútil lo que hace, pero ella insiste. Lo viene haciendo desde que era una nena, cuando acompañaba a su mamá a recorrer el olivar en las tardes leves de verano.

Es la hora en que la sierra se vuelve naranja como un juego del sol. En el oeste, sin embargo, donde está el horizonte, se adivinan restos de tormenta. Carmen prueba las aceitunas duras y amargas. Dice que al probarlas antes de tiempo sabe qué tan buena va a ser la próxima prensada. Cuando eran chicos, Mariano también robaba aceitunas amargas.

Al mediodía comieron juntos, como todos los mediodías desde que tienen memoria. Carmen prepara una comida liviana, pone la mesa y Mariano lleva agua fresca y un vino de la bodega del pueblo, siempre el mismo. Mientras comen hablan de los olivares, las variedades, los precios o se mantienen en silencio. De fondo, donde no pueden verla pero pueden oírla, está la televisión. Cuando Carmen iba por su segundo bocado, en el noticiero del mediodía hablaron de la nena extraviada. Carmen sintió una puntada leve en el corazón y recordó la fogata, las ropas pequeñas, las fotos en el escritorio. No quiso ver la imagen de la nena en la televisión, para no tener certezas.



Mientras acaricia las hojas de un olivo, mantiene la mirada en el suelo removido cerca del galpón. Carmen rememora la primera vez, luego hubo otras. Pero la primera fue hace veinte años. En ese momento, fue la mamá la encargada de simular que nada pasaba. Ahora es ella, con la bolsita de papel, cortando las hojas renegridas. Deambula entre los olivos, se atraganta de frutos amargos e intenta convencerse, una vez más, de que Mariano es inocente.



# Mitã yvytu

Cuando mamá se va, María se saca siempre los zapatos y acerca los pies desnudos al fogón. Los frota con esmero, como si lustrara los adornos de plata de la abuela. Yo la observo desde la larga mesa del comedor, mientras esquivo las lecciones de matemáticas. Intento ordenar los números enteros sobre una línea, pero la vista se me va a María. La maestra que contrató papá se da cuenta de mi distracción. Con su lapicera golpea suave sobre mis dedos y vuelvo otra vez al papel cuadriculado. María se coloca los zapatos, se acerca a la mesa y le ofrece un mate cocido a la maestra. –Sí, sí, muchas gracias –le dice ella. Y acota: –Supongo que se lavará las manos antes de prepararlo. –Por supuesto –responde María, y me guiña un ojo.

Cuando la maestra al fin se va, luego de tomar el mate cocido, comer las masitas que preparó mamá y obligarme a hacer dieciocho cuentas, María ya está otra vez en el fogón sin los zapatos.

Me acerco a ella, me gusta estar con María. Ella cuenta historias. Tanto me ha hablado de la vida lejos que siento como si ya hubiera estado ahí. Papá no sabe contar más que ovejas y billetes. Es bueno, y a veces juega conmigo. Alguna vez ha contado alguna historia, pero cosas de ahora, del campo, de los números. María habla del pasado, y lo cuenta de tal manera, que no puedo reconocer qué es fantasía y qué es realidad. Mamá no habla del pasado. Cuando la abuela hace alguna referencia a lo que pasó antes, mamá baja la cabeza y no dice nada.

María me cuenta del río. Dice que el río que atraviesa el campo es un chiste. Es el río más ancho de la provincia –dice mi papá. Para María, es un chiste. Dice que eso no es un río. –Parece el meo de un enano –dice y se ríe, tapándose la boca, cuando nadie más que yo la escucha. María cuenta que el río, el verdadero río, es tan ancho que se tarda tiempo en ir al otro lado, que el agua es rojiza de tanto barro, y que hasta los pescadores le tienen miedo.

El río del campo no me da miedo. En verano me baño en el río. El agua es cristalina. Puedo verme los pies y las piedritas del fondo.

Cuando llega mamá y nos descubre a María y a mí, con los pies cerca del fogón y hablando del río, me manda a la habitación. A María la mira con enojo y le dice algo que no entiendo. María se pone los zapatos y se va a la cocina a preparar la cena. Mamá no quiere que hablemos del río.

Parece que esta noche viene la abuela. A mamá no le gusta que venga la abuela. Ella no lo dice, pero se nota. Se pone nerviosa cuando viene. Se arregla, se viste elegante, se acomoda el peinado. Le pregunta a María si está bien así, me pregunta a mí. Si papá está, le pregunta a él, sólo a él. Cuando llega la abuela, mamá la recibe con una sonrisa, pero no es la sonrisa de mamá. Hasta la voz se le vuelve distinta. Suena como más grave. Papá la toma de la mano. No suele hacerlo. Pero cuando viene la abuela, la toma de la mano porque mamá se pone nerviosa.

Cuando la abuela no está y mamá es mi mamá con la sonrisa de ella, suele poner música y bailar. A papá le gusta verla bailar. A veces bailan juntos y se ríen.

María dice que el verdadero río es como una leche roja y espesa. Y que trae barro. Dice que mamá

conoce el río. Y dice también que desde que el hijo del dueño del campo se enamoró de los ojos negros de mamá, ella se olvidó del río. Pero que no es cierto. Del río nadie se olvida.

Mamá prepara las masas más ricas que alguien haya comido. Las hace con vainilla. María dice que le pone un ingrediente secreto, que trajo desde lejos. Mamá sonríe, y no dice si eso es cierto. María dice que con los ojos negros y las masitas enamoró a mi papá. Yo no sé si el río es rojo, pero esto que dice María es cierto. Cuando mi papá está enojado porque la cuenta de las ovejas no le da, mamá le prepara masitas y él se olvida por un rato de contar corderitos. Mamá le acaricia la cabeza y pone el disco preferido de papá.

Cuando mamá no está, María me cuenta. Dice que antes vivían en la estancia del abuelo, y que mi papá una noche llegó borracho y entró al cuarto de la servidumbre. Dice que andaba a los gritos diciendo que estaba enamorado de mi mamá. El abuelo agarró la fusta y le dio. Le dio a los dos, como si fueran caballos empacados.

Mamá a la noche me lee cuentos. Si le pregunto sobre algo de lo que María cuenta cuando ella no está, me besa la frente y dice: —¡Cuánta imaginación, mi chiquita!— y sigue leyendo. Si tardo en dormirme, sólo si tardo demasiado, mamá me canta, siempre la misma canción: *Mitã yvytu*. No entiendo el idioma, pero el sonido es dulce, y es el mismo idioma en que mamá y María hablan cuando no quieren que yo entienda. Mamá dice que la canción cuenta la historia de un niño en el monte, que no puede dormir porque el viento lo asusta. Aquí el viento es cosa cotidiana. Hace mover las tejas de la casa, como si fueran cientos de pequeños tambores. *Yvytu* ha llegado a llevarse el techo de los galpones.

María dice que mamá dejó un novio en el río. Que él le dijo que iba a ir a buscarla cuando consiguiera un buen trabajo. Pero no debe haber conseguido, porque no vino. Y María dice que mamá ya se olvidó de ese novio, como se olvidó del río. Y como se olvidó de la tristeza de la madre, cuando ellas se iban. María dice que todavía escucha en la noche el llanto desgarrador.

Mamá canta Mitã yvytu y tiene una voz dulce. Creo que papá se enamoró de su voz. Antes de probar las masitas, incluso antes de verle los ojos negros, la escuchó cantar.

María dice que mamá aprendió a leer y a escribir con mi maestra, cuando yo era muy chiquita. Le pregunté a la maestra, pero no me contestó. María no sabe leer. Y dice que no quiere aprender.

Una noche le pregunté a mamá por esa mujer que la despidió cuando se iban del río. Sólo esa noche no me besó la frente, ni esquivó la mirada. Mamá me contó que esa señora la crió, que esa señora es la mamá de María, pero que no es su mamá. Su mamá, mi abuela, es otra, es la que cantaba Mitã yvytu.

María dice que mamá se olvidó del río. Pero no es cierto. Cuando mamá canta Mitã yvytu yo veo que tiene el río en los ojos negros. Lo lleva con ella.

Cuando yo sea grande voy a ir al río rojo y ancho. Voy a conocerlo, a atravesarlo hasta la otra orilla. Voy a buscar al novio de mamá, para avisarle que ella no va a volver porque se enamoró de mi papá. Y voy a llevarle un regalo a la mamá de María. Y voy a buscar a mi abuela, para contarle que mamá me enseñó la canción. Y que a mí yvytu no me da miedo. Voy a decirles a todos que mamá no pudo volver, pero que hay otras formas de volver. Y que no los olvidó. Los llevó siempre en los ojos. Porque el río no se olvida.

## La infancia es un tesoro

Huriya cuenta que eso que hacía era delivery y se ríe. Entre las diminutas calles de la medina de Fez llevaba los platos calientes. El tío Rashá tenía un local donde cocinaba, y los visitantes alojados en los rhiad le encargaban succulentos platos de cuscús, con cerdo y papas. Huriya llevaba las cazuelas de cerámica, pesadas y rebosantes de cuscús, a través de la medina. Cuando llegaba, jadeante, caían los centavos de dirham en sus manitos temblorosas. *Alttufulat hi kanz.*

Cada viernes nos juntamos a practicar el idioma. Los hijos de nuestros hijos nos han traído aquí. Los avergüenza quizás nuestra mala pronunciación. Esta lengua que nada tiene que ver con nosotras.

Rosa descubre detalles de las estatuillas del tío, los ojos verdes del diablo en los pasadizos de las minas. Donde su padre, y el padre de su padre, y el padre del padre de su padre, y los tíos y hermanos fueron muriendo con los pulmones tajeados. Y cuenta que desde la casita azul se escuchaba el atroz BUM de la dinamita y que ella jugaba con otros hijos en los socavones. Que los domingos iban al centro de Potosí, y era una fiesta. Hasta que las lluvias y los derrumbes los hacían pobres otra vez. Y que cinco veces rescató una muñeca de los escombros. *Irqi ch k'inaqu.*

Cada viernes practicamos este idioma que nos rodea desde hace años, y sin embargo es aún ajeno. *Good afternoon ladies.* Qué dirían los ancestros,

pensamos. Nuestros nietos ya no hablan nuestras lenguas. Qué dirían los ancestros. Y de a poco las palabras se enredan, se diluyen. Cada una rescata los sonidos del origen, y las otras entendemos.

Neven cuenta que, con su mamá, tardaban días en cortar el césped de los jardines. Iban y venían arrastrando una pesada máquina, hasta que todo quedaba perfectamente parejo. Y que ella se distraía mirando las flores de Angiolina y los barcos croatas poblaban el mar. Cuenta de las alfombras que traían en cada viaje los dueños de la casa grande. Y cuenta también del lavado penoso de las alfombras, la madre de rodillas en la casita del fondo. Djetinjstvo je blago.

En una pequeña habitación, respiramos cada viernes. Tomadas de las manos, lloramos y reímos. El último invierno Neven, la más joven de nosotras, delineó con lápices su jardín en las paredes del aula. Butterflies and flowers cantamos entre risas, y lápices violetas y lilas que Neven trajo.

Antonella cuenta que su país tiene forma de bota, y que en cambio, al paese lo atraviesa una calle redonda. Al atardecer bajaban a la marina y, si había suerte, traían pescado. Cuenta de la polenta extendida sobre la mesa de madera, el estofado abundante sobre el colchón de polenta y los tenedores dispuestos. Sólo en época de miseria y guerra la polenta iba en plato, en porciones exactas y escasas. L'infanzia è un tesoro.

Llevamos muchos más años viviendo en este país que lo que hemos estado en nuestros sitios natales. Sin embargo, los viernes no lo parece. Perdidas en los recovecos de la memoria, paseamos por la medina y los socavones de plata, juntamos flores y peces como si no nos dolieran los huesos.



Huriya cuenta que el tío quedó con las piernas azafranadas y tiasas de tanto zapatear en la curtiembre. Y cuenta que la habían querido casar con el hijo de ese tío. Y que nunca vio colores tan variados como en el pasillo de los condimentos de la medina, cuando atravesaba con los platos calientes. Huriya trae con ella el aroma de los condimentos. Cada viernes la abrazamos y la olemos profundo para que no olvide.

Rosa cuenta que, antes de morir, los hombres de la familia escupían exhaustos pedacitos de plata y moco. Las sábanas quedaban brillantes. Las mujeres les ponían paños en todo el cuerpo y no lloraban más que a solas. Las mujeres son longevas, por penitencia, culpa de Eva en el paraíso, destinadas a enterrar hijos y preparar chuño y chicha a los sobrevivientes. Rosa tiene la piel del color de la tierra. Sus manos acarician fuerte, y así calientan nuestros cuerpos helados.

Neven cuenta que fuera del límite de los jardines, donde estaban las cabras y la fábrica de kulen, había rastros de bombardeos. Y que después de cada guerra los dueños de la casa grande se hacían más ricos y traían nuevas alfombras que arrojaban sobre las anteriores, formando extraños escalones. Cuenta que una mañana rompió, con la pesada máquina, el brote de una flor azul, y el dueño de casa le dio un cachetazo. La madre se interpuso y casi lo pierden todo. Neven habla y mira el jardín en las paredes.

Antonella cuenta que el paese está rodeado de olivares. Y que se escapaba con un primo a robar aceite de los tambores. Nadie lo sabía más que ellos. Y nadie en la casa sospechaba, porque el aceite de las olivas era un derecho. Podía servirse la polenta en plato, pero el pan con aceite nunca faltaba. Antonella nos trae limoncello cada viernes, y dice que son las mismas botellitas que usó para robar aceite.

Los viernes somos felices. Hartas de simular empatía con un país extraño. Año tras año hemos visto a este país, ajeno y grande, bombardear otros sitios que nos son menos ajenos. Y debemos estar, sin embargo, agradecidas. Sólo los viernes nos permitimos dudar. Childhood is a treasure.

# La doctora Mackena

La Dra. Mackena tiene guardia los martes. Hoy es martes. Anahí salió a las 15, en punto, con urgencia de martes. Tomó el micro 17 hasta el mercado del centro. En la avenida Solana había un tráfico imposible. Un auto azul la atravesaba, con una de sus puertas incrustadas en uno de los faroles del boulevard. Treinta y seis minutos y veinte segundos demoraron en hacer cinco cuadras. Anahí miraba alternativamente el aire espeso de los caños de escape y las agujas lentas del reloj. Pasada la avenida, cuando ya doblaron por la calle Concordia, el micro llegó ágil hasta el mercado.

Anahí caminó hacia la puerta principal y se quedó mirando cómo bajaban de un camión blanco los cajones con pescado fresco. Algunos cajones tenían salmón de un color anaranjado, brillante, que contrastaba con el entorno de nubes y cemento. Anahí cambió el menú, justo a tiempo. Esquivando a la gente fue siguiendo a los hombres que llevaban los cajones con salmón. Caminaron por el pasillo de la izquierda y entregaron los cajones en los puestos 20 y 22. La fila era más corta en el puesto 20, y ahí se quedó, esperando que la atendieran. Mientras, fue memorizando, como si lo acariciara, los gustos de Marcos.

Luego fue al pasillo de las verduras y eligió variedades de hojas verdes, algo de cilantro para darle ese toque que conmueve a Marcos, unos morrones rojos, un poco de verdeo... Pasó por los puestos de condimentos y con las bolsas llenas tomó el micro a casa.

El tráfico en la avenida Solana ya era fluido. Apenas un farol levemente curvado como prueba de la tarde. Haciendo equilibrio buscó las llaves, subió al tercer piso y desparramó las bolsas sobre la mesa.

Fue al dormitorio. Eligió la ropa. El corpiño azul de encaje, una camisa suelta y la pollerita corta, la más corta, con tacos negros, garantía de que habría muchos martes.

La Dra. Mackena hoy tuvo una operación complicada. Anahí la vio salir del quirófano, despeinada, con esa elegancia de cutis blanco que siempre lleva con ella. Marcos salió detrás, le palmeó la espalda, le dio un beso rápido en los labios y le dijo: “Lo hiciste bien, amor”. Ninguno de los dos vio a Anahí, que llevaba la camilla del próximo paciente.

Dejó de pensar en esa escena. Sacudió la cabeza, como si fuera posible cambiar de imagen, como si el cuerpo fuera una cámara oscura. El pescado naranja y brillante la instaló otra vez en el presente.

Se puso el delantal de cocina, limpió el pescado, lo cubrió de cilantro, detalladamente picado, y lo dejó macerando en la heladera. Lavó las hojas verdes, batió los huevos para hacer un soufflé. *Lo hiciste bien, amor. ¿Amor? ¿Le habrá dicho amor?* Siguió batiendo y las claras se elevaron que daba gusto verlo. *Lo hiciste bien, amor.* Rehogó las hojas con un poco de ajo acaramelado y verdeo. El aroma ya empezaba a inundar el pequeño departamento.

Eran las ocho. Marcos estaría por llegar. No había mensajes. Preparó una salsa suave con mostaza, maníes, un poco de caldo. *Al salmón hay que cocinarlo a último momento.* Se puso la pollerita, los tacos, los labios rojos. *Lo hiciste bien, amor.*

Eran las nueve. No había mensajes. Pensó en llamarlo. ¿Le habrá pasado algo? Ella prometió no llamarlo nunca. *Lo hiciste bien, amor.*

Llamó al hospital, dijo ser una paciente. La Dra. Mackena faltó a la guardia. *Pobre Marcos, no habrá podido escaparse de la altanera, del cutis blanco.* Apoyó la cabeza en el vidrio frío y lloró, lloró por la vida con excusa de martes.

Esperó hasta las once. Abrió una botella de vino blanco y brindó sobre el vapor del caldo. Sacarse el anillo en el ascensor, antes de entrar, era el único gesto que podía esperar. Cocinó uno de los trozos de salmón. El soufflé estaba delicioso. El salmón se desarmaba en la boca, liberando de a poco el sabor de cada ingrediente. Y habría otros martes, buscando en el mercado restos de un color. Infinitos martes de tacones y pieles de cilantro. Y la cara apretada contra el vidrio helado. Y otra vez martes. La Dra. Mackena tiene guardia los martes.



# Abuela Meme

La abuela Meme nos llevó a Huerta Grande. Fuimos en tren, en primera, en un vagón de asientos verdes. Cada vez que Meme dormitaba, mi hermano la despertaba haciéndole cosquillas con una pluma de paloma que había encontrado en el andén. Meme apenas lo regañaba. Nos quería, pero sobre todo, le dábamos pena. Yo sé que me miraba y a quien veía era a mi mamá.

Fuimos a un hotel del sindicato de correos. Meme ya estaba jubilada, pero había trabajado en el correo. Era un hotel enorme, de ladrillos, con pasillos largos, un comedor ruidoso y un salón completamente vacío y rodeado de ventanales. Mientras los grandes hacían la sobremesa, los chicos nos íbamos al salón vacío. Uno se ponía mirando la pared y detrás, la parva de chicos avanzaba lentamente. Cuando el de la pared giraba, todos debían quedarse estáticos, en el lugar, sin parpadear. Entonces, el de la pared, recorría los espacios entre los chicos, nos observaba a cada uno en busca de un movimiento, trataba de hacernos reír. Si no lo lograba, volvía a la pared y otra vez avanzábamos. Casi siempre era Manuel el que iba a la pared. Él contra todos. Le gustaba desafiarnos.

Una vez intentamos jugar a la escondida entre las mesas del comedor. Los mayores se quejaron, pero seguimos jugando igual. Hasta que a una nena se le enganchó el vestido en un mantel. Tiró tres platos, dos copas, un vaso y una botella de vino que le salpicó los ojos. Se acabó la escondida en el comedor.

El 6 de enero al mediodía, cuando ya llevábamos cinco días en el hotel y continuaba lloviendo, llegaron los reyes. Nos dijeron que habían tenido que dejar los camellos para que descansaran, y entraron con tres burros al comedor. Traían bolsas enormes, como de arpillera, y nos repartieron juguetes a todos los chicos. A mi hermano le dieron un autito, a mí un juego de mesa cuyo reglamento nunca logramos entender, y a Manuel un dominó. Baltasar, el negro, tenía puesto un vestido verde fosforescente. Tenía una barba tupida y no muy larga. Él me entregó el juego de mesa. Tenía las manos llamativamente blancas. Meme me explicó lo del vitiligo, mientras yo, con la nariz apoyada en la ventana del salón, veía al vestido verde sobre el burro alejándose en la llovizna. No quise decepcionar a Meme, pero ese día dejé de creer en los reyes magos.

Una de las mañanas, a pesar de la llovizna fuimos al arroyo. Estábamos jugando, arrojando piedritas a la otra costa, cuando comenzó a escucharse un sonido como de borbotones. Fue cuestión de segundos. Uno de los chicos, que estaba en el centro del arroyo buscando cangrejos de agua dulce, levantó la vista aterrado. Se quedó paralizado. Justo antes de que el agua lo enredara en un remolino, Manuel lo agarró del brazo y lo tironeó hasta la costa. Todo pasó muy rápido. El chico quedó como aturdido. Nos miraba sin hablar. Fuimos a buscar a la madre. Cuando vino la mamá lo abrazó, y el chico se puso a llorar sin poder parar. Nosotros nos quedamos al lado de ellos, sin animarnos a llorar, viendo todo lo que el arroyo se había robado de otras partes.

La segunda semana finalmente comenzó a hacer un calor insoportable, y no quedó rastro de la lluvia. Habilitaron las piletas, como nos había prometido



la abuela Meme. Había tres: una redonda y chiquita, una con forma de ocho en la que sólo hacía pie en algunas partes y otra rectangular, profunda y con un trampolín al que Meme no nos dejaba subir. La de forma de ocho era mi preferida. Y la de Manuel también.

La abuela Meme, mi hermano y yo estábamos siempre en el parque del hotel. Nos gustaba quedarnos ahí. A Manuel también. Pero su familia a veces se iba de paseo. Iban al centro, al cine, a otros pueblos. Cada vez que decidían salir, tenían que venir a buscarlo, convencerlo, insistirle, y finalmente llevarlo de una oreja hasta el auto, mientras Manuel gritaba: —¡No me quiero ir! Pobre Manuel. La mamá trataba de persuadirlo: —Pobre esta nena —o sea, yo— que vino con su abuela viejita y no puede salir a pasear. Y lo decía delante de mí. Todo era más aburrido cuando él no estaba.

El 31 de enero se terminaron las vacaciones. Los chicos habíamos perdido la noción del tiempo. Un día, así de golpe, en medio del paraíso, la abuela Meme nos avisó que al día siguiente tomaríamos el tren de vuelta a casa. Estábamos tan tristes. Esa mañana volvimos al arroyo. No íbamos desde la crecida. Estuvimos tirando piedras, pidiendo deseos, fantaseando con cartas y con el próximo verano. En un momento, Manuel apoyó su mano sobre la mía, me dio un papel con su número de teléfono, y me prometió que volveríamos a vernos. A mí, el cuerpo se me volvió tormenta.

A la tarde fuimos a la pileta en forma de ocho. Jugábamos a tirarnos de cabeza, cuando alguien empujó a Manuel. La nuca golpeó contra el borde de la pileta, y cayó tan cerca de mí. Dos chicos idénticos y con flequillo me miraban. Se hizo un silencio que me cubrió los oídos, ahora sé que es el mismo silencio que puede oírse antes de una nevada. Todo fue un caos. Yo

miraba los ojos de Manuel. Los chicos con flequillo. Gente corriendo. La abuela Meme.

Al día siguiente, tomamos el tren de regreso. Meme no quiso ir al hospital a preguntar. *Seguro está bien*, me decía. Me acariciaba la cabeza. *Seguro está bien, fue un golpecito*. Estuvo al lado mío todo el viaje. Intentaba consolarme. Yo trataba de pensar en el arroyo, en el juego de las estatuas, en el próximo verano. Tenía en la mano, como un tesoro, el papelito con el teléfono de Manuel. En un momento del viaje me adormecí. Cuando desperté, ya no tenía el papel en la mano. Lo busqué desesperada, por el piso, los bolsos, el vagón entero. *Seguro está bien*. Traté de memorizar los números, pero se me mezclaban de un modo absurdo. *Seguro está bien*.

Pasaron veinte años desde aquel viaje. Hoy comencé a ordenar la casa de Meme. Hace dos días fue el entierro. En una cajita, en el cajón de la cómoda, encontré el papel arrugado y amarillento.

# Puerto

Tengo el cuerpo impregnado de ese olor nauseabundo. A cada paso me perfora la cabeza el hedor de los pescados, prendado en la camisa negra. Nadie parece notarlo, sin embargo. Avanzo sobre este pueblo diminuto. De aquí, el mar ya no se ve. La cuadra va girando levemente a la izquierda, asciende sin prisa. De este costado las casas están a medio derruir y hay niños sentados en los escalones. Juegan con bolitas de vidrio y me sonríen. Alguno de estos niños tiene quizás un padre muerto. En la vereda del frente, en cambio, las casas son altas e imponentes. En lo alto llevan ventanales y terrazas. En lo bajo apenas alguna ventanita para no ver la mirada de los niños sucios del frente, para no ver las construcciones que bordean el lado de la sombra. En la esquina hay mujeres. No hacen muecas. Amables me saludan como si me conocieran. Es que así serán las formas en este pueblo. Sé que no me conocen. Nunca había estado aquí antes. Y aunque hubiera estado, ya no sería el mismo. Irreconocible con camisa negra y manchas de sangre en el corazón. Las saludo con una inclinación leve de cabeza y sigo mi camino, siempre por este lado de la calle que dobla levemente hacia la izquierda y asciende. Los negocios están cerrados a esta hora de la tarde. O tal vez porque es domingo. Sólo un bar veo en la siguiente cuadra. Un hombre se tambalea en la puerta, y duda si seguir hacia arriba o abajo de la calle, si cruzar hacia las casas luminosas, si esperar en medio a que pase un auto a toda velocidad y lo salve. El borracho

se detiene en el cordón y no va para ningún lado. Se sienta en el cordón, inclina la cabeza y se acuesta en la vereda como un perro. Cuando yo paso casi puedo rozarle el traje marrón y viejo. Puedo escuchar el leve ronquido que sale de su boca abierta. Dentro del bar no se ve a nadie. El calor es seco, me falta el aire. Abro la boca como el borracho y sigo camino. Maté a un hombre. A un borracho como él. Sé que ya no volveré a ser quien fui. La sangre del muerto me corre ahora por las venas. Y no he podido llorar. Dejé al muerto entre los pescados, en lo más alto de una pila enorme de pescados. El borracho trabará las máquinas de la procesadora del puerto. Así será. Y yo diré una excusa sin sentido a los hombres que me vieron salir del puerto esta mañana. El hombre, el muerto, tenía la misma mirada que mi padre. No es motivo suficiente. Él y yo estábamos borrachos. No es excusa suficiente. El muerto me retó, me insultó, levantó su mano sobre mí, igual que mi padre. Y yo ya no juego con bolitas de vidrio. Lo empujé para defenderme. Cayó sobre las cuchillas de la máquina del puerto. Yo no imaginé que pasaría. No es motivo suficiente. En la novena cuadra el pueblo ya termina, se asoma la ruta vacía y de pavimento. Desde aquí, sí, veo otra vez el mar. Parece límpido a la distancia. Quizás, si me alejo y me alejo, nada haya pasado. No seré el mismo nunca. No podré volver a ver a mi padre y decirle que lo he matado. No podré volver a mi casa y decirle a mi madre que lo he matado. La banquina es angosta y la ruta sigue vacía. En el próximo pueblo la policía me espera. Encerrarán a este huérfano que ha salido del puerto en la madrugada.

# Madre

Madre ha llegado con cayos en los pies. Me pide que le lije bajo el dedo gordo con las piedras del volcán. Así pasamos la tarde del domingo. Y nieva. Madre mira a mi hijo más grande que deambula por la casa, abre y cierra la heladera, pide leche, luego tostadas, más tarde algo salado, va y viene, conversa con los amigos a través de ese teléfono diminuto, y ríe a carcajadas. Madre sabe que debería estar estudiando, y me lo dice, y dice también que debería ponerle más límites. Yo lijo los cayos y, entonces, le grito, lo mando a estudiar, aunque sé que ya ha estudiado para la prueba de mañana, que siga, porque madre dice que debe hacerlo.

La bebé duerme y aprovecho para bañarme. Desde la puerta del baño mi hijo me cuenta otra vez, enfurecido, que los turcos otomanos tomaron Constantinopla, y que era mayo, y 1453, y que por qué otra vez me hacés repetir estas pavadas que sabés que ya estudié, y adiós a la edad media. Yo no quiero que madre oiga porque tal vez un niño adolescente no debiera dirigirse a mí en ese tono. Salgo entonces de la ducha, me visto rápido. Desde afuera, él sigue diciendo del imperio romano de oriente que cae, y del cristianismo. Yo abro la puerta y ojo cómo me hablás. Estoy descalza, se ven mis pies blancos, blancos hasta por encima del tobillo. Mamá, mirá los pies, antes sólo los dedos eran así tan blancos. Sí, sí, es la falta de melanocitos, nada pasa. Por qué más y más, por qué sigue subiendo. Recuerdo

entonces que madre nos visita cada vez más seguido. Mi niño deja la pelota, corre a mirarme los pies, se le llenan los ojos de lágrimas. Ma, cuando llego a las rodillas... ¿te va a pasar algo? Yo los abrazo, que no, que no, que nada. Nada pasa por unos pies demasiado blancos. Me pongo las medias, que madre no vea.

Madre se ha quedado dormida con los pies en la palangana. Le agrego agua tibia para que no tome frío. Un pelotazo de mi nene, justo sobre los pies de madre, la despierta. Madre le sonrío a mi niño y a mí me fulmina con la mirada, no cree que deban jugar a la pelota dentro de la casa. Yo entonces le grito, que salga a jugar al jardín. Pero ma, tengo frío, y está nevando. Aquí dentro no se puede. Pero por qué, si siempre jugamos juntos aquí dentro, y tengo tanto frío. Hagamos otra cosa. Y trae las cartas para jugar a la casita robada. Madre dice que los niños deben ser estimulados con juegos más ocurrentes. Entonces le propongo a mi hijo que juguemos al desconfío. Pero, ma, a mí me gusta jugar con vos a la casita robada. Entonces jugamos. Madre se ha quedado otra vez dormida y con los pies helados.

La despierta el llanto agudo de mi beba. Siempre llora y grita hasta que la abrazo y escucha el ritmo de mi cuerpo, sólo así se calma. Madre se seca los pies y se levanta. Se acerca a la bebé, y le acaricia los pómulos. Me dice que no debería calmarse sólo conmigo, otros brazos también deberían poder calmarla, porque sino no podés ocuparte nunca de vos, de tu aspecto, y pobre tu marido. Se la entrego a madre y la bebé llora. No importa, voy a desenredarme el pelo, que me he olvidado. La beba grita, pero yo me pinto los labios. La beba llora, el niño ha comenzado otra vez a jugar a la pelota, la palangana es el arco, y el niño más grande deambula pidiendo un sándwich.

Yo tomo a la bebé con un brazo, me encierro en el cuarto, con la mano libre muevo el carrillón de viento. Me siento en la silla verde y le doy el pecho. Mi beba ha comenzado a sonreír, le acaricio los piecitos fríos. Y la miro, como alguna vez me habrá mirado madre.





# Osito verde

Tenés los ojos como dos lentejas crudas seguís al lado de la puerta ni te moviste de ahí desde que llegaste con el bolsito en la mano la mirada de mundo de mierda una pared oscura delante de los ojos desde el hueco de la escalera te veo hay olor a guiso tan parecido a mí cuando me trajeron paradito al lado de la puerta quieto apenas algunos puños al aire cuando no me veían la pared negra delante de los ojos en un rato va a venir la gorda la cocinera con los ojos tristes que se hace la buena no te ilusiones yo creí que me iba a llevar con ella pero no que la casa chica que los hijos propios que el novio gorda hija de puta que si a uno no lo putean se ilusiona yo le traía mi boletín y ella me hacía tortitas y pedía que todos me aplaudieran yo entonces creí que me iba con ella pero no que no te ilusiones no serás como los pelotudos que el domingo se van a la iglesia de la vuelta no no tenés cara de esos el cura les regala golosinas y los toca se le marca esa cosa bajo el vestido blanco y los muy putos le sonríen los monaguillos miran yo prefiero las tortitas de la gorda turra que en un rato va a venir a acariciarte la cabeza no te ilusiones te va a hacer creer que acá vas a estar bien que hay una iglesia a la vuelta y que en la cena te van a aplaudir por la bienvenida te van a poner un apodo de mierda y van a decir que tu vieja es una puta y esas cosas la mía está muerta mi viejo me trajo acá por un tiempito para irse a laburar al campo y vos qué historia tendrás con ese bolsito y la rabia instalada tan pronto la pared oscura ya hay

olor a tortitas la gorda va a venir a mentirte no te ilusiones mi viejo viene en julio dos o tres días o llama y yo siempre pienso que me va a llevar al campo pero no te ilusiones me explica de los golondrinas y la vida de mierda y yo le muestro la mierda de rata entre las cuchetas y él dice eso no es nada estudiá y yo le traigo los boletines a la gorda y me aplaude falta tanto para julio seguís ahí desde el bolso se te asoma un osito verde ya estás grande ya sé cuál va a ser tu apodo la gorda va a querer lavártelo para que brille como una buena madre que no muere los pibes en la escuela te van a mirar raro porque vas a llegar cada mañana en una camioneta blanca con idiotas y cojos y esperarán que digas algo para ver si sos huérfano o integrado y vas a querer ser otro vas a dibujar teclitas con números en el borde de la carpeta para llamar a la gorda que no viene porque sueña con los hijos propios y el novio que no se puede le gasta el sueldo y falta tanto para julio ahí paradito soldado sin órdenes te aguantás las ganas de gritar y te mirás los pies las zapatillas negras con un tajo el osito verde se asoma ni lo mirás porque si lo ves sos capaz de ponerte a llorar y no te quejes del apodo la gorda viene y te acaricia la cabeza te trae la tortita caliente y no querés y yo hago ruido para que me vea pero a mí no me dice tomá una tortita las hice para darte la bienvenida y no te avisa que no veas al cura que no creas en nadie ni que guardes el osito que nadie lo vea y no me ofrece tortitas a mí que traigo el boletín con letras verdes la gorda te acaricia la cabeza y te miente en voz baja no te ilusiones yo bajo haciendo ruido y a mí no me da ni una tortita los hijos propios no se puede tus ojos de lentejón clavados en el tajo de la zapatilla arranco tu osito verde con el cuchillo de la gorda le arranco la cabeza y la gorda te tapa los ojos vos seguís igual quieto y sin gritar sin llorar por el osito verde muerto ya estás listo para el mundo.

# Roberto

Hace tantos años que no vengo al barrio. Y si no fuera porque tengo que hablar con la inquilina, no volvía. Mi infancia es este barrio, sin embargo. El bar está igual. Taquito sigue apoyado en la barra, más gordo e infinitamente más viejo. Me miro las manos, el tiempo fue para todos. Le pido una cerveza helada. Taquito no me reconoce. Desde la barra, grita hacia las ventanas de la avenida: —¡Roberto! ¿Lo querés con leche o solo? El corazón se me agita. Giro sobre mi hombro izquierdo. Si Taquito no lo nombraba, no lo hubiera reconocido.

Roberto era el pibe más travieso del barrio. Lo conocí un día en que mi vieja me obligó a visitarlo, porque el pibe había salido del hospital, y era de buen vecino ir a saludar en esos casos. Éramos nuevos en el barrio, había que presentarse. Resulta que lo que mi vieja no sabía era que lo habían internado por jugar a las visitas con la prima. Él me lo contó. Habían encontrado la llave del mueble del comedor, de la puertita de las visitas, donde la abuela de Roberto guardaba los alfajores, las copitas y una botella de cognac. Jugaron a las visitas toda la tarde. Se bajaron la caja de alfajores y llenaron varias veces las copitas. La prima terminó encerrada en el baño con un ataque de risa frenético. Y a él, desmayado, se lo llevaron al hospital. La mamá de Roberto a mi vieja le contó otra cosa. Pero, por el asco que le tomó al cognac cuando ya más grande, yo creo que no me mintió.

Tiene unas entradas que le llegan al medio de la cabeza. Está ensimismado en un diario, debe estar leyendo la sección de deportes. Era fanático de Racing, como mi vieja.

¡Qué sabandija que era de pibe! Las veces que con Florentín se trepaban a los árboles, y ponían una tirita, un hilo, creo que le afanaban al viejo de Florentín el hilo de tanza para la pesca. Enganchaban el hilo a una billetera vacía y arriba del árbol, esperaban. Cuando alguien se acercaba para levantar la billetera, ellos tiraban del hilo y la gente quedaba despistada. Con mis amigos, nos quedábamos en la esquina, mirándolos. Era divertido andar cerca de Roberto. Salvo cuando el viejo lo fajaba por tanta travesura. Era capaz de pegarle en la calle delante de todos.

Está tan cambiado. Cierra el diario, pero lo sigue mirando, como si mirara una calle vacía. Parece triste, che.

Al hilo lo ataban también a los llamadores de las puertas. Siempre jodían a la vieja del almacén, en plena siesta. Ella salía con un palo a darle al árbol. ¡Qué atorrante! A los doce años me pidió de ir a jugar a mi casa. Yo me sentí un grande. Yo era más chico que él y Roberto era el ídolo del barrio. No podía creer que quisiera venir a mi casa. En el camino cortó unas violetas del jardín de la iglesia. Yo creí que era de pura travesura. Pero cuando llegamos a casa, se fue derecho a la cocina, y le dio las flores a mi vieja: –Señora, usted es hermosa, la más hermosa del barrio, siempre voy a estar enamorado de usted. No me olvido más. Ni de las palabras de Roberto ni del gesto de asombro y desprecio con el que mi viejo lo miró. Yo pensé que lo iba a agarrar a trompadas. Pero no, dio una risotada que avergonzó a mi vieja. Ella se llevó las manos al pecho, sosteniendo el ramito y le dijo: –Sos muy amable,

Roberto. El pibe inclinó la cabeza. Yo lo estaba esperando en la puerta de la cocina, con la caja de los autitos en las manos. —¿Jugamos? — No, pibe, tengo que irme. ¡Qué bronca me dio ese día!

Ahora estamos iguales. Él tan viejo como yo, y yo tan viejo como él. ¿Qué habrá sido de su vida? Todavía tiene la cicatriz sobre la ceja.

Esa tarde, Roberto y Florentín le hicieron una joda a Don Braulio, el peluquero. El viejo de Florentín tenía el local de quiniela. En la cena, en la que habían invitado a Roberto, el viejo comentó que Don Braulio llevaba veinte años jugando al mismo número: mil doscientos treinta y cuatro, uno, dos tres, cuatro. ¡Qué poco original! Estos dos atorrantes, al día siguiente se escondieron en la peluquería, donde siempre estaba encendida la radio, un aparato enorme. En un momento, le bajaron el sonido, y con voz grave dijeron: —Interrumpimos la transmisión para dar los resultados de la lotería nacional. El ganador es el mil doscientos treinta y cuatro, uno, dos tres, cuatro. Don Braulio, tiró la navaja con la que estaba afeitando a mi viejo, y dijo: ¿¡Cómo!? —Repetimos —dijeron ellos— el ganador es el mil doscientos treinta y cuatro, uno, dos tres, cuatro. El peluquero se agarró el pecho y empezó a gritar: ¡Gané, gané! Se fue a la calle, se puso a bailar en la vereda, insultó al dueño del local que justo venía a cobrar el alquiler. Estaba como loco. Mi viejo vio entonces a los pibes que salían de su escondite, y entendió todo. —Don Braulio, cálmese, cálmese que hubo un error... Mi viejo lo llevó a Roberto a la casa, de una oreja. No sé si por lo de las flores o por lo de la lotería. El viejo de Roberto le dio un cinturonzazo esa noche. Le tuvieron que dar cinco puntos arriba de la ceja.

Intercambia la mirada entre el café, el diario, las miguitas de la mesa. No sé para qué se pondrá al lado de la ventana, si ni mira para afuera.

De más grande dejó de hacer macanas, bah, al menos dejó de hacerle bromas a todo el barrio. Con esos ojos azules y esa labia, tenía un levante bárbaro. Pero no se le conocía novia. Una tarde, estábamos con los muchachos en el bar y Roberto dijo que tenía que irse. Uno le dijo que no se fuera, que no sea amargo. Florentín le respondió. —Déjalo, seguro se va a ver una jovata. Desde pendejo que lo vuelven loco las jovatas. Y juraría que me clavó los ojos. Yo sentí que un cubito se me derretía en la nuca y me iba chorreando por la espalda. Con alguna excusa me fui del bar. Lo seguí a Roberto. Se fue por Independencia y en Urquiza dobló. Lo vi entrar a mi casa. Se me vino el alma al piso. Me quedé un rato apoyado en la puerta, intentando pensar. Sin saber muy bien qué vería ahí adentro, qué haría, qué debería hacer, abrí la puerta de casa y entré sin hacer ruido. Me asomé a la habitación de los viejos y no había nadie. De la cocina venían voces. Me acerqué sin que me vieran. Roberto, con sus ojos azules, estaba tomando el té con mi vieja. Hablaban de pintura, de unos cuadros de Rodolfo Gini que estaban expuestos en la galería de la avenida. Roberto le relataba su impresión sobre los tonos, los pasteles, la expresión de la mujer de sombrero a través de la ventana de un tranvía. Se hizo famoso ese cuadro después. ¡Qué labia tenía! ¡Qué atorrante! Mi vieja asentía con una sonrisa, que yo adivinaba desde un costado. Lo miraba. Yo en aquel momento no pude descifrar si lo miraba con el amor de una madre o de un amor amor. Creo que ahora tampoco podría asegurarlo. Los jueves se encontraban. Yo los seguí varias veces. Charlaban, tomaban el té, visitaban galerías de arte. Y se miraban, sin tocarse. Nunca le dije nada a la vieja, se habría muerto de vergüenza.

Lo llama a Taquito con un gesto de la mano. Parece jugar al oficio mudo. Con el pulgar y el índice encierra una taza de café imaginaria. Taquito desde el fondo grita – Marche otro café para la 9.

Luego de unos años nos fuimos del barrio. Así, de un día para el otro. Yo no pregunté por qué. No sé si es que el viejo se había enterado de lo de Roberto o porque otra vez se había metido en algún lío de polleras. La cuestión es que alquilamos nuestra casa y nos fuimos a otro barrio. Fue un alivio. Había comenzado a sentir la risa burlona de los muchachos sobre mi espalda. No sé si eran sólo ideas mías pero... nos fuimos. La vieja estaba tan triste. Siete casas distintas habitamos, siempre lejos de este barrio. Supongo que se terminaron las salidas de los jueves. Yo empecé a laburar, así que dejé de jugar a los detectives. Tantas veces los había seguido y nada, ni la mano se daban. Y la verdad no sé qué hubiera hecho si hubiera visto algo indebido. Pensándolo bien, de mi vieja, imposible.

Roberto levanta finalmente la vista de la mesa. Pucha, viene para acá, ¿me habrá reconocido? Se acerca a mi mesa con una mueca indescifrable en los labios. Me abraza, como se abraza a un gran amigo, como si abrazara a alguien más - ¡Qué hacés tanto tiempo! Yo no opongo resistencia, pero tampoco ayudo al abrazo – Lamento tanto lo de tu vieja. Lo alejo de mí con la parte baja de las palmas. ¿Cómo sabe? ¿Quién le dijo? Hace dos meses la perdimos. Y hace treinta años que no andamos por el barrio. Como si percibiera mi desconcierto, mira el reloj, se despide rápido diciendo que tiene una reunión en diez minutos, y sale con pasos largos por la puerta de la avenida. Yo caigo en la silla y caigo en la cuenta: los ramitos de violetas en las siete casas. Vuelvo a escuchar la risotada del viejo, la media risa de los muchachos del bar.





## La cruz de los mares

Le cuenta del fin del continente, un pasito más y caés al mar, infinito. Le dice que lejos, lejos había islas, un pasito más y nada. A Martín se le iluminan los ojos chiquitos y sonrío, como si el viento austral lo estuviera punzando suavemente. Ríe, con su risa aflautada de niño explorador.

El miércoles, cuando ya pasó el día de oficinas, limpiar mocos, buscar precios bajos en la ciudad inundada, se toman de las manos en la cama XL y él le cuenta de los fantasmas del fin del mundo. Cuando recalaron en una caleta abandonada, con vestigios de chozas, Martín se detuvo un largo a rato a mirar el mar de Magallanes. Y sintió una palma apoyarse en su hombro, y luego una palmada reconfortante. Se le erizó la piel al pensar en su compañero, el boina negra, que lo trajo a la maravilla. Pero se dio vuelta y detrás no había nadie. La palma de viento dejó de sentirse, y el mar se puso calmo como un espejo intacto. Al rato apareció su compañero, el boina negra, con la mochila gigante en los hombros y la cara pálida como un pez muerto. ¿Qué pasó? Nada. Algo pasó, estás pálido. Nada. Contame, a mí también me pasó algo raro, me palmearon la espalda y no había nadie. Yo entré a una de las chozas. ¿Te palmearon la espalda? No, no fueron tan amables. ¿Estás bien? Estaba dentro de una de las chozas y, al girar hacia la puerta, me dieron una cachetada, no había nadie, pero sentí la cachetada. Y el boina negra tenía una palma impresa

en rojo en el pómulo derecho. Pálido, él que no creía en esas cosas. Martín sonríe al recordar, y le toma la mano a ella, la madre de sus hijos, que escucha otra vez la historia. Esa tarde seguimos camino, nos dio temor dormir entre fantasmas.

El jueves, idéntico al miércoles, oficina, mocos, compras. A la noche, Martín cuenta: avanzamos hasta el faro. Éramos los únicos, los únicos que entramos ese otoño al parque. Así nos habían dicho los carabineros: este otoño nadie ha entrado, que tengan suerte. Sabíamos que no había nadie. Pero al acercarnos al faro, en la base de la colina, había un fuego encendido. Nadie. No había huellas. Nadie. Y el fuego prendido. Nos calentamos nosotros alrededor de la fogata, y calentamos también dos sopas. El suelo estaba húmedo y lloviznaba. Pero el fuego estaba ahí, intacto. El boina negra marcó el espacio con dos estacas rojas. Antes de seguir viaje, subimos al faro y vimos tan lejos. El fin del mundo parecía infinito y le acaricia la mano a la mujer. Mañana es viernes y comenzará a contar la noche del boina negra.

El viernes pasa rápido, sólo se piensa que mañana es sábado. Los chicos a la escuela, ellos a las oficinas, el tráfico de la ciudad, cocinar y ver tele, rituales silenciosos. A la noche Martín se baña, luce su mejor calzoncillo y ella, una tanguita transparente. Se abrazan, él le estruja suave las tetas diminutas y le cuenta. Dejamos marcado el lugar del fuego y seguimos viaje. No sabíamos bien dónde íbamos a parar la primera noche. El aire era liviano, pero de tanto fantasma apenas respirábamos. Cuando comenzó a caer el sol, serían las cinco, el boina negra abrió su mochila pesada. Los brazos como rocas, yo no hubiera podido llevar tanta carga. Pero él, como si nada, abrió su mochila, sacó una carpa colgante que, en un solo movimiento,

armó y enganchó entre los árboles. Comimos chocolates, té caliente, y nos trepamos a la carpa, cansados de tanto. El sol ya había desaparecido. A punto estábamos de caer en sueños, cuando escuchamos pasos y un rugido. La carpa se movió, y como en un cuadro, unas garras rasparon la tela, una y otra vez. El boina negra sacó uno de sus cuchillos y gritó como un puma. A Martín se le eriza la piel y aprieta más fuerte las tetitas de ella. Al fin el puma se alejó y con el corazón agitado los tres se quedaron dormidos.

El sábado fue en familia, como cada sábado. Asado en la casa de los abuelos. La plaza hasta las siete. Empanadas de La casa de las empanadas para la cena, y la miniserie de los enanos. La noche, la ansiada noche del sábado. El mejor calzoncillo apenas transpirado y la tanguita transparente. Los chicos a dormir después de la miniserie. En la cama él sigue contando que a la mañana siguiente las rasgaduras en la carpa fueron la señal de que nada era un sueño. El cuchillo a un costado del boina negra. Lo demás no es nombrado: el boina negra desnudo, los brazos como poemas, todo él una piedra. Martín se eriza y la besa a ella, la madre de sus hijos. La toma de su cintura y recuerda, en cuatro patas, como el puma, la cama cuelga de los árboles, el boina negra se apodera de su cuerpo, y la habitación oscura es ahora la carpa del fin del mundo. La madrugada parece el rugido de un puma. Ellos siguieron caminando. Ellos se toman de la mano, y agitados duermen.

El domingo, como todos los domingos, asado en la casa de los otros abuelos. La plaza hasta las siete. Las empanadas que sobraron. La miniserie de los enanos. Y la noche tranquila, mañana hay que trabajar. Él sólo cuenta que llovía. Y que al atardecer, cuando alcanzaron la cruz de los mares, el fin del mundo no se

parecía a un paraíso. Se duermen de la mano, con un trocito de miedo clavado en las falanges.

Lunes idéntico al otro lunes, excepto por una reunión de padres en la escuela. Martín a la noche apenas habla, en silencio recuerda que el boina negra no aceptó caminar de la mano. Las garras del puma despiertan a la madre de los hijos que no puede dormir.

Es el martes a la noche, la noche en que ambos lloran. El fantasma del boina negra, que los hizo latir en sábado, el martes se les instala en medio de la cama y los mira. Martín llora de felicidad recordando la vuelta, las estacas rojas, el fuego prendido, la carpa colgante, los brazos duros como poemas. Ella, la madre de sus hijos, llora, porque algún día golpearán la puerta, el boina negra extenderá la mano y se llevará a Martín a la cruz de los mares. Un pasito más y nada...

# Cayem

Negro azabache. Así quedó el taxi. Y nadie se hubiera dado cuenta de que algo raro había, sino era por la hija del patrón. Parece que “munisipal” se escribe con “c”, era “Matrícula municipal”... El jefe me tironeó de la ropa, como si fuera a pegarme. Yo no sé si es porque estaba la hija ahí, o porque se acordó de todas las cosas raras que fui trayendo y llevando el último tiempo, sin preguntar nada... O será que no me quiso tocar la piel negra... La cuestión es que se tragó el enojo, y seguí pintando. Cuando escondido en un barco atravesé un cuarto de mundo, no imaginé llegar a un país a hacer trampa. Trampa... fue una de las primeras palabras que aprendí. Una vez arreglada la c, nadie diría que el taxi es trucho... Trucho, otra de las primeras palabras que aprendí.

Es negro azabache. No es natural. No sé cómo Doña Jacinta lo dejó vivir acá. Alquilarle una pieza a este negro... Jacinta por unos pesos es capaz de cualquier cosa... Por Dios, no es natural ese color tan oscuro. Parece una piedra negra mojada. Si mi hijo lo ve, yo creo que me lleva a vivir con él.

Ciento diez, ciento once... Ya separé para comprar unas verduras, un poco de arroz. Se van llenando los frasquitos. Una vez que estén llenos, voy al correo y los mando... Bah, lo de adentro mando. Y andá a saber cuándo llega... Y cuánto llega... El frasco azul es para mi madre, que viuda y pobre, mantiene a mis hermanas. El frasco rojo es para Nuyá, para ella y

para nuestro hijo. Les prometí que los iría a buscar. Y que, de este lado del mundo, íbamos a tener una casa luminosa y un jardín. Esta piecita no tiene ni una ventana. Dejo la puerta abierta para que entre algo de aire. Veo el pasillo largo al que dan todas las piezas, una escalera, y el hueco que dejó un ascensor que ya no está. Hay basura agolpada en el pasillo. La luz tenue me hace pensar que Nuyá podría aparecer en algún momento.

Ni cierra la puerta, las cosas que hay que ver. Se vienen a matar el hambre, seguro que robando. Raro que no ande con relojes, todos los negros venden relojes. Desde siempre. Cuando era chica, bajó del tren un grupo de siete negros. Andaban a los gritos por las calles, ofreciendo relojes que habrían robado quien sabe dónde. Y andaban gritando y cantando. No dejaban de cantar y ofrecer relojes. Así como llegaron se fueron, en el siguiente tren. No era un pueblo de relojes. Este negro llegó y no se va.

Cierro los ojos e imagino la casa luminosa y el jardín. Desde el taxi he visto lugares increíbles. Casas como para cien personas, en las que vive apenas una familia. Y jardines de cuento. Cierro los ojos e imagino a Nuyá desnuda en uno de esos jardines, ese olor que tiene en el pelo me inunda la pieza. En el taxi la gente casi no me habla. Algunos, al contrario, me hablan como nerviosos y miran la planilla que cuelga del asiento, donde está mi foto y mi nombre mal escrito, y me pispean por el espejito. Es una planilla trucha, igualita a las de verdad, dijo la hija del jefe. ¿Cuántos frascos valdrá una casa luminosa y un jardín?

Huele raro... Desde que llegó el negro hay olor raro. Es educado, eso sí, siempre saluda. Y si me ve llegar con bolsas, viene a ayudarme a la escalera. Siempre me ve por esa manía de tener la puerta abierta.

Yo le dejo agarrar las bolsas. Pero trato que no me toque cuando agarra las bolsas. Es todo negro, menos las palmas que son más normales.

Escribo largas cartas a Nuyá. Le cuento del auto grande y negro con el que recorro barrios de jardines y casas inmensas. Y le digo que estoy bien. Le miento que los vecinos son muy amables, y que una señora mayor me agradece cuando la ayudo a subir bolsas por las escaleras. Le cuento que aprendo día a día el idioma y le anoto palabras graciosas difíciles de pronunciar. Sé que ella llora porque me extraña. Y yo le miento que pronto voy a ir a buscarlos y que mi pieza tiene ventanas.

Me torcí el pie subiendo la escalera. De tanto dolor no podía ir ni para arriba ni para abajo. Y justo llegó el negro. Trató de levantarme, pero qué impresión, le dije que no, que ya llegaría mi hijo a ayudarme. Entonces el negro se fue y me dejó ahí. Pero al rato volvió con una tela blanca y la ajustó fuerte al tobillo, como si supiera. Y apoyada en su hombro llegué hasta mi habitación. Fue amable el negro. No dije gracias porque no entiende el idioma. Y andá a saber cómo carajo se dice gracias en idioma negro.

En la piecita tengo una mesa, una silla, una cama y una hornalla. No necesito nada más. Me gustaría una ventana, pero eso ya sería más caro. Hoy la vecina se lastimó el pie. Le vendé el tobillo con mi mejor remera. No fue una buena semana. El contenido de los frascos apenas ha crecido. Tengo fe en el sábado. Los sábados a la noche se trabaja muy bien. Del centro a los barrios de casas luminosas, voy y vengo hasta la madrugada. La ciudad parece el rompecabezas de distintas ciudades. De noche, para cuando se dan cuenta que soy negro, ya están sentados y arranco. Algunos se asustan, otros disimulan. Algunos de

tanto alcohol que traen consigo apenas perciben que hay alguien más en el auto.

¡Cómo me duele el pie! Le pedí a Doña Jacinta si podía traerme un calmante, que luego yo le devolvía la plata, pero dijo que no tenía para prestarme. Mi hijo vendrá pronto, me hará fricciones en el tobillo y traerá calmantes. Golpean la puerta. Con dificultad me levanto y abro. Es el negro el que golpea la puerta.

Fui a ver a la vecina, pobre vieja, está sola como yo. Me hacía gestos de dolor. Parece muda. Nunca me habla. Pero no paraba de señalarse el pie, apretado en mi remera. Su cara se arrugaba y cerraba los ojos como si sufriera. Le llevé un ungüento hecho con resina y sebo, le hubiera calmado todos los dolores, pero se negó a usarlo. Con un gesto brusco tiró la vasijita al suelo. En un papel escribió un nombre. Fui entonces hasta la farmacia, y le traje las pastillas que el papel decía. Le serví agua fresca y se la alcancé hasta la cama. La vieja tiene ventana. Por primera vez, después de tomar la pastillita, me dijo gracias. Dijo gracias Dios, que debe ser una manera de decir muchas gracias. Y yo le dije de nada. Y la vieja me miró: ¿hablás español? Estoy aprendiendo ¿Está mejor? Me duele mucho. Cuando venga mi hijo le devuelve lo que gastó. Me quedé un rato mirando la ventana.

Hoy el negro volvió a venir. Preguntó cómo estoy. Es amable, aunque huele raro. Raro que no ande ofreciendo relojes. Y no canta. Me preguntó si había comido y dije que sí, que poco pero comí. Y el negro dijo algo como vuelvo al taxi y al noche traigo comida para dos. Yo le dije que quizás viene mi hijo. Él sonrió. Los dientes son blancos.

Al fin la piecita huele a comida. Compré un poco de carne, cebolla, semillas y zapallo. Poco han crecido los frascos con estas cosas, y con las pastillitas de la



vieja. Pobre vieja. Hoy le voy a llevar la cena. Está flaca y demacrada. La vieja tampoco tiene a nadie. Habla de su hijo como hablo yo de Nuyá, alguien lejos que amamos. La vieja me mira como alguna gente en el taxi, pero sin miedo, más bien con impresión. Cuando me dijo gracias Dios me dio una alegría. Lo escribí en la carta a Nuyá. Nadie me había llamado Dios nunca. ¡Son exagerados en este país! Que diría Bumba si usáramos así su nombre. Soy un dios trucho...

El negro me trajo una comida con pedacitos de carne. Ya estaba cansada de las sopitas de verdura. Acercó la mesa a la cama y se trajo una silla. Se sentó mirando hacia la ventana. No imaginé que el negro cenaría aquí conmigo. Me contó de su señora y de su hijo, y de los frascos. De la casa luminosa y el jardín. Me dijo su nombre, algo así como Cayem. Yo no dejaba de mirarle los labios anchos y el color tan negro y brillante. Juntó los platos vacíos, dijo buenas noches, salió y parecía que iba a cerrar la puerta. Pero volvió a abrirla levemente desde afuera, y ya en el pasillo dijo, buenas noches amiga. Y quedó un rato como esperando una respuesta. Yo lo miré, y no dije nada. Tuve mucho miedo. Pensé que el negro, tan amable, me había arrebatado a mis fantasmas. Esperé toda la noche. Y al fin, antes de la madrugada, mi hijo apareció en la penumbra, se sentó a mi lado en la cama y me acarició el tobillo hasta que me quedé dormida.



# Familia migrante

*Para Biagio, que ayudó a reconstruir parte de mi historia  
A la bella gente de Amendolara y Canna*

El padre de la familia, el hombre que solía llevar en los ojos el reflejo de nuestros destinos, está y no está. Carga aún dos iris que cambian de color según la densidad de las nubes. Igual que las estatuillas de vidrio. Detenidos en algún punto del pasado que no logro descifrar, cambian de color. El resto es olvido. Ese hombre que me mira confundido ¿es mi padre? ¿es él el desmayado en mi parto? ¿A dónde va todo aquello que se olvida? Quisiera poder regalarle la memoria.

Quizás con la intención de encontrar ese punto del pasado que mi padre aún no ha perdido, es que cuento esta historia de los hombres y mujeres que vi reflejados en sus ojos.

Luigi La Manna tenía los ojos azules, el mismo color intenso que lleva mi padre los días de niebla. Luigi, el padre de mi padre, nació en Canna, un pueblo diminuto de la Calabria, al sur de Italia. Luigi no hablaba del pasado, como si la tristeza pudiera instalarse otra vez al nombrarla. Cuando pudo volver a Canna, no quiso. El cuerpo se le paralizó de sólo pensar en encontrar al pasado más viejo, más muerto, más duro aún que el recuerdo. De Luigi sé lo que vi y lo que me contó mi padre.

Tenía quince años cuando tomó un barco con destino a América, al sueño de un país en paz. Viajó a cargo de un vecino, del que nadie recuerda el nombre. La Manna quiere decir “el maná”, el alimento sagrado. Luigi llevaba un bolso diminuto y el apellido como una promesa a cumplirse al otro lado del mundo. Cuando en el barco le preguntaron el oficio, respondió: sastre. Porque esa era la esperanza, aprendizaje de sastre.

Quince años y cruzar el océano. Escapando de una madre muerta, un padre violento y nueve hermanas. Puedo imaginar a esas mujeres entregando a Luigi como un tesoro, para salvarlo de la hambruna que dejó la guerra. Puedo imaginar su dolor, desgarradas en la última calle de Canna, como nueve madres.

Le cuento de las infinitas curvas del camino, de los olivares de Canna, de los piletones donde se lavaba la ropa. Le muestro las fotos y él me mira en silencio. Finalmente dice: es que no encuentro las palabras... pero, no te preocupes, mi amor, ya las vamos a encontrar...

El puerto de Buenos Aires ya tenía los colores de Quinquela. Los puertos son traicioneros, y Luigi La Manna terminó esclavo en la casa de un hombre. Los primeros años escuchó y vio un trozo de ciudad siempre detrás de una ventana con rejas. Allí aprendió el oficio de sastre, de sol a sol, de lunes a lunes, a cambio de un colchón sucio y un plato de comida. Tres años esperó un descuido. Una noche de calor de enero la puerta al fin quedó mal cerrada, y Luigi La Manna conoció Buenos Aires. Escuchando el sonido profundo de algún bandoneón, caminó hasta el puerto, lloró a las nueve madres y deambuló por la ciudad como un recién llegado.

El oficio de sastre, aprendido a punta de pistola, le ayudó a sobrevivir. En esas vueltas de la vida conoció

a Antonia, italiana del sur, que aprendía a hacer chalecos. Mi mamá era chalequera, acota mi padre, mi mamá era muy buena chalequera. Quizás se conocieron, como algunos dicen, en un curso de confección de chalecos. Pero la historia que yo recuerdo es que Luigi conoció primero a José Dattoli, un viejo bueno y amable, padre de tres hijas, que resultó ser de la Calabria, nacido en Bernarda y habitante de Amendolara, un pueblo muy cercano a Canna. Y que cuando José, encariñado con los ojos tristes de Luigi, lo invitó a la casa, conoció a su hija Antonietta. Mi mamá era muy buena chalequera. José quería que Luigi fuera el candidato de una hija más grande, Mary, muy trabajadora, con pocas luces y aún soltera. Pero Luigi ya estaba enamorado de Antonia.

José Dattoli, mi bisabuelo, había llegado a Buenos Aires en 1913, antes de la primera guerra. Su mujer, Rosa, y sus tres hijas habían quedado en Amendolara. A ellas las atrapó la guerra, no pudieron seguir los planes familiares de viajar al año siguiente a encontrarse con José. Tuvieron que esperar. Al fin de la guerra, Rosa tomó a sus tres hijas y se subió al barco Duca di Aosta con destino a Buenos Aires. José la esperaba. Ninguna mujer como Rosa. Esperó ansioso el fin de la guerra para volver a abrazarla y comer las pastas más sabrosas de la tierra.

En Italia, Rosa era quien recibía el trigo del pueblo. Los vecinos agricultores cosechaban el trigo, lo molían y se lo entregaban. Ella amasaba el pan para todos. Los soldados lo sabían, y en las noches, golpeaban los postigones pidiendo pan. Mi abuela, Antonia, era muy pequeña cuando eso ocurría, pero de grande aún recordaba los golpes en la ventana. A mí me parecía que ella volvía a escucharlos cuando lo contaba. Y nos daban ganas de llorar.

Me había olvidado de todo esto, dice mi padre. Qué lindo volver a escucharlo. Y se pone a tararear un tango.

José vio en Luigi al hijo varón que no tuvo. Hubo casamiento, imágenes tomadas en un estudio fotográfico, guardadas en las paredes y los cajones de las casas que habitaron. Ese hombre bajo, que llevaba en los ojos restos del mar Adriático, entró en la familia Dattoli.

A los 19 años Antonia ya estaba lista para parir. Pero resultó frágil, más frágil de lo que Luigi imaginó. El parto duró 19 horas. Madre e hijo sufrieron hasta el hartazgo en la cama grande de la calle Matheu. Una sombra se instaló un instante en el patio. La familia, que horas atrás estaba lista para la fiesta, comenzó a sacar de la mesa los manjares intactos, las bebidas. Pensaron que ya no habría festejo, ni gritos de recién nacido. Pero Antonia traía la fuerza de los migrantes. Más tarde contó que los golpes de los soldados en los postigones la despertaron, y pujó siete veces más. El bebé llega a un mundo nuevo. Sintió los copos de nieve de Calabria sobre el cuerpo desnudo y pujó dos veces más hasta alejar la muerte. Los golpes en la ventana. El color del puerto. Mi padre pesó 4 kilos 900.

Luigi anotó a su hijo: Antonio Roberto La Manna. Era imperioso que recordara el sufrimiento de la madre ese 27 de diciembre de 1930, apenas unos meses después del primer golpe de estado en Argentina. Antonio era también el nombre de su padre. Fue quizás como levantar una bandera blanca desde este lado del mar. Lo anotó cuatro días después, para que el servicio militar le tocara un año más tarde.

Luigi ya tenía un hijo argentino. Ese día salió al patio de la calle Matheu y pidió que nadie lo volviera a llamar Luigi. Soy Luis La Manna, dijo. Y mandó a imprimir su nuevo nombre en las perchas de la sastrería.

Antonio Roberto La Manna fue un chico de barrio, un porteño atorrante y divertido. Mi papá me ha relatado las historias más increíbles. Pero hoy dice que nada de eso pasó, que todo fue inventado para entretener mi infancia. Ahora, definitivamente sin certezas, escribo que a Antonio Roberto La Manna, en el barrio de Boedo, lo conocían como Corcho. El nene que metió al gato negro de Antonia en cal viva, porque quería un gato blanco. El que tiraba sistemáticamente al inodoro los hilos del sastre Luis La Manna. El nene que se emborrachó a los siete años y lo dieron otra vez por muerto. El que ponía la masa de las pastas de la abuela Rosa en los zapatos nuevos de la tía Mary. El que le hizo creer a un vecino que había ganado la lotería, y casi lo mata de un infarto. El que a sus 85 años me despista diciendo que todo fue un cuento y que no recuerda mi nombre.

Luis La Manna, mi abuelo, lo retaba, le pegaba a Corcho de pequeño. A mí me amenazaba con darme una paliza, y yo le tenía un poco de miedo. Mi mamá llevaba como estandarte la paciencia y un lema cumplido a rajatabla: a los niños no se les pega. Las amenazas de mi abuelo paterno no encajaban en mi crianza.

De Luis recuerdo perfectamente su cara, sus ojos azules y el pelo blanco. Recuerdo su media sonrisa, sus hilos grandes de colores, el mostrador alto, las máquinas Singer y el sillón naranja. Ahí se iba a dormir mi abuelo, en medio de la noche, cuando yo me quedaba en la casa de ellos. “Questa bambina è una bicicletta quando dorme” decía, con cara de dormido, a la mañana siguiente. Luis era amable, bondadoso, con una cierta lejanía, como si tuviera miedo de querernos.

El abuelo Luis fue mi primera muerte. El 24 de septiembre de 1982 un pendejo le sacó el auto a su

madre y atropelló a Luis La Manna en la avenida Independencia. Tenía setenta y cinco años y había ido a comprar ricota para Antonia. A veces pienso en ese pibe, ahora será un hombre ¿se acordará de la mirada antigua de Luis? Tal vez recuerda más que yo, y con horror, las facciones de mi abuelo. La única preocupación de Luis esa tarde, con el cuerpo doliente, era que no le avisaran a Roberto, que anda con el corazón frágil, yo voy a estar bien, no le avisen a Roberto, que anda con el corazón frágil, acaba de salir del infarto, no le digan, voy a estar bien, díganle que me fui a la casa de Mar del Plata, así me da tiempo a estar entero... El abuelo debió haber estado en nuestras vidas mucho más tiempo. No era su hora esa tarde de septiembre. Mis siete años no alcanzaron a preguntarle en qué rincón de Canna había dejado su media sonrisa.

    Mi papá me mira con los ojos verdes hoy. Es que hay sol y es septiembre.

    El abuelo Luis se convirtió entonces en una lápida de mármol, y perdió el aroma a helado de naranjas de Castellón. Durante años fuimos religiosamente cada sábado con mi papá a Chacarita, con claveles. Un ascensorista movía una manija, como las que abren pesadas compuertas, y nos llevaba al segundo subsuelo en un ascensor verde y demasiado grande. Antonio Roberto La Manna lloró cada uno de esos sábados. Quizás fue uno de esos sábados, dolorosos y fetichistas, en que relataba sobre un mármol los hechos de la semana, cuando comenzó a perder la lucidez.

    Antonia no sabía vivir. Había sido la sombra silenciosa de Luis, y de pronto no era nadie. Lloró de miedo más que de dolor. Su único hijo, mi padre, y su nuera, mi mamá, la apoyaron esos primeros días. A los sesenta y cinco años, Antonia se tomó por primera vez sola un colectivo, que la llevó de Boedo al barrio



de Belgrano. Mi papá, mi mamá, mi hermana y yo fuimos a esperarla a la parada. Mi abuela bajó del 113 con la cara radiante, llena de orgullo, como si hubiera escalado el Aconcagua sola y en invierno. Bajó con su peluca castaña, una pollera que le había hecho Luis, y nos abrazó a cada uno como si viniera de lejos, y no nos hubiera visto en años.

Antonia siempre fue flaca, encogida y serena. Le decían fosforito o polvorita, porque en otro momento de su vida, solía enojarse rápidamente por cualquier cosa. Yo la conocí ya triste, leve y sin demasiadas ganas de dar pelea. La recuerdo como una sobreviviente silenciosa. Cuando murió Luis, Antonia se mudó con nosotros unos días, pero éramos demasiado bulliciosos para su serenidad. A los pocos días, rearmó sus bolsos y se mudó con su hermana del medio, la tía Mary. En un departamento grande de Caballito, con balcón, piano y muebles costosos cubiertos por fundas blancas, encontró la vida apacible que necesitaba. Nuevamente cobijada y libre de imprevistos fue la sombra luminosa de la tía Mary. Nada de volver a subirse sola a un colectivo, ni siquiera asomarse al balcón sobre la avenida Rivadavia, porque las persianas se mantenían bajas para que no entrara polvillo.

Quizás fue en la visita de los domingos a Antonia que aprendí a amar la vida, la libertad, y a usar los objetos hasta que se rompen. Nada de muebles tapados para vender a buen precio luego de mi muerte. Los muebles de mi casa tienen arrugas y rayones. Las paredes tienen impresos mensajes. Nada más lúgubre que el living de la tía Mary. Nada más inmóvil que la abuela Antonia. Me cuesta encontrar en esos recuerdos al fosforito, a la polvorita que dicen que algún día fue.

En esas tardes de domingo tomábamos mate en un cacharrito de lata blanco y comíamos torta de

ricota. La abuela Antonia se ataba los pocos pelos con una horquilla y no se ponía la peluca. Jugábamos al culo sucio, a la casita robada y mirábamos una tele enorme, blanco y negro, con una antena que a cada rato había que mover. En la mesa redonda de la cocina pasábamos las tardes de domingo. Mi papá miraba el reloj cien veces. Mi mamá, la abuela Antonia, mi hermana y yo, charlábamos y lo retábamos por estar apurado. Nunca entendí por qué hablaba más los sábados con un mármol de Chacarita que los domingos con la abuela viva y serena.

Me mira y canta Por una cabeza, como si el aire le sobrara. Y me acaricia las manos, me raspa, como si quisiera encontrar algo más allá de mí.

Una tarde de semana tuve el extraño impulso de atravesar la ciudad para ir a ver a Antonia. Hablamos mucho esa tarde. Tomamos infinitos mates y me contó del mar, de la nieve de Amendolara, de las pastas de mamá Rosa. Antes de irme, me preguntó por mi hermanito chiquito. Yo no tengo un hermano varón, le dije. Y ella se reía y se reía, pensando que yo bromeaba. Me reí con ella y finalmente le dije que estaba muy bien. No supe si me hablaba de mi papá de pequeño o de mi primo, pero entendí que la serena y lúcida abuela Antonia había comenzado a partir. Unos días más tarde el cuerpo comenzó a dolerle hasta la morfina y se despidió calma, pensando quizás en volver a ser la sombra de Luis.

Antonio Roberto La Manna siempre adoró a su papá. Parte del brillo luminoso de sus ojos se esfumó en septiembre. Sin embargo, desde que mi papá perdió el mapa de la vida, apenas nombra a Luis. Él ahora habla de su mamá Antonia, su buena mamá que lo cuida. Me muestra en el aire el dibujo de carbonilla que hizo sobre la pared de la casa de Floresta. Y veo el

dibujo, es un gato blanco. Le pide a su mamá, que en este juego triste hoy soy yo, que no lo rete. Es un dibujo hermoso, le digo, y se ríe conmigo. Es aquí, como un mandato de familia, cuando comienzo a perder la lucidez.



# Flores azules

## I

Caminaba desde el living a la cocina, paralela a las ventanas, al ritmo de las latas del vecino que deambulaban frenéticas por el jardín. Repasó el contenido de la valija. Todo era reemplazable. Los objetos ya no tenían el valor que solía darle. Los últimos días, Sara ordenó ropa, manteles con manchas imposibles, las alacenas más altas. Llevó el auto a la estación: aceite, agua, aire a las ruedas; ya no quedaban siquiera excusas.

Iba y venía, un perro enloquecido por el viento. Repasó cada una de las paradas del camino, reparó en La Caleta. Cuando su pensamiento se aproximó al punto final del viaje, volvió a mirar por la ventana, a seguir con las pupilas el giro endiablado de las latas. El teléfono sonó una y otra vez, insistente, y Sara ni se inmutó. Parecía no escucharlo siquiera. Fueron varios los llamados, con largos silencios entre medio. Se refregó los ojos, colocó una chalina sobre los hombros, y caminó hasta el vivero, ubicado atrás de la casa. Le dio las últimas instrucciones al chico que quedaba a cargo. A los cactus agua sólo una vez por semana al culandrillo día por medio hay que cambiar de envase los plantines de ciprés ponerle fertilizante a las lauras aquellas están teniendo un ataque de cochinita dicen que hay que ponerle agua con limón el lunes van a

venir de la escuela a buscar estacas de álamo el martes como siempre viene Raúl a traer macetas y flores.

Cuando entró a la casa, el teléfono seguía sonando. Sara no atendía porque ya debía haberse ido, ya no estaba ahí. Pensó entonces que quizás era algo importante y atendió.

—Mamá, ¿por qué no atendías? Por favor, vení a buscarme. Ahora.

—¿Qué pasó, Anahí? ¿estás bien?

—Vení, por favor, mamá. Después te cuento.

—Pero... estoy por salir de viaje...

Se sentaría en el auto, la ruta gigante, atravesada por ella y el desierto. Sólo el zumbido del auto. A veces música, la música que ella elige. Sola, atravesar el desierto, la ruta gigante...

—Mamá, ¿me escuchaste? ¿me venís a buscar?

—Te ibas a quedar con tu papá unos días... Habíamos quedado en eso. ¿Pasó algo? ¿estás bien?

—No me voy a quedar acá... ¿Puedo ir con vos?

Atravesar, la distancia como un quiebre... Llegar sola a Villa Elena, habiendo llorado todo el desierto...

—Ma, ¿puedo ir con vos?

—Voy a buscarte y hablamos. Dame un rato que termino de ordenar acá.

Sara acomodó las macetas en la bañadera, con seis coma cinco centímetros de agua, obsesivamente medidos. Cerró las ventanas. Cerró las valijas. Y emprendió los primeros kilómetros del viaje.

Raúl estaba en la puerta, arreglando algo en el jardín. Sara bajó del auto, con un caminar pausado, añejo, como negándose a mirar ese par de brazos que ya no le palparían la línea media de la espalda. Se saludaron con amabilidad, sin rozarse siquiera.

La novia de Raúl se asomó a la puerta, con una pancita indisimulable y esa voz aguda que era la venganza de Sara.

Atrás, apareció la sombra de Anahí con un bolso. No saludó a Sara. No se despidió de su papá. Pasó como un fantasma enardecido por el medio de tres adultos. Anahí los imaginó como fichas desdibujadas sobre el tablero de un juego sin reglamento. Los sorteó y se sentó en el auto.

## II

Anahí lloró balbuceando palabras incomprensibles, aceptando la mano de la mamá sobre la rodilla, con palmaditas leves.

Sara entendió que ese viaje, la soledad prevista en el viaje, sería distinta. En las primeras horas ninguna dijo nada. Sólo se oía el zumbido del auto. Sara no corría la mirada de la ruta, apenas la distraían algunas matas de baccharis arrastradas hasta los alambrados. Sobre el asfalto se entremezclaban espejismos y pasado. Un auto blanco, la mirada de Adela, un ramo de flores azules, un camión amarillo, la nuca de Raúl, un espejismo. Las imágenes proyectadas sobre la línea amarilla le traían la sensación de un dolor punzante en el pecho izquierdo. Un dolor semejante a las grietas en los pezones. Un ardor, la convicción de que algo había cambiado en la vida para siempre.

Una puteada quebró el silencio. Un auto las pasó en una curva, en una maniobra estúpida y con suerte.

—¿En qué pensabas, mamá?

—En ese idiota que podría habernos matado.

—No, antes, ma, ¿en qué estabas pensando?

Sara dio un suspiro largo, creando un viento nítido sobre los vidrios, incapaz de relatar los detalles de la última imagen sobre el asfalto.

—¿A dónde vamos?

—A Villa Elena. ¿Pediste acompañarme y no sabes a dónde vamos?

—¿Para qué a Villa Elena? Hace mucho que no vamos.

—Sí, justamente por eso.

—Desde que murieron los abuelos, ¿no?

—Sí.

—¿Y para qué ir ahora si ya no están los abuelos?

—Quiero ver a Adela.

—¿Adela? ¡Adela! Me había olvidado de ella. Cierto, ma, ¿por qué no volviste a verla?

Sara no respondió. Anahí volvió a colocarse los auriculares.

### III

La primera noche pararon a descansar en Punta Coronel. Sara lo recordaba: unas pocas casas, un parador en la ruta, y una sequedad instalada en los



rostros de los habitantes, que parecían ajarse en pedacitos. Sara hubiera seguido manejando, no se sentía cansada, pero le daba temor la ruta en la noche. Si algo le pasaba al auto no sabría qué hacer. Eso la aterrorizaba, no la noche. Lamentó una vez más no saber nada de mecánica. Raúl nunca había querido enseñarle... para qué si cualquier cosa me llamás a mí... Podría llamarlo ahora, a tres provincias de distancia.

Punta Coronel había cambiado. La plaza estaba iluminada por focos desmedidos, niños en las hamacas, música en los parlantes, y una empalizada baja rodeando un diminuto arroyo. Frente a la plaza, estaba el viejo hotel que Sara recordaba.

Un señor gordo, con la camisa a medio abrir y unas gotas de sudor sobre el costado, les entregó la llave de la habitación. Una mujer de modos pausados acomodaba las mesas para el desayuno del día siguiente. El desayuno empieza a las 8, antes no, rugió el hombre cuando ellas ya estaban subiendo las escaleras con las valijas.

La habitación tenía una alfombra azul gastada y sucia. Las persianas al abrirse hacían un ruido milenario. Pero se veía la plaza. Y eso ya era algo en esa noche.

Anahí se dio un baño. Cuando salió envuelta en una toalla de tela delgada, incapaz de secar la piel de alguien, Sara ya estaba dormida. Pensó en despertarla para ir a comer algo juntas, pero no lo hizo. Dejó una nota, sacó algo de plata de la billetera de Sara y fue hasta el parador de la ruta a comer una hamburguesa.

Cuando Sara despertó Anahí ya no estaba. Pensó que estaría en la recepción del hotel, viendo la televisión. La llamó al celular, que sonó a centímetros de Sara, sobre la cama. Comenzó a inquietarse, era

extraño que su hija olvidara el celular. Por un momento, al ver su cartera desacomodada, pensó que Anahí se había ido, harta del silencio de ese día, de la tristeza de los últimos meses... Antes de salir corriendo de la habitación, se acercó a la ventana y vio a Anahí en la plaza, sentada en una hamaca, con un chupetín en la boca. Sara se quedó mirándola. Diagramó las palabras que le diría por haberse ido sin avisar, cuando vio la nota sobre la mesa de luz.

Cruzó hasta la plaza y se sentó en la hamaca de al lado. El vaivén la hizo finalmente sonreír, al menos Anahí entendió que esa mueca se parecía ligeramente a la sonrisa de Sara.

—Mamá, estuve viendo el mapa. ¿Viste que en el camino vamos a pasar cerca del mar?

—Sí, vamos a pasar cerca de La Caleta.

—¿Te acordás de La Caleta? Tengo tantas ganas de ver el mar.

#### IV

Esa noche quedó en el aire la propuesta del mar. Sara soñó con el mar. Olas bravías golpeaban contra un acantilado y en cada golpe se oía un grito. No de horror, ni pánico. Una palabra. Distintas palabras con cada ola, pronunciadas en un tono cortante. Sara, al despertar, recordó el sueño, el ritmo del oleaje, pero no las palabras.

A las nueve despertó a Anahí con caricias en el pelo. Siempre fue fácil despertarla. Unos minutos después ya estaban listas para el desayuno.

Las mesas tenían un mantel amarillo, con manchas y costuras desprolijas, unas tazas vacías y una bandeja con tostadas, manteca y mermeladas. Cuando se sentaron, la mujer se acercó con dos jarras con café y leche. A Anahí le ofreció chocolatada.

Antes de dar el primer mordisco a una tostada fría, Anahí intentó: ¿Vamos al mar?

Sara asintió con la cabeza y otra vez la sonrisa. Anahí se levantó de la silla, con un codo golpeó la taza, que hizo una pirueta y fue hábilmente atajada. Abrazó a su mamá, como hacía tiempo no lo hacía, y salió corriendo hacia la habitación, mientras desde lejos decía: ya vuelvo, ya vuelvo.

Enseguida regresó con un mapa. Lo desplegó sobre la mesa del desayuno, contó los kilómetros, las opciones. La mujer del hotel se acercó a la mesa, con curiosidad.

—¿A dónde quieren ir?

—Al mar - respondieron a dúo.

—Debe ser muy bonito - dijo la señora.

El viejo, desde el otro lado del mostrador, la increpó: —No empecés. No tenemos auto, por eso nunca fuimos. Ya vamos a ir.

La mujer no conocía el mar. Tal vez, ni se había acercado a las montañas que se veían desde la ventana del comedor. Su vida se habría desarrollado en diez cuadras a la redonda. Sara pensó en el espacio que necesitan los animales. El espacio que necesita ella cuando está triste. Las veces que se subió sola al auto y se fue lejos, lo suficiente para ver el horizonte, respirar profundo, y otra vez volver a la rutina. Quizás la mujer del hotel imaginara todo lo que hay más allá de estas casas y esta ruta, e imaginara todo más bello

de lo que es en realidad. Al fin y al cabo los recuerdos comienzan a empañarse con lo imaginado. Quizás no fuera necesario ocupar más espacio que diez cuerdas... Pensó también en invitarla a ver el mar, pero no, no era momento. Quizás en otra ocasión.

## V

Luego del mediodía, llegaron al desvío hacia La Caleta. En el desvío, se sentaron en una mesa al sol y disfrutaron de manjares que no les eran cotidianos. El aire ya tenía un aroma diferente, cargado de moscas de sal. Compraron algunas provisiones, y continuaron viaje a La Caleta sin preguntar.

El primer tramo era un asfalto viejo y mal conservado, luego comenzaba el ripio. Las piedras golpeaban insistentes el metal del auto, una suerte de orquesta desentonada que acompañaba la conversación. Hablaron del clima, de clases, vacaciones, vocaciones, el vivero... Nada que pudiera lastimarlas en ese cruce de fronteras.

Llegaron cuando el sol bajaba sobre el mar volviendo todo de un color naranja pálido. A un lado y otro de la Caleta se extendía el mar y varios kilómetros mar adentro se cerraba la tierra como el cuello de un fantasma. Naranja la tierra, naranja el mar y el diminuto trozo de horizonte. Madre e hija guardaban ese recuerdo intacto.

Anahí está sobre los hombros de su papá. En la mano guarda una foto que acaba de sacar de la cartera de Sara. Así se entretienen sus cinco años, revisando carteras, bolsillos, canastos. Sostiene muy fuerte la foto. Sara se da cuenta de lo que Anahí tiene en

la mano. Trata de sacárselo. La vas a romper, tené cuidado. Y lo dice en un tono desesperado, como si ese trozo de papel fuera algo más. Anahí entiende y abre la mano. El viento puede verse, como colillas de incienso, le arrebató la foto que vuela haciendo arcos hacia el mar. Sara corre. Se saca desesperada las botas, se moja los pantalones en el mar y recupera la foto. Parece fuera de sí. Raúl no entiende. ¿Qué pasa, Sara? Sólo es una foto. Es una foto de Adela, dice Sara, y el horizonte es naranja intenso.

Dejaron el auto junto a otros en un playón, a la entrada del pueblo, y de allí en más caminaron por pasarelas húmedas. De un lado el mar, del otro, el bosque de ciprés de las guaitecas, lo que quedaba de las aromáticas cajas de habanos enviadas de contrabando al norte. Alrededor de cada casa se amontonaban los trozos de viruta. Sara guardó en los bolsillos trocitos de madera y los amasó hasta robarles el aroma. Caminaron por las pasarelas sin cruzarse con nadie, hasta llegar a un cartel que decía “Hospedaje”, con una flecha que señalaba al cielo. Subieron una escalera interminable y en lo más alto de la ladera golpearon la puerta más grande.

Varios minutos después, una señora abrió y las invitó a pasar. Les dio un beso, como si las conociera, las hizo sentar, les convidó mate. Agregó leña a la cocina, describió el clima de los últimos días, el pronóstico para los siguientes, y finalmente preguntó: ¿en qué puedo ayudarlas? Para ese momento, Sara ya había recuperado el aire perdido en la escalera. —Buscamos alojamiento. —Llegaron al lugar indicado. La señora les mostró una habitación con dos camas y un ventanal inmenso desde donde se veían los barcos de la caleta, el asomo del mar abierto y restos naranjas de un paraíso.

Esa noche comieron lo que había sobrado del viaje, y se quedaron dormidas temprano, mirando las luces mortecinas de los barcos varados.

Al día siguiente, desayunaron pan casero y dulces, que la señora del hospedaje acomodó prolijamente sobre una enorme mesa de ciprés. Recorrieron el pueblo, ese día y los días siguientes, hipnotizadas por el vaivén del mar. En medio de lluvias torrenciales, discontinuas, Sara reconstruyó los fragmentos menos temidos. Chaparrones imprevistos, luego el sol, el arcoiris, y otra vez... un círculo previsible.

Anahí logró encontrar el lugar exacto donde se habían tomado una foto los tres, la imagen idílica de una familia frente al mar, aún expuesta sobre su mesa de luz. Trenzas largas y aparatos en los dientes, Sara y Raúl la miran, no a la cámara, sino a ella, sonriendo.

En el sitio exacto de la foto, la tercera tarde, Anahí entendió que ya estaba cansada de hablar, de hacer preguntas con respuestas a medio secreto, de ver el mar, de caminar en círculos húmedos repitiendo los mismos pasos.

## VI

En una de las plazas sobre el mar había postes con pequeñas hojas de colores brillantes, que llamaron la atención de Sara. Se acercó para leerlos y se sorprendió al saber que la concertista Sara Corzalov, su tocaya, iba a estar esa misma noche en el salón de artes. Se lo mostró radiante a Anahí, que hizo una mueca de asco o aburrimiento. Sara no pudo descifrar exactamente el silencio de Anahí, pero sintió esa pesadez que se le apoderaba del cuerpo cada vez que

dibujaba esa expresión adolescente. Por lo general Sara intentaba aligerar las cosas o cambiar de planes, pero esa tarde, frente al diminuto cartel de Corzalov, miró a su hija y con un tono casi caprichoso, le dijo: “Yo voy a ir”. Corroboró el reloj a un costado de la plaza y continuó caminando.

Preguntó a una mujer que venía cargada de bolsas con manzanas, dónde era el salón de artes. La mujer la guió en un laberinto confuso y Sara trató de mantener en la memoria las izquierdas, los pasos, las derechas. Unos metros detrás la seguía Anahí, atenta al laberinto de Sara. Debió preguntar a tres personas más. Y finalmente, quince minutos antes del concierto, llegaron.

El salón tenía el aspecto de una capilla, paredes de madera, bancos de madera incómoda, y el techo abovedado. En el extremo izquierdo estaba el piano. La gente comenzó a entrar y a ubicarse. El espacio era pequeño, pero suficiente para todos los oyentes. Sara se sentó en la segunda fila. Anahí en la última.

Cuando bajaron las luces, el salón quedó en un silencio magnífico. Para sorpresa de todos, Sara Corzalov entró con las manos ensangrentadas, dejando un reguero de manchitas rojas en el pasillo y cerca del piano. Con las manos en alto y líneas rojizas que llegaban hasta los codos, recitó un poema oscuro sobre la humanidad. Sara sintió náuseas durante el impulso teatral y desatinado de su tocaya, que contuvo tapándose la boca con un pañuelo de tela. Corzalov hizo una reverencia, esperando un aplauso que no hubo. En absoluto silencio se sentó en el banquito del piano y comenzó a tocar Canción de Cuna de Chopin. Sara juntó los hombros y encogió todo el cuerpo, protegiéndose del pasado.

En el oscuro comedor, a un costado el piano, los quince años de Sara interpretan a Chopin con menos virtuosismo que Corzalov. La faja ya no es suficiente y el cuerpo comienza a deformarse.

Él la observa en silencio desde la cocina, con la misma mueca de los últimos meses. Él que la había acariciado tanto, y solía aplaudirla, palmearle la espalda y traerle tecito caliente, ahora sólo la observa.

Sara intenta conformarlo, practica más y más, le toca las canciones que él prefiere. Pero en los últimos meses el gesto repetido es la decepción incrustada en las pupilas. Intempestivamente, la figura adusta de papá atraviesa la sala y cierra violento el piano sobre las delgadas falanges.

Sara cerró los puños y volvió a sentir el quiebre de las fibras del corazón. Corzalov siguió tocando sesenta y siete minutos sin detenerse más que unos segundos entre una pieza y otra. En ese salón perdido en un rincón de la tierra, la música dejaba sin aliento a los pobladores y a esas dos turistas que llevaban tres días en el pueblo, como una sombra que ya todos habían visto.

## VII

En la mañana se despidieron de la mujer del hospedaje y arrastraron los bolsos por la escalera empinada. Anahí ya quería irse y bajó a los saltos. A Sara, en cambio, le pesaba dejar aquello, quizás por el naranja del cielo, quizás por el temor de llegar finalmente a Santa Elena. Detrás de la sierra, en el desvío, estaba el sol. El camino de asfalto y el paisaje suavemente monótono.



En una de las estaciones de servicio en que se detuvieron, Sara se encontró con un viejo amigo de la infancia. Extraño quizás por la casualidad, pero sobre todo por la expresión de Sara cuando se reconocieron, cuando le preguntó por Adela y ella balbuceó una respuesta que nadie llegó a entender.

Luego de un día largo de viaje llegaron a Santa Elena. La casa de la infancia de Sara estaba impecable, idéntica, estática. Incluso su habitación, las fotos, el poster que colgó la noche anterior a irse, casada ya con Raúl.

Sara había vuelto a esa casa una docena de veces después de esa partida, pero sin habitarla. La última vez que habían ido, Anahí era una nena. La recordaba sentada en el sillón blanco del living, el mismo que seguía ahí con un tono más ocre, repasando las tablas con la abuela Fina.

Anahí intentaba leer la mirada de Sara. Se daba cuenta de que tenía el cuerpo revolucionado, como en espasmos diminutos. Pero no terminaba de entender por qué inspeccionaba los detalles de la casa, como buscando la tuerquita de un aro, y se sentaba en los distintos sillones, en una silla y en otra, y cambiaba de lugar como la mímica de un payaso triste. Por qué sacó un viejo cigarrillo del cajón de la cómoda si Sara nunca fumaba.

## VIII

Demoró tres días en recorrer las cinco cuadras que la separaban de la residencia. El primer día Sara apenas se asomó a las ventanas de la casa para sacudir sábanas viejas. El segundo día fue hasta la esquina

para comprar un paquete de fideos y una crema para la cena. Nadie la reconoció. Ella sí pudo ver en la sonrisa desdibujada del viejo la expresión del dueño del almacén, que solía coquetear con su mamá. Reconoció también, tras las arrugas, a la dueña. Pero no dijo nada. No saludó, no se presentó. Alguien nuevo en el barrio no llamaba la atención por esos días.

La tercera tarde, a las cinco en punto, salió de la casa y recorrió las cuadras con las piernas pesadas, el cuerpo casi dolorido. Tocó el timbre de la residencia y esperó.

Raúl lleva a Adela del brazo y la empuja suavemente dentro. Ella casi no opone resistencia. Es Sara la que grita en un gemido sordo, que nadie parece oír. La acompañan hasta la habitación, acomodan sus cosas, Raúl le muestra lo bonito del jardín. Coloca su mano en la espalda triste de Sara: no podemos hacernos cargo de tu hermana. Anahí es chiquita, quien sabe lo que puede hacerle.

La mujer que abrió la puerta tenía un delantal celeste deslucido y una expresión tranquila. Traía un pesado manojito de llaves que sostenía con fuerza, como impidiendo que alguien se lo arrebatará. Sara se presentó, con desconfianza la dejaron pasar y tras ella la mujer volvió a cerrar la puerta con apuro.

Las dos quedaron detenidas en un diminuto hall con dos puertas más, ambas cerradas. La mujer la hizo pasar con amabilidad por la puerta de la derecha.

En el salón había tres mesas, rodeadas por gente mayor. Hacia atrás del salón, Sara reconoció los ojos de Adela, el pelo renegrido y largo.

Atravesó el salón y se quedó mirándola a una cierta distancia un tiempo indefinido. Adela pintaba un libro de mandalas, con una prolijidad infinita.

Estaba rodeada de pinturas, témperas y pinceles de punta increíblemente fina. Ni siquiera notó la presencia de Sara que la miraba con los ojos llorosos, el cuerpo encogido, como si todos los años en que no hizo lo que debe hacerse le pesaran de repente en el sitio más frágil de la espalda.

Sara se apoyó en una pared y así estuvo, tal vez horas, contemplando la habilidad de Adela. Era mucho más joven que el resto de las personas en ese espacio fuera del tiempo. Sin embargo, embriagada en esa pintura, con una expresión añeja, Adela no desentonaba en ese espacio.

Así pasó la primera tarde. Sólo mirando desde una distancia inquebrantable. Imaginando todo lo que diría el día que pudiera decirle algo.

Luego otra vez el rito de la puerta y el manajo de llaves.

## IX

A Anahí le gustaba quedarse sola en esa casa. Sabía que no debía abrir la puerta como si eso fuera suficiente para alejarla de todo peligro. Ya llevaba varias horas sola. Hacía frío. Las paredes y el techo tenían manchas de humedad y esa mezcla de agua turbia en el ambiente hacía que el frío pareciera aún más.

Anahí miró un rato la televisión. Encontró unas hojas en blanco y dibujó, tocó desprolijamente el piano, y otra vez vio televisión. Cuando consideró que ya había pasado el tiempo suficiente como para estar aburrida y ser disculpada, fue a la vieja habitación de Sara y comenzó a abrir cajones. Medallitas, muñecos, recuerdos de caracoles y paquetitos de arena. Un cajón

la detuvo. Había cartas que no se atrevió a leer y una caja de zapatos repleta de fotos. Sacó la caja y la llevó a la mesa del comedor. Fue mirando cada foto con detenimiento, la sonrisa enorme de Sara, los dientes blancos y parejitos desde pequeña, las trenzas, la cara manchada de barro, caracolas... distintos años con el mismo mar al fondo.

Dentro de un sobre había una foto partida en pedacitos diminutos. Con enorme paciencia fue acomodando los pedazos como un rompecabezas. Faltaban piezas y nada parecía encajar perfectamente. Estaba Sara, ocultando sus dientes blancos, la abuela Fina con un bebé en brazos, detrás una casa blanca y más allá un campo de flores amarillas, tal vez girasoles.

En otro sobre, siete fotos del casamiento de Sara y Raúl. Otra vez los dientes blancos y parejitos asomaban tras el vestido blanco.

Anahí intentó reconstruir la historia de Sara. Sonrisas y mar. Una foto rota. Un casamiento. En medio, grandes espacios de tiempo sin memoria. Anahí se quedó un largo rato mirando las fotos, inventando las imágenes que completarían el hiato, imaginando el por qué de la foto rota.

## X

Cuando Sara entró a la casa se encontró con las fotos dispuestas sobre la mesa. Anahí se había quedado dormida en el sillón, con la televisión prendida. Sara apoyó una rodilla sobre el banco, y miró desde lo alto las imágenes de su vida. Cuando cruzó su mirada con lo que quedaba de la foto rota no pudo evitar

llorar. Lloró durante largos minutos. Lloró el momento en que la foto fue tomada, el instante en que rompió la foto y lloró la tarde que pasó mirando a Adela a la distancia.

Luego deambuló por la casa. Aprovechando el sueño de Anahí sacó la caja que Fina guardaba en la habitación grande. Encontró unos esarpines de Adela, una foto de Sara con la bebé en brazos, los puñados de pluma con que Fina había llenado el almohadón para que los vecinos no sospecharan. Sara se recostó en su cama de infancia.

Fina dice que tres meses, tres meses son suficientes, pero la leche sigue saliendo, tibia, como cascada, achicharrando los pezones jóvenes. La bebé tiene la mirada perdida, Sara les advierte. Tres meses, la bebé se muda de habitación. Se sacan las cortinas oscuras. Sara tiene grietas por todos lados. El corazón es un racimo roto, las tetas lagrimean y marcan surcos. Fina asegura que es lo mejor, tres meses, y pronto todos, todos, todos saben que Fina en la casa blanca parió a una niña de ojos extraños.

Sara lloró hasta quedarse dormida. Cuando despertó, Anahí estaba en la cocina preparando el desayuno y la mesa del comedor ya no guardaba vestigios del pasado. Anahí no hizo preguntas. Sara improvisó una mesita en el jardín y desayunaron al sol.

## XI

Después del desayuno, Sara volvió a la residencia. Otra mujer de delantal celeste le abrió las puertas. Adela estaba sentada en una mesa, golpeando entre sí los pulgares, índice, mayor, anular, meñique, en un

ritmo organizado y repetido. Sara la miró un rato, le acarició el pelo largo y renegrido. Adela se estremeció al primer contacto, luego reacomodó los hombros y continuó con el golpeteo ordenado de los dedos, esta vez sobre la mesa.

—Hola Adela, soy Sara.

—Sara — dijo Adela, sin sacar la vista de los dedos, y sonrió.

Pronunció el nombre de Sara tres o cuatro veces.

Sara continuó acariciándole el pelo, y le habló de Fina, del piano, del mundo que habitaron. Le nombró las flores del vivero, las describió una por una, con detalles de estambres y colores. Adela la escuchó, haciendo muecas que Sara apenas podía descifrar.

Así pasaron los primeros días en Villa Elena. Sara todas las tardes visitó a Adela, y le fue relatando trozos de una historia y detalles de las cuadras que rodeaban la puerta con llave. Adela la miraba. Y a veces ella también le acariciaba el pelo.

Cuando comenzaron a asomar los días de sol, Sara pidió permiso en la residencia y salió a caminar con Adela. La sorprendían los árboles, los pájaros, los autos. Adela señalaba las flores que iban cruzando en el camino y repetía las palabras de Sara de esos días: hojas gruesas flores blancas con líneas azules flores celestes forma de campanita es la campanilla...

Al día siguiente, Anahí fue con ellas. Si bien Sara le había hablado en los últimos días demasiado de Adela, no podía imaginarla. Cuando Adela vio que había alguien más con Sara, se cubrió la cara y la espío con desconfianza. Sin rozarse, caminaron las tres hasta la plaza, escuchando la descripción de cada planta que Adela repetía como un poema largo

y disonante. Dieron vueltas a la plaza, una y otra vez. Por momentos, las tres a la par, a veces Sara y Anahí detrás de Adela, y finalmente una tras de otra, hasta que Anahí, se sentó en un banco, con los auriculares, y desde allí se quedó mirando a esas dos mujeres que apenas dibujaban sombra con la luz del mediodía.

En una de las vueltas, Adela se acercó a Anahí y le acarició la mejilla. —Anahí, la hija de Sara, es muy bonita.

## XII

Anahí había observado las últimas noches la parte más alta de una vuelta al mundo, que se asomaba sobre las casas del centro. Cuando Sara la vio, otra vez, parada en el jardín, observando hipnotizada el giro de los carritos a lo lejos, le propuso que fueran. Anahí dio un salto y enseguida estuvo lista, con un abrigo liviano en la mano, esperando los movimientos más pausados de Sara.

Caminaron hasta el centro, y luego, guiadas por un sonido latoso y luces de colores cada vez más fuertes, llegaron hasta el pequeño parque de diversiones. A un costado, se alineaban containers de colores con ventanas diminutas. Al otro lado, puestos de tiro al blanco. En el centro, cuatro juegos oxidados que causaron el entusiasmo de Anahí y el temor de Sara.

Por no decepcionarla, subieron a la vuelta al mundo, que se detuvo infinidad de veces para que otra gente subiera y bajara. Cuando las vueltas comenzaron a ser completas, Sara trató de pensar en algo que no fuera el diminuto caño oxidado que unía su carrito al resto de ese aparato viejo. Lo único que le vino a

la memoria, y la tranquilizó como una bocanada de aire, fue la imagen de la mano de Adela sobre la piel de Anahí.

En la última vuelta, en la parte más alta, desde donde podía verse el patio de la casa de Fina y las luces de la residencia, Sara confesó, en un susurro lo suficientemente agudo como para que Anahí supiera: quiero que Adela viva con nosotros.

No hubo un alarido, ni un capricho, ni un enojo... Nada dijo Anahí. Bajó de la vuelta al mundo, y caminó diez pasos por delante hasta la vieja casa.

Cuando llegaron, Anahí lloró, gritó, golpeó el aire con los puños, llena de rabia. En una casa una tía loca y en la otra, un hermanito. ¿Qué carajo hicieron vos y papá con mi vida?

### XIII

A la mañana siguiente Sara intentó hablar con Anahí. Apenas la escuchó, lo suficiente para entender que la decisión estaba tomada.

Sara se ocupó del papelerío, reuniones con los médicos, valijas llenas de medicinas, historias clínicas... Anahí no la acompañaba, prefería quedarse sola en la casa, o caminar sola hasta el parque, subir a la vuelta al mundo, y en lo más alto gritar.

Salieron temprano. En la ruta, espejismos e imágenes se confundían con el sonido monótono y disonante de Adela, repitiendo una y otra vez, algún cartel, o el nombre de una planta, o detalles ínfimos de las líneas violetas de los pétalos más superficiales del jazmín del monte.



Anahí, con los auriculares a todo volumen, mantuvo la mirada clavada, hiriente sobre Sara, a través del espejo.

Adela se mareaba, y debían detener el auto cada ciento quince kilómetros exactos, cuando comenzaba a susurrar, cada vez más fuerte, hasta convertirse en un grito, se sacaba el cinturón y movía los brazos como si espantara moscas. Después de detenerse unos minutos y estirar las piernas, Adela revisaba debajo de los asientos, la guantera y el canasto con comida. Sólo cuando terminaba de revisar, apoyada en cuatro patas sobre el asiento trasero, giraba la cabeza y le hacía una señal con la mano, para avisar que ya podían subir. En una de las paradas, Anahí no quiso bajar. Adela se puso sumamente nerviosa, caminó con movimientos ásperos hasta unos sauces, y se quedó ahí un buen rato, apoyando las manos en la frente. Cuando Anahí finalmente bajó, Adela se acercó corriendo al auto, escudriñó la guantera, el canasto y debajo de los asientos, y pudieron seguir viaje.

Cuando faltaban apenas unos pocos kilómetros, y la mirada de Anahí comenzaba a separarse del espejo para perderse en los pastizales, Adela se sintió particularmente inquieta. Sara no encontró otro modo de mantener la lucidez más que poner la música del auto fuerte, demasiado fuerte.

#### XIV

Adela observó cada detalle de la casa. Caminó muy despacio, como si temiera caer en precipicios invisibles. Las ventanas eran grandes y la luz le gustaba. Sin embargo, cerró todas las cortinas de la casa. Y al tercer día, volvió a abrirlas.

Anahí ordenó algunas cosas en su habitación, armó un bolso demasiado grande, dio un portazo y se subió al auto de Raúl que la esperaba en la puerta. Al tercer día, justo cuando Adela estaba en la tarea de reabrir las cortinas, Anahí entró, abrazó a Sara, y dio como única explicación: Prefiero a esta tía extraña y no a la pendeja.

Una vez que Adela logró asimilar los detalles de la casa, Sara la invitó al vivero. Caminaron por el jardín hasta los invernáculos, y una vez dentro, Adela pudo reconocer las plantas y las flores que Sara le había contado. A Adela se le iluminó la mirada, y comenzó a relatar los colores y formas de hojas y estambres, demostrando una memoria que resultaba increíble.

Las tres mujeres fueron aceptando las rutinas de la casa. Las tres se levantaban a las seis y media y desayunaban juntas. Sara llevaba a Anahí a la escuela, mientras Adela la esperaba, sentada en una mecedora, espionando la ventana.

Cuando Sara llegaba, se ponían las botas, e iban juntas al vivero. Acomodaban las mangueras negras de los canteros de la izquierda, luego las verdes de las últimas plantas, daban vuelta con rastrillos una inmensa pila de compost, revisaban las macetas, trasplantaban las diminutas lauras y podaban los jazmines. Los sábados venía el cura, protestando porque se le manchaba con tierra la sotana, y las ayudaba a subir a un auto cientos de flores blancas para adornar la iglesia. Los martes venía Raúl. Traía macetones de barro, decenas de plantas con flores blancas y un ramito de flores azules.

A media mañana, Sara y Adela interrumpían un rato las tareas y compartían un mate que Adela cebaba con algo de azúcar. A veces hablaban. Recordaban la infancia, a Fina, el piano. Sara hubiera querido

decirle, pero nunca pudo desenredar los hilos, no quiso hacerle daño.

Adela observaba a Sara en los pequeños detalles. Así aprendió las tareas del vivero, y así también descubrió a Sara rompiendo en pedacitos las flores azules. Los martes Sara ubicaba los macetones con flores blancas en el frente. Pero al ramito azul, con siete corolas, sin siquiera sentirle el perfume, lo arrojaba sobre la pila del compost. Adela, con la excusa de mostrarle un macetón roto, llevó a Raúl a un costado del vivero, y en un susurro, apenas audible, le aclaró: a mamá no le gustan las flores azules.









